



15000

ANT
XIX
257



BIBLIOTECA

DE

NOVELAS ESCOGIDAS.



BIBLIOTECA

DE

NOTERIAS ESCOLIDAS.

13 mg

R- 91319

DOS

CUARENTA Y CINCO,

novela escrita en francés

por

ALEJANDRO DUMAS,

y traducida al castellano.

—•••—
TOMO I. °

—•••—
CADIZ : ← 1847.

Imprenta de José María Ruiz,
PLAZA DE LAS VIUDAS NUMERO 100.

1852

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

PRINTED BY THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LANSING, MICHIGAN, 1852



CAPITULO I.

LA PUERTA DE SAN ANTONIO.

¡Etiam si omnes!

ERAN las diez y media de la mañana del día 26 de octubre del año de 1585, y contra la costumbre establecida, permanecian aun cerradas las barreras de la puerta de San Antonio.

A las once menos cuarto un piquete de veinte suizos, que en su uniforme denunciaban su procedencia de los pequeños cantones, es decir, de los mejores amigos del monarca reinante Enrique III, desembocó

por la calle de la Mortellerie y avanzó hácia la puerta de San Antonio, que se abrió para darles paso cerrándose en seguida; fuera de la puerta se colocaron á lo largo de los setos que á la parte exterior de la barrera circuian la calle, y su sola aparicion bastó á hacer retroceder multitud de labriegos y paisanos de Montreuil, Vincennes ó Saint-Maur, que habian venido para entrar temprano en la ciudad sin poderlo conseguir á causa de estar cerrada la puerta, segun ya hemos dicho.

Si es cierto que la muchedumbre trae consigo naturalmente el desorden, podia creerse que el señor prevoste al enviar este destacamento habia querido prevenir el desorden que podia surgir entre la gente agolpada á la puerta de San Antonio.

Efectivamente, la multitud se creia por momentos con la incesante llegada por los tres caminos convergentes de frailes de los conventos próximos, de mugeres cabalgando en sus asnos y paisanos en carretas, que contribuian á aumentar aquella masa ya considerable detenida por las puertas cerradas contra la costumbre diaria. Los reciénlle-

gados preguntaban naturalmente la causa de esta desusada medida, y entre las respuestas y las interpelaciones, cada vez mas continuas y apremiantes, se formaba un rumor sordo y constante, que saliendo á veces del diapason general subia hasta la octava de la amenaza ó de la queja.

Mas entre la masa de los que llegaban con el fin de entrar en la ciudad se podian tambien notar ciertos grupos particulares de personas que habian salido de ella. Estos, en vez de dirigir investigadoras miradas á la ciudad por los intersticios de las barreras, fijaban avidamente las suyas en el horizonte, limitado por el convento de los Jacobinos, el priorato de Vincennes y la cruz Faubin, como si por alguno de estos tres caminos, que forman un abanico, esperasen la llegada de algun Mesias.

Los últimos grupos podian muy bien compararse á los tranquilos islotes que se elevan en medio del Sena, en tanto que en su rededor las bulliciosas y juguetonas ondas desprenden una yerbecita ó algunos fragmentos de carcomidos sauces, que arrebatan al fin la corriente despues de haberse ba-

lanceado entre los inconstantes pliegues de un remolino.

Estos grupos, sobre los que nos fijamos con insistencia, porque merecen toda nuestra atencion, estaban formados en su mayor parte por vecinos de Paris herméticamente encerrados en sus calzones y ropillas; porque habiamos olvidado decir que el tiempo era frio, el cierzo soplaba con intensidad, y las nubes gruesas y besando la tierra parecia que querian arrancar á los árboles sus últimas y amarillentas hojas, oscilantes en melancólico son.

Tres de estos hombres hablaban entre sí, ó por mejor decir, dos sostenian la conversacion, y el tercero escuchaba. Espliquémonos mejor, y digamos que el tercero, al parecer, ni aun prestaba atencion: tanta era la que fijaba en el camino de Vincennes que con ojo avisor ecsaminaba.

Ocupémonos primero de este último.

Era un hombre que debia ser de alta estatura cuando se irguiese; pero en este momento tenia encogidas sus largas piernas, al paso que sus brazos, no menos largos proporcionalmente que sus piernas, se cruza-

han bajo su ropilla. Recostado sobre la pared de seto vivo, formando punto de apoyo en los movibles matorrales, tenia oculta su faz entre sus anchas manos con la obstinacion propia de quien no quiere ser reconocido, dejando únicamente paso á su penetrante mirada entre el dedo anular y el medio, que estrictamente daban lugar á la proyeccion del rayo visual.

Al lado de este singular personaje, un hombrecillo encaramado sobre un cerrillo, platicaba con un hombre grueso, que apenas se sostenia en equilibrio en la pendiente de este mismo terreno, lo cual le obligaba á agarrarse á los botones de la ropilla de su interlocutor cada vez que se bamboleaba.

Estas eran las otras dos personas que, con la primeramente mencionada, constituian el número cabalístico tres, de que hemos hecho mérito en uno de los anteriores periodos.

—Sí, tío Miton, decia el hombrecillo al gordo, lo digo y lo repito; habrá lo menos cien mil almas al rededor del cadalso de Salcedo. Reparad si nó cuanta gente hay aqui, y no es mas que una puerta, sin con-

tar la que está ya en la plaza de *Greve* ó que á ella se dirige de los diferentes barrios de Paris, y multiplicad despues la que se hallará en las otras quince puertas de la ciudad.

—Cien mil es demasiado, compadre Friad, respondió el obeso: creedme, muchos seguirán mi egemplo, y no irán á ver descuartizar á ese desgraciado Salcedo por miedo de que no haya gresea, y tendrán razon.

—Cuidado, tio Miton, cuidado, replicó el interpelante: estais hablando como un politico. Os aseguro que nada, absolutamente nada habrá.

Despues, viendo que su interlocutor meneaba la cabeza como dudándolo.

—¿No es verdad, caballero? continuó dirigiéndose hacia el hombre de los brazos y las piernas largas, que en vez de continuar mirando hácia el lado de Vincennes acababa de hacer un cuarto de conversión para escoger la barrera por punto de mira, sin descubrir por eso el rostro.

—¿Qué es eso? preguntó este como si nada hubiese oido de la conversacion anterior y solo se refiriese á la interpelacion

que le acababan de dirigir.

—Digo que nada habrá hoy en la plaza de *Greve*.

—Creo que os engañais, pues van á desuartizar á Salcedo, respondió tranquilamente el hombre brazilargo.

—Efectivamente: pero lo que digo es que no habrá ruido alguno á causa de esa ejecucion.

—Tambien os equivocais: habrá el ruido de los latigazos que se darán á los caballos.

—No me comprendéis. Por ruido entiendo el del motin, y bajo este concepto digo que no habrá jarana en la *Greve*, pues si debiese haberla, no estaria decorado por orden del rey un balcon de la municipalidad para asistir él al suplicio en compañía de las dos reinas y parte de la córte.

—¿Sabén acaso los reyes cuando debe haber motines? dijo el zanquilargo alzando las espaldas con soberano desprecio.

—¡Oh! ¡oh! dijo el tio miton inclinándose al oido de su interlocutor. Hé aqui un hombre que habla con un tono singular. ¿Es conocido vuestro, compadre?

—Nó, respondió el hombrecillo.

—Pues entonces ¿por qué le hablais?

—Por gana de hablar unicamente.

—Haceis mal: ya veis que no le agrada la conversacion.

—Paréceme, sin embargo, replicó el compadre Friard alzando la voz de modo que lo oyese el taciturno observador, que una de las grandes felicidades de la vida es comunicarse las ideas por medio de la palabra.

—Con los que nos son muy conocidos, respondió el tio Miton, pero no con los desconocidos.

—¿Acaso no son hermanos todos los hombres, como dice el cura de Saint-Leu? añadió el compadre friard con persuasivo acento.

—Es decir, que lo eran primitivamente, pero en tiempo como los nuestros se ha relajado notablemente ese parentesco, compadre Friard. Hablad conmigo si teneis decidido empeño de conversar, y dejad á ese extranjero entregado á sus preocupaciones.

—Pero como os conozco hace tanto tiempo, segun decís, y sé de antemano lo que me responderiais, me dirijo á ese desconocido por si acaso tiene algo nuevo que decirme.

— ¡Silencio, que está escuchando!

— Tanto mejor si nos escucha: quizás contestará. ¿Conque creéis, continuó el compadre Friard volviéndose hácia el desconocido, que habrá jarana en la *Greve*?

— ¿Yo? No he dicho semejante cosa.

— No, no supongo yo que lo hayais dicho; continuó Friard con un tono que procuraba hacer insinuativo; supongo que lo pensais, y nada mas.

— ¿Y en que os fundais para tener esa certidumbre? ¿Sereis acaso brujo, Sr. Friard?

— ¡Calla, me conoce, exclamó el patan en el colmo del asombro; ¿y de donde me conoce?

— ¿Pues no os he llamado yo dos ó tres veces, compadre? dijo Miton alzando los hombros como avergonzado de que se evidenciase ante un extranjero la corta inteligencia de su compañero.

— ¡Ah! es verdad, repuso Friard esforzándose para comprender, cual lo consiguió gracias á este esfuerzo; á fé mia, es verdad. Pues bien, ya que me conoce me responderá. ¡Eh, señor! continuó volviéndose hácia el desconocido, creo que estais en la

creencia de que vá á haber alboroto en la *Greve*, toda vez que si no lo creyéseis no estariais aqui, si, no alli....uff!

Este uff probaba que el compadre Friard habia alcanzado en su deduccion los mas remotos limites de su lógica y de su imaginacion.

—Mas ya que vos, señor Friard, *pensais* lo contrario de lo que *pensais* que yo *pienso*, respondió el incógnito, recalcando en las palabras que reproducian el argumento de su interlocutor, ¿por qué no estais en la plaza de *Greve*? Paréceme, no obstante, que el espectáculo es bastante incitativo para que los amigos del rey se agolpen á contemplarle. Tal vez me replicareis que no sois partidario del rey, sino de los del Sr. de Guisa, ¿y qué, esperais aqui á los loroneses que se dice van á invadir á Paris para salvar á Salcedo?

—No, señor, repuso vivamente el hombrecillo, visiblemente azorado por la suposicion del desconocido; no, señor: aguardo á mi muger, la señorita Nicolasa Friard, que ha ido á llevar dos docenas de paños de altar al priorato de los Jacobinos, pues

tiene el honor de ser lavandera particular de D. Modesto Gorenflot, abad del dicho priorato de los Jacobinos. Mas volviendo al tumulto de que hablaba el compadre Miton, en que no le creo ni vos tampoco, al menos á juzgar por lo que decis....

—¡Compadre, compadre, exclamó Miton, mirad lo que pasa.

El tio Friard siguió la direccion indicada por su compañero, y vió que á mas de las barreras cuya clausura preocupaba ya seriamente los ánimos, se cerraba además la puerta, verificado lo cual vino á situarse delante del foso un piquete de suizos.

—¡Como, como! gritó Friard palideciendo; no basta la barrera y cierran ahora la puerta!

—Y bien, ¿qué os decia yó? añadió Miton palideciendo á su vez.

—Esto vá malo, ¿es verdad? dijo el incognito riéndose; y al reirse descubrió entre la barba y bigotes una doble fila de dientes blancos y agudos en extremo, por la costumbre de servirse de ellos al menos cuatro veces al dia.

A la vista de la nueva precaucion adop-

tada, un prolongado murmullo de asombro y algunos gestos de terror se alzaron entre la muchedumbre compacta que asediaba las cercanías de la barrera.

—¡Despejad en círculo! mandó con imperativa voz un oficial.

La maniobra se realizó en el instante, aunque no sin confusión, porque obligadas á retroceder las gentes que había á caballo y en carretos, aplastaron aquí y allá algunos pies, y lastimaron algunas costillas.

Gritaban las mugeres, juraban los hombres, huían los que para ello tenían posibilidad y se atropellaban unos á otros.

—¡Los loreneses, los loreneses! gritó uno en medio de este tumulto.

El grito mas terrible que pudiera escogerse en el vocabulario del miedo, no hubiera producido un efecto mas pronto y decisivo que este grito:—¡Los loreneses!

—¡Eh! ¿lo veis, lo veis ahora? exclamó Miton temblando: ¡los loreneses: huyamos!

—¿Huir? ¿y á donde? preguntó Friard?

—Dentro de este cercado, dijo Miton destrozándose las manos para agarrar las espinosas ramas del seto sobre que estaba blandamente sentado el incógnito.

—¿En ese cercado? replicó Friard: eso es mas fácil de decir que de hacer, tío Miton. No veo agujero alguno por donde colarse, y creo que no pretendereis salvar esa valla mas alta que yo.

—Vaya si lo intentaré, y Miton hizo nuevos esfuerzos.

—¡Ahi! ahi! cuidado buena mujer, gritó Friard con el angustioso tono de quien empieza á perder la cabeza, vuestro burro me va atropellando. ¡He!! el del caballo, mirad lo que haceis: vuestro jamelgo va á disparar un par de coces. ¡Voto á Dios! ¡carretero, amigo mio, que me hundis las costillas con las varas de la carreta!

Mientras que Miton se agarraba á las ramas del seto empingorotándose para pasar al otro lado, y que Friard buscaba en vano una abertura para colarse, como él decía, el desconocido se habia levantado, y sin mas que abrir naturalmente el compás de sus largas piernas, y haciendo un sencillo movimiento parecido al que ejecuta el ginete al montar á caballo, habia salvado la cerca sin que una sola rama arañase sus vestidos.

El tío Miton le imitó desgarrándose por

todas partes los sayos, pero no sucedió así con Friard, que no pudiendo pasar por debajo ni por encima, y amagado cada vez mas de ser aplastado por la muchedumbre, exhalaba lastimeros gritos, hasta que el desconocido alargó su inmenso brazo, le agarró á la vez por la gorguera y el cuello de la ropilla, y alzándole en alto le trasportó al otro lado de la cerca con la misma facilidad que si hubiera sido un niño.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! exclamó el tío Miton, gozando con el espectáculo de la ascension y descenso de su amigo el tío Friard; os pareceis ahora enteramente á la maestra del Grande-Absalon.

—¡Uf! balbuceó á su vez Friard al tocar el suelo, parezca lo que quiera, hème aqui al otro lado de la cerca, gracias al señor. Despues, enderezándose para mirar al desconocido, á cuyo pecho apenas llegaba: ¡Ah! ¡señor, continuó, cuantas gracias debo daros! sois á fé mia un verdadero Hércules; ¿vuestro nombre, el nombre de mi salvador, el nombre de mi....amigo?

Y el buen hombre pronunció efectivamente esta última palabra con la efusion

de un corazón profundamente reconocido.

—Me llamo Briquet, respondió el desconocido, Roberto Briquet, para servirlos.

—Ya me habeis servido en gran manera, señor Roberto Briquet, no puedo ménos de decirlo. ¡Oh! mi muger os bendecirá; pero á propósito de ella, ¡Dios mio! ¡oh Dios mio! mi pobre muger vá á ser sofocada entre esa muchedumbre. ¡Ah! malditos suizos, que no son buenos mas que para aplastar á las gentes.

Apenas acababa el compadre Friard este apóstrofe, cuando sintió caer sobre sus espaldas una mano pesada como el plomo.

Volvióse para ver quien era el atrevido que se tomaba semejante libertad.

¡Era la mano de un suizo!

—¿Quierre él que yo aplastarle, mi puen amigo? dijo el fornido soldado.

—¡Ah! estamos cercados! tartamudeó Friard.

—Sálvese el que pueda, añadió Miton.

Y ambos, teniendo terreno franco, gracias á su posicion al otro lado de la cerca, echaron á correr perseguidos....por la irónica mirada y la silenciosa sonrisa del hom-

bre zanquilargo, el cual, así que los perdió de vista, se acercó al suizo que acababan de colocar de vigilante.

—¿A lo que parece teneis buena mano, compañero? le dijo al aproximarse.

—No mala, no mala, capallero.

—Tanto mejor, porque es cosa importante, sobre todo, si los de Lorena vienen, según se dice.

—No pienen.

—¿Nó?

—Epectivamente.

—¿Pues por qué se cierra entonces esta puerta? No lo entiendo.

—Tes custo, mi camarata, tes custo, dijo Roberto Briquet, gracias. Y se alejó el suizo para aproximarse á otro grupo, mientras que el digno helvecio, cansado de reirse, murmuraba.

—¡Bei Gottl....Ich glaube er Spottet meiner. ¿Was ist das viir ein Mann, der sich evlanlet ein Schweitzer seciser konigliche Majestaet auszulacheu?

Lo que traducido al castellano queria decir:

—Por el verdadero Dios: creo que él es

quien se burla de mí. ¿Quién es ese hombre que se atreve á burlarse de un suizo de S. M.?

Uno de los grupos se componia de ciudadanos sorprendidos fuera de la ciudad por la inesperada clausura de las puertas: los rodeaban á cuatro ó cinco caballeros de apostura marcial, á quienes esta incomunicacion incomodaba en alto grado; al parecer, porque gritaban con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡La puerta! ¡esa puerta!

Cuyos gritos, repetidos por todos los asistentes con irritacion creciente, ocasionaban á la sazón un ruido infernal.

Roberto Briquet se adelantó hácia este grupo y se puso á gritar mas alto que cuantos en él habia.

—¡La puerta! ¡esa puerta!

De aquí resultó que uno de los caballeros, encantado de aquella potencia oral, se volvió á su lado, y le saludó diciéndole:

—No es vergonzoso, señor mio, que se cierre una puerta de la ciudad en medio del día, como si los españoles ó los ingleses sitiases á Paris.





CAPITULO II.

LO QUE PASABA FUERA DE LA PUERTA DE SAN ANTONIO.

ROBERTO Briquet miró con atención al que le dirigia la palabra, que era un hombre de 40 á 45 años, y parecia además ser jefe de tres ó cuatro ginetes que le rodeaban.

Sin duda este exámen hubo de inspirar confianza á Roberto Briquet, porque al instante saludó á su vez y respondió:

—Teneis razon, caballero, muchísima razon; pero, añadió, sin que sea curiosidad,

me atreveria á preguntaros á qué atribuis esta medida.

—¡Toma! dijo un concurrente, al temor que tienen de que les traguen su Salcedo.

—¡Voto al diablo! exclamó otro, triste alimento por cierto.

Roberto Briquet se volvió hacia el lado que sonó esta voz, cuyo acento indicaba un gascon de pretensiones, y vió un jóven de 20 ó 23 años, que tenia apoyada la mano sobre la grupa del caballo de aquel que le habia parecido jefe de los demas.

Tenia el jóven la cabeza descubierta, sin duda por haber perdido su sombrero en el tumulto anterior.

Briquet parecia observador; pero en general sus observaciones eran cortas; así, dejó pronto de mirar al gascon, á quien sin duda no prestó importancia, para fijarse de nuevo en el de á caballo.

—Pero toda vez, dijo, pue se anuncia que ese Salcedo es partidario del de Guisa, no será tan mal bocado.

—¡Bah! ¿Se dice eso? replicó el curioso gascon haciéndose todo él oidos.

—Sin duda, eso se dice, respondió el

ginete encogiendo los hombros, ¿pero se dicen tantos disparates en estos tiempos!

—¡Ah! de ese modo, se aventuró á decir Briquet con su interrogadora mirada y su aire burlon; ¿creeis, caballero, que Salcedo no es partidario de M. de Guisa?

—No solamente lo creo, sino que estoy seguro de ello, repuso el de á caballo.

Luego, como vió que Roberto Briquet, acercándose á él, hacia un movimiento que queria decir: "¡Bah! ¡bah! ¿y en qué fundais esa certidumbre?" continuó:

—Es indudable que si Salcedo perteneciese al bando del *duque*, este no le hubiese dejado conducir de Bruselas á Paris atado de pies y manos, sin hacer siquiera una tentativa en su favor.

—Una tentativa para libertarle, replicó Briquet, habria sido bien aventurada; porque al fin cualquiera que fuese su éxito, en el mero hecho de proceder de M. de Guisa, equivalia á confesar este que habia conspirado contra el *duque* de Anjou.

—El de Guisa, dijo con sequedad el caballero, no se habria contenido por esa consideracion; estoy seguro de ello; y puesto

que no ha reclamado ni defendido á Salcedo, es señal de que Salcedo no es de los suyos. Dispensad sin embargo, que insista en mi asercion, pero no lo he inventado; parece cierto que Salcedo ha hablado.

—¿Dónde?

—Ante los jueces.

—No ante lo jueces, amigo, en el tormento.

—¿Y no viene á ser lo mismo? preguntó Roberto Briquet con un tono que en vano queria hacer natural.

—No en verdad, no es con mucho lo mismo: ademas, si bien se supone que ha hablado, no se repite lo que ha dicho.

—Permitidme otra vez caballero que os diga que se repite y con minuciosos detalles.

—¿Y qué ha dicho? veamos, preguntó con impaciencia el ginete; hablad, ya que estais tan bien informado.

—Yo no me alabo de estar bien informado, caballero, pues que trato por el contrario de que vos me instruyais.

—Vamos, entendámonos, dijo impaciente el que cabalgaba; vos habeis asegurado que

habian trascontado las revelaciones de Salcedo. ¿cuales han sido? decidme.

—No puedo responder de su autenticidad, caballero, contestó Roberto Briquet, que parecia complacerse en impacientar á su interpelante.

—Pero en fin, ¿cuales son las que se le atribuyen?

—Dicese que ha confesado que conspiraba en favor del de Guisa.

—Sin duda contra el rey de Francia. ¡Siempre el mismo refran!

—No contra S. M. el rey de Francia, sino contra su S. A. monseñor el duque de Anjou.

—Si el ha confesado eso...

—Y bien, ¿qué?

—Es un miserable, dijo el caballero frunciendo el entrecejo.

—Sí, añadió en voz baja Roberto Briquet; pero si ha hecho lo que ha confesado, es un valiente. ¡Ah! señor, los borceguies, el escalfador y la cuerda hacen decir muchas cosas á los hombres mas honrados.

—¡Ay! decís bien, amigo mio, repuso el ginete dulcificando su acento y suspirando.

—¡Bah! exclamó el gascon, que alargando el cuello hácia cada interlocutor cuando hablaba lo habia oido todo, ¡bah! borcegues, cuerda, escalfador: ¡vaya una vicoca! Si ese Salcedo ha declarado es un pícaro, y quien le defienda otro tal.

¡Hola, hola! señor gascon, dijo el caballero no pudiendo reprimir un ligero movimiento de impaciencia, mucho cacareais por vida mia.

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Pues sabed que yo canto en el tono que mejor me place, voto á cribas, y tanto peor para quienes no gusten de oirme.

El caballero hizo un ademán de cólera.

—¡Calma! dijo una voz dulce aunque imperativa, sin que Roberto Briquet pudiese averiguar quien habia hablado.

El gabinete hizo un esfuerzo para dominarse, y á pesar de todo no pudo hacerlo completamente.

—¿Y conocéis á esos de quien hablais, amigo? preguntó al gascon.

—¿Si conosco á Salcedo?

—Sí.

—Ni aun de vista.

—¿Y al duque de Guisa?

—Tampoco.

—¿Y al duque de Alenzon?

—Menos aun.

—¿Sabeis que M. Salcedo es un valiente?

—Tanto mejor; morirá entonces con valor.

—¿Y qué, M. de Guisa cuando quiere conspirar lo hace personalmente?

—¡Por vida del diablo! ¿y qué me importa eso?

—¿Y que el señor duque de Anjou, antes M. de Alenzon, ha hecho asesinar ó dejado que asesinen á cuantos por él se han interesado, como Lamole, Coccoas, Bussy y otros?

—Me se dá un bledo.

—¿Como! ¿Qué se os dá un bledo?

—¡Mayneville! ¡Mayneville! murmuró la misma voz.

—Y lo repito. Yo no sé mas que una cosa, voto á cribas: tengo que hacer hoy mismo por la mañana en Paris, y á causa de ese condenado Salcedo me dan con la puerta en las narices, en vez de hallar franca la entrada.

—¡Con dos mil diablos! ese Salcedo es un pícaro, lo mismo que cuantos como él son causa de este desorden.

—¡Hola! ¡hola! aquí tenemos un gascon bien rudo, dijo para sí Briquet, y sin duda vamos á ver alguna cosa curiosa.

Mas esta cosa curiosa que Roberto aguardaba no llegó á suceder. El caballero, á quien el último apóstrofe del gascon habia hecho salir los colores al rostro, bajó la cabeza, calló y devoró su cólera.

—En realidad teneis razon, dijo: ¡malditos sean cuantos nos impiden entrar en Paris!

—¡Calla! le dijo Roberto Briquet, para quien no habia pasado desapercibida la diversa expresion de fisionomia en el caballero, ni su irritabilidad dos veces provocada, ¡calla! me parece que voy á ver cosas aun mas curiosas que las que me presumia.

Mientras hacia esta reflexion resonó un toque de trompeta, y casi instantáneamente los suizos, atravesando todo aquel tropel con sus alabardas, como si cortasen un enorme pastel de alondras, separaron los grupos en dos fracciones compactas que hu-

bieron de alinearse á los dos lados del camino, dejando el centro libre.

El oficial de que hemos hablado, y á cuya guarda parecia estar confiada la puerta, pasó y repasó varias veces con su caballo por este camino, y luego, despues de un momento de ecsámen, que tenia todo el aire de un desafio, mandó tocar las trompetas, lo cual se ejecutó al instante, produciendo en las masas un silencio que se hubiera creido imposible despues de tanta algarabía.

Entonces avanzó el pregonero con su túnica flordelisada, en la que se ostentaba el escudo con las armas de París, y leyó con esa voz gangosa peculiar á todos los de su oficio, el siguiente bando:

"Hacemos saber á nuestro buen pueblo de París y de las cercanias, que las puertas estarán cerradas hasta la una de la tarde, y que nadie penetrará en la ciudad antes de esta hora, por ser así la voluntad del rey y de su vigilante prevoste de París."

El pregonero se detuvo para tomar aliento, y la concurrencia se aprovechó de este intervalo para manifestar su sorpresa y descontento por medio de una bien sosteni-

da chisla, que el pregonero, preciso es hacerle justicia, arrojó sin pestañear.

El oficial hizo una señal imperativa con la mano, y el silencio se restableció en el momento.

El pregonero continuó sin turbarse ni vacilar, como si la costumbre le hubiese hecho insensible á manifestaciones parecidas á la que acababa de dedicársele.

"Se exceptúan de esta medida los que se presenten con un pase autorizado, ó que sean convocados en debida forma por la ley."

"Dado en el palacio del prevostazgo en París por orden espresa de S. M. á 26 de Octubre del año de gracia de 1585."

"Suenen los clarines."

Las trompetas hicieron oír al momento su ronco son.

Apenas hubo cesado de hablar el pregonero, cuando la multitud empezó á ondular tras de las filas de los suizos, como una serpiente cuyos anillos se hinchan y deslizan.

—¿Qué significa esto? se preguntaban los mas pacíficos. Sin duda alguna conspiracion.

—¡Ya! ¡ya! Sin duda se han combinado así

las cosas, dijo el ginete, que habia aguantado con tan singular paciencia los sofiones del gascon hablando en voz baja con sus compañeros, para impedir nuestra entrada en París: esos suizos, ese pregonero, esos cerrojos y clarines son por nosotros; á fé mia que me enorgullezco de ello.

—¡Plaza! ¡plaza! gritó el oficial que mandaba el destacamento. ¡Con mil demonios! ¿no veis que impedís el paso á los que tienen derecho para hacer abrir las puertas?

—¡Voto al diablo! yo sé de uno que pasará aun cuando todos los ciudadanos de la tierra se interpusiesen, dijo codeando á derecha é izquierda el gascon, que por sus duras réplicas habia admirado á Roberto Briquet.

Y en efecto, en un instante se halló en el espacio vacio que, gracias á los suizos, se habia formado entre las dos filas de espectadores.

Júzguese cuantas ávidas y curiosas miradas se fijárian sobre un hombre, favorecido hasta el punto de entrar cuando á los demas estaba prohibido permanecer fuera.

Pero el gascon se cuidó poco de todas esas miradas de envidia, y tomó una fiera aptitud

que marcaba, á través de su raída ropilla verde, toda su musculatura, parecida á una porcion de cuerdas puestas en tension por un manubrio interior. Sus puños secos y huesosos sobresalian mas de tres pulgadas de sus rasgadas mangas; tenia despejada vista, cabellos rojos y encrespados, en cuyo color entraba por mucha parte el polvo. Sus pies, grandes y flexibles, se destacaban de unas canillas secas y nerviosas como las de un gamo. En una de sus manos, solo en una, lucia un guante de piel bordado, que debia estar sorprendido de verse destinado á proteger aquella otra piel mas dura que la suya; en la otra mano agitaba una varilla de avellano.

Tendió al instante una mirada en su rededor, y conceptuando que el oficial de que hemos hablado era la persona mas importante de aquella tropa, se dirigió directamente á él.

Este le consideró algun tiempo antes de hablarle.

El gascon, sin turbarse en lo mas minimo, hizo lo mismo.

—¿Pero habeis perdido el sombrero segun parece, le dijo.

—Si, señor.

—¿Ha sido entre el gentío?

—No, señor: acababa de recibir una carta de mi novia, la estaba leyendo cerca del río á un cuarto de legua de aqui, cuando de repente un golpe de aire me arrebató la carta y el sombrero. Corri en pos de la carta: aunque la presilla de mi sombrero era un solo diamante, la cogí, pero cuando volví por el sombrero el viento le habia arrojado al río, ¡al río de París! Servirá para hacer la fortuna de algun pobre diablo; pero tanto mejor.

—¿De suerte que os ballais con el pelo en el aire?

—¿Acaso no se hallan sombreros en París? ¡Voto á cribas! Compraré uno mas magnífico, y le pondré diamante mas grueso, dos veces mas grueso que el perdido.

El oficial hizo, aunque imperceptiblemente, un gesto dubitativo; pero por imperceptible que fué, no se le escapó al gascon, que añadió:

—Si no lo llevais á mal....

—¿Tendreis un pase? preguntó el oficial.

—Desde luego tengo uno ó mas bien dos.

—Bastará con uno solo si está en regla.

—Pero no me engaño, continuó el gascon abriendo los ojos cuanto pudo; no, ¡voto á crias! no me equivoco: ¿tengo el placer de hablar á M. de Loignac?

—Es posible, señor mio, respondió secamente el oficial, muy poco complacido, al parecer, de este reconocimiento.

—A M. de Loignac, mi compatriota?

—No digo que no.

—¿Mi primo?

—Está bien, vuestro pase.

—Héle aqui: y el gascon sacó de su guante la mitad de un pase recortado con arte.

—Seguidme, dijo Loignac sin mirar el pase, vos y vuestros compañeros, si los teneis: vamos á confrontar los pases.

—Y fué á colocarse junto á la puerta.

—El gascon le siguió.

Otros cinco individuos siguieron al gascon. Estaba el primero cubierto de una magnífica coraza tan maravillosamente trabajada, que se hubiera creído que era obra de Benvenuto Celline. Sin embargo, como la hechura de esta coraza no era ya muy de moda, su magnificencia escitaba mas risa que admiracion.

Verdad es que ninguna otra parte del traje del individuo que llevaba la coraza correspondía al esplendor casi real del prospecto.

El segundo, que seguía sus pasos, llevaba detras un lacayo obeso ya canoso: flaco y tostado el amo, parecia el precursor de D. Quijote, asi como su criado podia pasar por el precursor de Sancho Panza.

El tercero apareció llevando una criatura de diez meses en los brazos, seguido de una mujer que se agarraba á su cinturon de cuero, al paso que otros dos chicos, de cuatro y cinco años, se agarraban al vestido de la mujer.

El cuarto iba cojeando y pegado á una larga espada.

En fin, para cerrar la marcha avanzó un jóven de hermosa presencia sobre un caballo negro, cubierto de polvo pero de buena raza.

Al lado este de los otros, tenia el aire de un rey.

Obligado á marchar despacio para no adelantarse á sus cólegas, quizás tambien satisfecho interiormente de no ir demasiado cerca de ellos, se detuvo un poco el jóven en los limites de la fila formada por el pueblo.

En este momento sintió que le tiraban de la espada, y se inclinó hácia atrás.

El que llamaba su atención por este medio era un jóven de negros cabellos y mirada de fuego, pequeño, delicado, gracioso, y con guantes.

—¿En qué puedo servirlos, señor mio? preguntó al ginete.

—Caballero, una gracia.

—Hablad, pero os ruego que sea pronto, pues veis que me aguardan.

—Necesito entrar en la ciudad, caballero, lo necesito imperiosamente, ¿lo entendeis? Vos estais solo y necesitais un page que haga honor á vuestra buena apostura.

—¿Y bien?

—Y bien, sed liberal: hacedme entrar, y seré vuestro page.

—Gracias, dijo el caballero; no quiero page alguno.

—¿Ni aun á mí? insistió el jóven con tan estraña sonrisa, que el caballero sintió desaparecer el severo continente de que habia intentado revestirse.

—Quería decir que por nadie podia ser servido.

—Si, ya sé que no sois rico, Sr. Ernanton Carbainges, dijo el jóven page.

El caballero se estremeció; pero sin fijarse en este movimiento, continuó el mancebo:

—Asi pues, no hablaremos de paga, y vos sereis por el contrario el pagado con el céntuplo por los servicios que me hagais; dejadme, pues, serviros, os lo ruego, pensando que el que ahora os ruega ha mandado alguna vez.

—Venid, pues, dijo el caballero subyugado por aquel tono de persuacion y autoridad á la vez.

El jóven le apretó la mano, lo cual era un poco familiar para un page; despues, volviendose hácia el grupo de ginetes que ya conocemos:

—Yo paso, dijo, que es lo mas importante: vos, Layneville, procurad hacer otro tanto por cualquier medio que sea.

—No hasta el que paseis, contestó el caballero: es preciso que él os vea.

—¡Oh! tranquilizaos; asi que consiga entrar, me verá.

—No olvidéis la señal convenida.

—Dos dedos sobre la boca, ¿no es eso?

—Sí, y ahora que Dios os proteja.

—Y bien, preguntó el dueño del caballo negro, ¿nos decidimos?

—Aquí me teneis, señor, respondió el joven; y saltó ligeramente á la grupa detras de su compañero, que fué á reunirse con los otros cinco elegidos, ocupados en exhibir sus pasos y justificar sus derechos.

—¡Lléveme el diablo, dijo Roberto Briquet, que les habia seguido con la vista, si esto no es un convoy completo de gascones.



CAPITULO III.

LA REVISTA.

ESTE exámen que debian sufrir los seis privilegiados que hemos visto salir de las filas de la multitud para aprocsimarse á la puerta no era ni muy largo ni muy complicado.

Consistia en sacar del bolsillo la mitad de una tarjeta y presentársela al oficial, quien la comparaba con otra mitad, y si estas dos mitades se encajaban perfectamente una en otra y componian un todo, quedaban reco-

nocidos los derechos del portador.

El gascon de cabeza descubierta fué el primero que se acercó. Por él, pues, empezó la revista.

—¿Vuestro nombre? preguntó el oficial.

—¿Mi nombre? señor oficial, está escrito en ese pase, en que además vereis otra cosa.

—No importa. ¿Vuestro nombre? repitió el oficial con impaciencia; ¿no sabeis vuestro nombre?

—Si, si, lo sé, ¡voto al chapiro! Y si lo hubiera olvidado, podiais decirme, puesto que somos compatriotas y aun primos.

—¿Vuestro nombre, con mil demonios! ¿Creeis que puedo perder el tiempo en reconocimientos?

—Bien. Me llamo Perducas de Pincornay.

—Perducas de Pincornay, repuso M. de Loignac, á quien en adelante daremos el nombre con que lo habia saludado su compatriota; y luego mirando al pase.

—Perducas de Pincornay, 26 de octubre de 1545, á las doce en punto.

—Puerta de San Antonio, añadió el gascon estendiendo su dedo negro y seco sobre la targeta.

—¡Muy bien! está corriente; entrad, dijo M. de Loignac para cortar todo ulterior diálogo con su compatriota. Ahora que os toca á vos, dijo al segundo.

El hombre de la coraza se acercó.

—Vuestro pase, dijo Loignac.

—¡Como! M. de Loignac, exclamó este, ¿no conocéis al hijo de uno de vuestros amigos de la infancia, á quien habeis hecho bailar mil veces sobre vuestras rodillas?

—No.

—Pertinax de Moncrabeu, respondió el jóven con asombro; ¿no os acordais de él?

—Cuando estoy de servicio á nadie conozco.—Vuestro pase.

El jóven de la coraza le entregó.

—Pertinax de Moncrabeu, 26 de octubre, á las doce en punto, puerta de San Antonio. Pasad.

El jóven pasó, y algo aturdido con el recibimiento, fué á reunirse con Perducas, que esperaba que abriesen la puerta.

El tercer gascon se acercó; era el que iban acompañándole su muger é hijos.

—¿Vuestro pase? preguntó Loignac.

Su mano obedeciente se metió al instante

en un zurroncillo de piel de cabra que llevaba al lado derecho.

Pero inutilmente; le estorbaba el niño que llevaba en brazos, y no encontró el papel que le pedían.

—¿Qué demonios haceis con ese niño? ¿No veis que os estorba?

—Es hijo mio, M. de Loignac.

—Pues bien, dejad á vuestro hijo en el suelo.

El gascon obedeció; el niño empezó á chillar.

—¡Pues qué! ¿sois casado? preguntó Loignac.

—Sí, señor oficial.

—¿A los veinte años?

—Se casa una jóven en nuestro pais, ya lo sabeis, M. de Loignac, puesto que os casasteis á los diez y ocho.

—Bueno, dijo Loignac, aqui tenemos á otro que me conoce.

La muger se habia acercado entretanto, y los chicos agarrados á su falda venian tras ella.

—¿Y por qué no habia de casarse? preguntó enderezándose y apartando de su fren-

te los cabellos negros que el polvo del camino adherían á ella como si fuese una pasta; que, ¿ya ha pasado la moda de casarse en París?

—Si, señor, está casado, y aquí hay dos chicos mas que lo llamen padre.

—Si, pero solo son hijos de mi muger, M. de Loignac, como igualmente ese muchachon que se queda atrás; adelante, Militar, y saluda á M. de Loignac, nuestro paisano.

Un muchacho de unos diez y seis á diez y ocho años, vigoroso y ágil, y cuya nariz corva y ojo redondo le daba cierta semejanza con el halcon, se acercó con las manos metidas en su cinturón de búfalo, llevaba una buena casaca de punto de lana y unos calzones de piel de gamuza: sombreaba su labio, á la vez insolente y sensual, un naciente bigote.

—Es Militar, mi hijo político, M. de Loignac, el hijo mayor de mi muger, que es de la familia de los Chavantrades, pariente de los Loignac; Militar de Chavantrade para serviros; saluda, pues, Militar.

Despues, bajándose hacia el niño que se

revolvaba en tierra llorando:

—Calla, Escipion, calla, hijo mio, dijo buscando su pase en todos los bolsillos.

Entretanto Militar para obedecer la orden de su padre se inclinaba ligeramente sin sacar las manos del cinturon.

—Por amor de Dios, caballero, vuestro pase, exclamó Loignac impacientado.

—Venid acá, y ayudadme á buscar, Lardille, dijo el gascon á su muger ruboriéndose.

—Lardille separó una tras otra las dos manos que tenia unidas al vestido y registró el zurrón y los bolsillos de su marido.

—No está, dijo: sin duda le hemos perdido.

—Entonces voy á prenderos, dijo Loignac. El gascon mudó de color.

—Yo me llamo Eustaquio de Miradoux, dijo, y me recomendará M. de Sainte Moline mi pariente.

—¡Ah! ¿sois pariente de Sainte Moline? dijo Loignac en tono algo mas suave..... cierto que si se dá oidos á esta gente saldremos con que son parientes de todo el mundo: vamos, buscad otra vez vuestro pase,

y que sea con buen éxito.

—Lardille, mira si está entre la ropa de los niños, dijo Eustaquio temblando de despecho e inquietud.

Lardille se arrodilló delante de un modesto paquete de ropa, que revolvió murmurando.

El joven Escipion continuaba desgañitándose; verdad es que sus hermanos de madre, viendo que nadie hacia caso de ellos, se divertían en llenarle la boca de arena.

Militor permanecía inmóvil como si las miserias de la vida de familia no tuviesen sobre su alma el menor influjo.

—¡Ah! dijo de repente M. de Loignac, ¿que es lo que veo allí en la manga de ese imbécil? Una cosa envuelta en un pedazo de piel.

—Sí, sí, eso es, exclamó Eustaquio con aire de triunfo: es una idea de Lardille; ahora recuerdo que se le ocurrió coser la targa en la manga de Militor.

—Para que llevase algo, dijo irónicamente Loignac. ¡El becerro, que mete los brazos en el cinturón por no saber como llevarlos!

Los labios de Militor se pusieron lividos

de cólera, mientras que la sangre se le agolpaba á la nariz, barba y ojos.

—Los becerros no tienen brazos, dijo gruñendo y mirando á Loignac de un modo siniestro: tienen patas como ciertas personas que yo conozco.

—Haya paz, dijo Eustaquio: ya ves, Militar, que el de Loignac nos hace la honra de chancearse contigo.

—No pardiez, no me chaneo, contestó Loignac, por el contrario, quiero que ese gandul tome mis palabras como las digo. Si fuese hijo mio le haria llevar á su madre, á su hermano, al paquete, y todavia juro que habia de subir sobre él, salvo el alargarle despues las orejas para probarle que es un burro.

Militar perdía los estribos. Eustaquio parecia desosegado; mas á pesar de su inquietud se advertia en él cierta especie de gozo que le causaba la humillacion de su hijo politico.

Lardille, para obviar dificultades y salvar á su hijo mayor de los sarcasmos de M. de Loignac, presentó al oficial el pase, desembarazado ya de su cubierta de piel.

M. de Loignac le cogió y leyó:

—Eustaquio de Miradoux, 26 de octubre,

al medio dia en punto, puerta de San Antonio.

—Marchad, dijo, y cuidado que no se olvide alguno de vuestros mostrencos, feos ó hermosos.

Eustaquio de Miradoux volvió á coger á Escipioncito en brazos; Lardille se agarró de nuevo á su cinturón; los dos chicos se acogieron de nuevo á las faldas de su madre, y este racimo de familia, seguida del silencioso Militar, fué á colocarse al lado de los que aguardaban despues de sufrido el exámen.

—Canalla, dijo Loignac entre dientes mirando á Eustaquio de Miradoux y su familia hacer su evolucion, vaya una facha de soldados que Mr. de Eperñon tendrá con ellos.

Despues, volviéndose.

—Vamos, vos ahora, dijo.

Estas palabras se dirigian al cuarto postulante. Se hallaba solo y muy erguido, dando capirotazos á su ropilla color gris para quitar el polvo; sus bigotes, que parecian pelos de gato, sus ojos verdes y chispeantes, sus cejas cuyo arco formaba un semicirculo saliente sobre dos muy pronunciados juanetes; y en fin, sus delgados labios imprimian á su fiso-

nomia ese tipo de desconfianza y parsimoniosa reserva, que sirve para denunciar al hombre que oculta también su bolsa como el fondo de su corazón.

—Chalabre, 25 de octubre al medio día en punto, puerta de San Antonio. Está bien, pasad, dijo Loignac.

—Sin duda habrá indemnización por los gastos de viaje, dijo humildemente el gascon.

—No soy tesorero, amigo, contestó con sequedad Loignac; por ahora solo soy portero, marchad.

Chalabre pasó.

En pos de Chalabre venía un caballero joven, rubio, que al sacar su pase dejó caer del bolsillo un dado y muchos naipes.

Declaró que se llamaba Saint-Capautel, y confirmada su declaración con el pase, que estaba en regla, siguió a Chalabre.

Quedaba el sexto que, por disposición del page improvisado, se había apeado, y exhibió a M. de Loignac un pase que se leía:

Ernauton Carmainges 26 de octubre, al medio día en punto, puerta de San Antonio.

Mientras M. de Loignac leía, el page, que se había también apeado por el otro costado,

se ocupaba en ocultar su fisonomía colocando la barbada, que estaba perfectamente sujeta, al caballo de su falso amo.

—¿Es vuestro ese page, caballero? preguntó Loignac á Ernanton señalando al jóven.

—Ya lo veis, señor capitan, dijo Ernanton, que no queria mentir ni hacer traicion; ya veis que embrida mi caballo.

—Pasad, repuso Loignac examinando con atencion á M. Carmainges, cuya figura y continente parecia que le llenaban mas que las de todos los demas.

—Hé aqui siquiera uno pasadero, dijo para sí.

Ernanton volvió á montar; el page, sin afectacion, pero diligente, le habia precedido, y se hallaba ya mezclado al grupo de los que estaban aguardando.

—Abrid la puerta, dijo Loignac, y dejad pasar á esas seis personas y su séquito.

--Vamos, pronto, pronto, amo mio, dijo el page, montad y marchemos.

Ernanton cedió de nuevo al ascendiente que ejercia sobre él esta estraña criatura, y abierta ya la puerta, clavó las espuelas á su caballo, y le introdujo guiado por las indica-

ciones del page, hasta el centro de San Antonio

Loignac hizo cerrar la puerta apenas entraron sus seis elegidos, con grande descontento de la multitud, que una vez cumplidas estas formalidades creia que iba á pasar, y viendo defraudada su esperanza, manifestó ruidosamente su desaprobacion.

El tio Miton, que despues de una carrera á escape por el campo habia recuperado poco á poco su serenidad, y que, no sin sondear á cada paso el terreno, habia vuelto al fin al lugar de donde parti6, aventur6 algunas quejas sobre el arbitrario modo con que la soldadesca interceptaba las comunicaciones.

El compadre Friard, que habia conseguido hallar á su mujer, y que protegido por ella parecia no tener ya miedo, participaba á su augusta mitad las novedades del dia comentadas á su manera.

En fin, los ginetes, de los que uno habia sido llamado Mayneville por el pagecillo, celebraban consejo para determinar si debian dar la vuelta junto al muro con la esperanza tan fundada de hallar en él alguna brecha, con el fin de penetrar por ella en Paris sin

tener necesidad de aguardar mas tiempo á la puerta de San Antonio ó en otra cualquiera.

Roberto Briquet, como filósofo que analiza, y como sabio que estrae la quinta esencia, Roberto Briquet, repetimos, comprendió que todo el desenlace de la escena que acabamos de referir iba á realizarse junto á la puerta, y que las conversaciones particulares de los caballeros, los paisanos y los vecinos de París no la ilustrarian ya mas.

Aproximóse, pues, lo mas que pudo á una barraquilla que servia de habitacion al portero y recibia luz por dos ventanas, de las que una miraba á París y otra al campo.

Apenas se había instalado en este nuevo puesto, cuando un hombre que venia del interior de París á todo galope saltó del caballo y entrando en la porteria se asomó á la ventana.

--¡Ah, ha! dijo Loignac.

—Aqui me teneis, M. de Loignac, dijo este hombre.

—Bien, ¿de dónde venis?

—De la puerta de San Victor.

—¿Vuestra factura?

—Cinco.

—¿Y los pases?

—Aquí están.

Loignac tomó las targetas, las comprobó, y escribió en una pizarra, que parecía dispuesta al efecto, el número 5.

El mensajero partió.

No habían trascurrido cinco minutos, cuando llegaron otros dos mensajeros.

Interrogólos Loignac sucesivamente, y siempre á través de su ventauilla.

Uno venia de la puerta Bourdelle y traía el número 4.

El otro de la puerta del temple, y anunciaba el número 6.

Loignac escribió cuidadosamente ambos números en su pizarra.

Desaparecieron estos mensajeros como el primero, y fueron sucesivamente reemplazados por otros cuatro que venian:

El primero de la puerta de San Dionisio con el número 5.

El segundo de la de Santiago con el número 3.

El tercero de la de San Honorato con el número 8.

El cuarto de la de Montmartre con el número 4.

Apareció, por fin, otro procedente de la puerta de Bussy trayendo el número 4,

Entonces Loignac puso con atención en líneas transversales los lugares y números siguientes:

Puerta de San Victor.	5
Puerta Bourdelle.	4
Puerta del Temple.	6
Puerta de San Dionisio.	5
Puerta de Santiago.	3
Puerta de San Honorato.	8
Puerta de Montmartre.	4
Puerta de Bussy.	4
En fin, puerta de San Antonio. . .	6

Total. 45

—Está bien.

—Ahora, gritó Loignac con fuerte voz, abrid las puertas y que entre quien quiera.

Abriéronse las puertas.

Al momento caballos, mulas, mujeres, chicos, carretas se lanzaron en Paris á riesgo de ahogarse comprimidos entre los dos pilares del puente levadizo.

En un cuarto de hora se esparció por esta vasta arveria que se llamaba calle de San Antonio toda esa oleada popular que desde la madrugada se habia estacionado sobre este dique momentáneo.

El ruido se fué poco á poco estinguiendo.

M. de Loignac montó á caballo con sus soldados. Roberto Briquet, que habia quedado el último, despues de haber sido el primero, atravesó flemáticamente el puente diciendo:

— Toda esta gente queria ver algo y nada han visto, aun de lo que les interesaba; yo, que nada queria ver, soy el único que he visto algo. Esto es muy bueno; continuemos; mas, ¿para qué continuar? por vida mia ya sé bastante. ¿Me ofreceria alguna ventaja el ver descuartizar á M. de Salcedo? ¡No, voto á Dios! ademas, he renunciado á la politica.

Vamos á comer; si hiciese sol marcaria al mediodia; conque ya es hora.

Dijo, y entró en Paris sonriéndose tranquila y maliciosamente, segun costumbre.



CAPITULO IV.

EL BALCON DE S. M. EL REY ENRIQUE III.
EN LA PLAZA DE GREVE.

Si ahora siguiésemos hasta la Plaza de Greve, donde vá á parar esa multitud del cuartel de San Antonio, encontraríamos entre ella muchos de nuestros conocidos; pero mientras que todos esos pobres ciudananos, menos prudentes que Roberto Briquet, se deslizan codeados, golpeados, apretados unos contra otros, preferimos, gracias al privilegio que nos dan nuestras alas de historiador, trasportarnos á la misma plaza, y

cuando hayamos abarcado todo el espectáculo de una ojeada, retroceder un instante hacia lo pasado, á fin de profundizar la causa despues de haber contemplado el efecto.

Puede decirse que el compadre Friard tenia razon elevando á cien mil almas lo menos el conjunto de los espectadores que habian de aglomerarse en la plaza de Greve y sus alrededores para gozar del espectáculo que se preparaba. Paris entero se habia citado en la casa consistorial, y Paris es muy exacto. Paris no falta á una fiesta, y fiesta era, fiesta extraordinaria, la muerte de un hombre, cuando ha conseguido escitar las pasiones hasta el punto de que unos le ensalcen y otros le maldigan, al paso que el mayor número le compadece.

El espectador que conseguia desembocar á la plaza, ya por el muelle, junto á la posada de la Virgen, ya por los soportales de la plaza Beudoyes, distinguía al punto en medio de la plaza de Greve los arqueros de lugar teniente de garnacha, Tanchou, y buen repuesto de suizos y soldados de caballeria ligera rodeando un pequeño tablado de casi cuatro pies de altura.

Este cadalso, tan bajo que no era visible mas que para los que le circuian ó para los que tenian la dicha de estar en alguna ventana, aguardaba la llegada del paciente, del que se habian apoderado los frailes desde por la mañana, y al que, segun la enérgica expresion del pueblo, aguardaban sus caballos para obligarle á hacer el gran viaje.

En efecto, bajo un cobertizo de la primera casa, pasada la calle del Carnero, ya en la plaza, golpeaban impacientes el pavimento cuatro vigorosos caballos, de poderosa grupa, blancas crines, pies calzados, y se mordian relinchando con gran susto de las mugeres que habian escogido este lugar voluntariamente ó impelidas por el gentio.

Los cuatro eran potros, y acaso por casualidad habia algunos de ellos sentido en su ancho lomo la opresion de un ginete, que en todo caso seria el mosfetudo hijo de algun aldeano que á hora tardia se hallase en el campo á la caida del sol.

Pero, despues del cadalso vacío, de los potros sin domar, lo que llamaba mas constantemente la atencion era la ventana principal de la casa consistorial, colgada de ter-

ciopelo encarnado y oro, y en cuyo balcon se ostentaba un tapiz con el escudo de las armas reales.

Aquella ventana era el balcon del rey.

Daba la una y media en San Juan de Greve, cuando esta ventana, parecida al marco de un cuadro, se llenó de personajes que venian á asomarse á ella.

Fué el primero el rey Enrique III., pálido, casi calvo, aun cuando á la sazón no tenia mas que de treinta á treinta y cinco años, hundidas las pupilas en su vidriosa órbita, contraída la boca nerviosamente.

Entró taciturno, con la mirada fija, magestuoso y vacilante á la vez, chocante en su continente, sombra mas que ente animado, espectro mas bien que rey, ó misterio siempre incomprensible, nunca comprendido por sus súbditos, que al verle aparecer jamás sabian si debian gritar ¡viva el rey! ó rogar por su alma.

Estaba Enrique vestido con ropilla negra, bordada de negro; no llevaba cruces ni joyas, un solo diamante brillaba en su toquilla, sirviendo de presillas á tres plumas cortas y rizadas. Llevaba en la mano

izquierda un perrito negro, que su cuñada Maria Estuardo le habia enviado desde la prision, y sobre cuya sedosa lana brillaban sus dedos blancos y finos, cual si fuesen de alabastro.

En pos de él venian Catalina de Médicis, ya encorvada por la edad, porque la reina madre tendria á la sazón de 70 á 77 años; pero llevando aun erguida y firme la cabeza, lanzando bajo sus cejas fruncidas por la costumbre una mirada acerada, á pesar de la cual se la veia siempre fria é inerte como una estatua de cera en su traje de eterno duelo.

En la misma línea aparecia la figura melancólica y dulce de la reina Luisa de Lorena; esposa de Enrique III. compañera insignificante en la apariencia, pero fiel en realidad, en medio de su agitada é infortunada vida.

La reina Catalina de Médicis acudia á triunfo.

La reina Luisa asistia á un suplicio.

El rey Enrique veia en esto un negocio.

Todas estas tres cosas se leian en la frente altiva de la primera, en la frente resigna-

da de la segunda, y en la frente anublada de la tercera.

Detrás de los ilustres personajes, que el pueblo admiraba tan pálidos y unidos, se hallaban dos apuestos mancebos, el uno de veinte años escasos y el otro de veinte y cinco á lo sumo, asidos del brazo, á pesar de la etiqueta, que prohíbe, delante de los reyes, como en la iglesia delante de Dios, que los hombres den muestra de apego á alguna cosa.

Ambos sonreían: el mas jóven con inefable tristeza, y el mayor con gracia encantadora; eran hermosos y hermanos.

El mas jóven se llamaba Enrique de Joyeuse, conde de Bouchage; el otro duque Ana de Joyeuse, si bien aun no era conocido en la corte sino bajo el nombre de Arques, á pesar de que el rey, que le amaba con pasión, le habia nombrado hacia ya un año par de Francia erijiendo en ducado-par el vizcondado de Joyeuse.

El pueblo no tenia á este favorito el ódio que tuvo en otro tiempo á Mangiron, á Quelus y á Schomberg, odio que Epernon solo habia heredado, y por lo tanto el pue-

blo acogió al príncipe y á los dos hermanos con discretas, pero lisongeras aclamaciones.

Enrique saludó á la multitud gravemente y sin sonreirse; en seguida dió un ósculo á su perro en la cabeza, y volviéndose hácia los jóvenes, dijo al mayor:

Recostaos contra este tapiz, Ana: no os canséis en estar de pié, pues esto probablemente durará mucho.

—Así lo espero, interrumpió Catalina: esto será largo y bueno, señor.

—¿Creeis que hablará Salcedo, madre mia? preguntó Enrique.

—Espero que Dios querrá confundir así á nuestros enemigos; digo nuestros enemigos, porque tambien los son vuestros, hija mia, añadió volviéndose hacia la reina, la cual se puso pálida y bajó sus hermosos ojos.

El rey meneó la cabeza en señal de duda, y volviéndose después otra vez hacia Joyeuse, y viendo que continuaba de pié á pesar de su invitacion, dijo:

—Haced lo que os digo, Ana, recostaos contra la pared ó apoyaos en mi sillón.

—V. M. es á la verdad demasiado bue-

no, contestó el joven duque, y no aprovecharé el permiso sino cuando verdaderamente esté cansado.

—Y no esperaremos á que lo esteis, ¿no es verdad, hermano mio? dijo Enrique en voz baja.

—Está tranquilo, respondió Ana con su vista mas bien que con su voz.

—Hijo mio, dijo Catalina, ¿no es un tumulto lo que veo allá abajo, en el ángulo del muelle?

—¡Qué vista tan perspicaz, madre mía! Sí, en efecto, creo que teneis razon. ¡Oh! ¡qué ojos tan malos tengo, y sin embargo, aun no soy viejo!

—Señor, interrumpió Joyeuse, ese tumulto procede de que la compañía de arqueros rechaza al pueblo hacia la plaza. Indudablemente es el reo que llega.

—¡Qué lisonjero es para los reyes, dijo Catalina, ver descuartizar á un hombre que tiene en las venas una gota de sangre real!

Y al pronunciar estas palabras clavó en Luisa su mirada.

—¡Oh, señora! dijo la joven reina con una desesperacion que en vano quiso disi-

mular, permitidme que os diga que ese monstruo no pertenece á mi familia, y creo que no habreis querido decir que pertenecia.

—Cierto que no, dijo el rey, y estoy segurísimo de que mi madre no ha querido decir eso.

—El resultado es, exclamó ásperamente Catalina, que pertenece á los Lorenas, y los Lorenas son vuestros, señora; yo á lo ménos así lo pienso. Ese Salcedo es pariente vuestro y muy cercano.

—Es decir, interrumpió Joyeuse con noble indignacion, que era el rasgo distintivo de su carácter y que estallaba en cualquiera circunstancia contra el que la habia escitado, cualquiera que fuese; es decir, que en todo caso será pariente de M. de Guisa, pero no de la reina de Francia.

—¡Ah! ¿estais ahí? señor de Joyeuse, dijo Catalina con altivez indefinible, ¡ah! ¿estais ahí? No os habia visto.

—Aquí estoy, no solo con anuencia sino por orden del rey, señora, dijo Joyeuse interrogando á Enrique con la vista. No es una cosa tan placentera ver descuartizar á un hombre para que venga yo á semejante

espectáculo á no ser á la fuerza.

—Joyeuse tiene razon, señora, dijo Enrique: no se trata de Lorenas, ni de Guissa, ni sobre todo de la reina: tratase de ver separar en cuatro pedazos á Salcedo, es decir, á un asesino que queria matar á mi hermano.

—Estoy en desgracia hoy, dijo Catalina cediendo de repente, pues en esto consistía la habilidad de su táctica, hago llorar á mi hija, y aun creo, Dios me perdone, que hago reir al Sr. de Joyeuse.

—¡Ah! señora, exclamó Luisa cogiendo las manos de Catalina, ¿es posible que V. M. se equivoque así con mi dolor?

—Y con mi respeto profundo, añadió Ana de Joyeuse apoyándose en el brazo del sillón real.

—Es verdad, es verdad, replicó Catalina clavando su último dardo en el corazón de su nuera. Deberia saber lo penoso que es para vos, querida hija mia, ver como se descubren las tramas de vuestros aliados de Lorena, y aunque no tengais parte en ellas, no por eso os perjudicará menos semejante parentesco.

— ¡Oh! en cuanto á eso , madre mia, hay algo de verdad, dijo el rey queriendo poner á todo el mundo de acuerdo, porque al fin sabemos ya á que atenernos sobre la participacion de los señores de Guisa en esa conjuracion.

— Pero, señor, interrumpió Luisa de Lorena con mas audacia de la que habia usado hasta entonces, bien sabe V. M. que al llegar á ser reina de Francia he dejado á mis parientes lejos del trono.

— ¡Oh! esclamó Ana de Joyeuse: ya veis como no me engañaba, señor; mirad al reo que aparece en la plaza. ¡Caspita! ¡que figura tan fea!

— Tiene miedo, dijo Catalina; hablará.

— Si no le saltan las fuerzas, contestó el rey. Mirad madre mia; su cabeza ya vacila como la de un cadáver.

— No me desdigo, señor, dijo Joyeuse: es horroroso.

— ¿Cómo quereis ¡que sea hermoso un hombre cuyos pensamientos son tan feos? Ya os he explicado, Ana, la intima relacion que hay entre lo fisico y lo moral, como Hipócrates y Galeno la comprendian y

han explicado ellos mismos.

—No digo que no, señor, pero no soy enteramente de vuestra opinion, pues he visto muchas veces hombres muy feos ser bizarros soldados. ¿No es verdad Enrique?

Joyeuse se volvió hacia su hermano como para llamar su aprobacion en su auxilio; pero Enrique miraba sin ver, escuchaba sin oír, sumergido en profunda meditacion, así es que el rey respondió por él:

—¿Y quién os dice, mi querido Ana, exclamó, que ese no sea tambien valiente? Lo es, ¡pardiez! como un oso, como un lobo, como una serpiente. ¿No os acordais de sus hazañas? Ha quemado en su casa á un caballero normando, enemigo suyo: ha tenido diez desafios y ha muerto á tres de sus adversarios: ha sido sorprendido acuñando moneda falsa y condenado á muerte por este hecho.

—Por mas señas, dijo Catalina de Médicis, que fué indultado por la intercesion del duque de Guisa, vuestro primo, hija mia.

Esta vez se hallaba Luisa sin fuerzas, y

se contentó con lanzar un suspiro.

—Vamos, Joyeuse, puede decirse que esa existencia está atacada de plétora, y por tanto concluirá muy pronto.

—Yo espero, por el contrario, señor de Joyeuse, dijo Catalina, que vá acabar lo mas lentamente posible.

—Señora, dijo Joyeuse meneando la cabeza, percibo hallá abajo caballos tan briosos é impacientes al verse obligados á permanecer allí sin hacer nada, que no puedo creer sea muy larga la resistencia que opongan los músculos, tendones y cartilagos de Salcedo.

—Si, como no se previera el caso; pero mi hijo es misericordioso, añadió Catalina con una de esas sonrisas exclusivamente suyas; mandará decir á los ayudantes que tiren con suavidad.

—Sin embargo, señora, replicó tímidamente la reyna, esta mañana os oí decir á Mme. de Mercoeur, á lo menos así me parece, que ese desgraciado no sufriria mas que dos tirones.

—Si se porta bien, contestó Catalina: en ese caso lo despacharán lo mas pronto po-

sible. Bien quisiera yo, aunque no fuese mas que por el interés que os tomáis por él, que pudieseis obligarle á decirlo: que se porte bien, esto es cuenta suya.

—Señora, contesto la reyna, como Dios no me ha dado las fuerzas que á vos, conozco que mi corazon no es el mas á propósito para ver sufrir.

—Bien, no mireis, hija mia.

Luisa guardó silencio.

Nada habia oido el rey; tan distraido estaba viendo como sacaban al reo de la carreta que lo habia conducido para subir al pequeño cadalso.

Durante este tiempo los alabarderos, arqueros y suizos habian ensanchado considerablemente el espacio, de suerte que al rededor del patíbulo habia un vacío bastante grande para que todas las miradas distinguiesen á Salcedo á pesar de la poca altura de su sùebre pedestal.

Salcedo tendria treinta y cuatro ó treinta y cinco años; era fuerte y vigoroso: las facciones pálidas de su rostro, por el que surcaban algunas gotas de sudor y de sangre, se animaba cuando miraba en torno suyo

con una espresion indefinible, ora de esperanza, ora de angustia.

Al principio dirigió la vista al palco real; pero como hubiese comprendido que en lugar de salud no podia esperar de alli sino la muerte, apartó pronto sus ojos de aquel sitio y los fijó en la multitud, escudriñando hasta en el profundo seno de aquel mar borrascoso con avidez, trémulos sus labios de despecho.

El pueblo guardaba el mas profundo silencio.

Salcedo no era un asesino vulgar; Salcedo era en primer lugar de buen nacimiento, puesto que Catalina de Médicis, que debia ser muy inteligente en genealogia, por lo mismo que hacia ascos de ella, habia descubierto una gota de sangre real en sus venas; además, Salcedo habia sido capitán de alguna nombradía. Aquella mano, atada con una cuerda ignominiosa, habia empuñado honrosamente la espada; aquella cabeza livida, en la que aparecia retratado todo el terror de la muerte, terror que la victima hubiera encerrado sin duda en lo mas profundo de su alma, si la esperanza no ocu-

pase allí demasiado lugar, aquella cabeza livida habia abrigado grandes designios.

Resultaba de lo que acabamos de decir que para muchos espectadores Salcedo era un héroe, para otros muchos una vietima; algunos le consideraban tambien como asesino, pero cuesta mucho trabajo al pueblo admitir en el rango de los criminales ordinarios á aquellos que han intentado esos grandes asesinatos, que el libro de la historia registra al mismo tiempo que el de la justicia.

No es, pues, extraño que entre la muchedumbre no se oyera hablar de otra cosa sino de que Salcedo habia nacido de una raza de guerreros, que su padre habia atacado vigorosamente al cardenal de Lorena, lo que le habia valido una muerte gloriosa en medio de la matanza de la célebre jornada de San Bartolomé; pero que despues el hijo, olvidándose de esta muerte, ó mas bien, sacrificando su odio á cierta ambicion por la que los pueblos tienen siempre alguna simpatia instintiva, que ese hijo, decimos, habia hecho pacto con España y con los Guisas para anonadar en Flandes la soberania na-

ciente del duque de Anjou, tan odiado de los franceses.

Citábanse sus relaciones con Baza y Boulouin, autores presuntos de la conjuración que estuvo á punto de costar la vida al duque Francisco, hermano de Enrique III; citábase la astucia que habia desplegado Salcedo en toda aquella causa para librarse de la rueda, del patíbulo y de la hoguera, sobre los cuales humeaba todavia la sangre de sus cómplices; solo que, segun decian los habitantes de la Lorena, habia engolosinado de tal modo á los jueces con sus revelaciones falsas y llenas de artificio, que para saber mas el duque de Anjou le habia perdonado momentáneamente, mandando que lo condujeran á Francia, en lugar de decapitarlo en Amberes ó en Bruselas: cierto que habia acabado por llegar al mismo resultado; pero en el viaje, que era el objeto de sus revelaciones, esperaba Salcedo deber su salvación á sus partidarios; pero por desgracia no habia contado con M. de Bellievre, que, encargado de aquel depósito precioso, habia sabido llenar tan cumplidamente su deber, que ni los españoles,

ni los habitantes de la Lorena, ni los de la Liga, se habian atrevido á aproximarse á una legua de distancia.

Salcedo habia esperado en la cárcel, habia esperado en el tormento, habia esperado tambien en la carreta, y seguia esperando sobre el cadalso. No carecia seguramente de valor ni de resignacion; pero era uno de esos hombres de carácter vivo, enérgico, que se defienden hasta el último instante con esa tenacidad y con ese vigor que no alcanza siempre la fuerza humana en los ánimos de un valor secundario.

No se escapaba al rey, como no se escapaba al pueblo, aquel pensamiento incessante de Salcedo.

Catalina por su parte estudiaba con ansiedad hasta el menor movimiento del desgraciado jóven; pero se hallaba demasiado lejos para seguir la direccion de sus miradas y observar su fuego continuo.

Al llegar el reo á la plaza se habia poblado toda como por encanto de hombres, mugeres y niños; cada vez que aparecia una cabeza nueva por encima de aquel nivel moribundo, pero ya medido por el ojo vigilante

de Salcedo, lo analizaba todo con el examen de un segundo, que bastaba como el examen de una hora á aquella organizacion tan escitada, en la que el tiempo, demasiado precioso ya, habia duplicado, ó mas bien, centuplicado todas sus facultades.

Luego que Salcedo examinaba el rostro desconocido y nuevo, volvía á quedar tético, y dirigía á otra parte su atencion.

Entre tanto el verdugo habia comenzado á apoderarse de él, atándolo por la mitad del cuerpo al centro del cadalso, y aun ya, á una señal de maese Tanchou, que mandaba la ejecucion, habian ido dos arqueros, atravesando la multitud, á buscar los caballos.

En cualquiera otra circunstancia no habrian podido los arqueros dar un solo paso por entre aquella masa compacta; pero la multitud sabia lo que iban á hacer los arqueros, y se apretaba y hacia paso como en un teatro obstruido de gente se deja siempre paso á los actores encargados de papeles importantes.

En aquel momento se oyó ruido á la puerta del balcon del rey; y el ugiér, levantan-

tando el tapiz, dijo á SS. MM. que el presidente Brisson y cuatro consejeros, uno de ellos el relator del proceso, deseaban tener la honra de hablar un instante al rey con motivo de la ejecucion.

—Nos viene como de molde, dijo el rey, y volviéndose hácia Catalina, añadió: vais á quedar satisfecha.

Catalina hizo un ligero movimiento de cabeza en señal de aprobacion.

—Que entren esos señores, dijo el rey.

—Señor, tengo que pedir os una gracia, dijo Joyeuse.

—Habla, Joyeuse, contestó el rey, siempre que no me pidas el indulto del reo.

—Tranquilizaos, señor.

—Ya escucho.

—Hay una cosa que ofende particularmente la vista de mi hermano, y sobre todo la mia, y son esos ropones colorados y negros. Permitanos, pues, V. M. retirarnos.

—¡Como! ¿os interesais tan poco en mis asuntos, señor de Joyeuse, que quereis retiraros en semejante momento? exclamó Enrique.

—Nada de eso, señor, todo lo que atar-

ñe á V. M. es de interés sumo para mí; pero soy de una organizacion muy miserable, y sobre este punto la muger mas débil es mas fuerte que yo. No puedo ver una ejecucion sin que me cueste estar ocho dias enfermo, y luego, como ya no hay en la corte, como no sea yo, quien se ria, desde que mi hermano, sin que yo sepa por qué, no se rie, juzgad lo que vá á ser de ese pobre Louvre, ya demasiado triste, para que vaya yo á hacerlo mas todavia. Así, por piedad, señor...

—¿Quieres dejarme, Ana? dijo Enrique con acentos de indefinible tristeza.

—¡Caspita! señor, sois exigente! ¡una ejecucion en la Greve, es decir, la venganza y el espectáculo á la vez! ¡y qué espectáculo! aquel que, al revés de lo que á mi me sucede, escita mas vuestra curiosidad, la venganza y el espectáculo no es bastante, y necesitais gozar al mismo tiempo de la debilidad de vuestros amigos.

—Quédate, Joyeuse, quedate: verás que interesante es esto.

—No lo dudo, y aun temo, como ya he dicho á V. M., que el interés llegue á un

punto que no pueda yo soportarlo: así pues, me permitireis que me retire, ¿no es verdad, señor?

Y Joyeuse hizo un movimiento como para salir.

—Vamos, dijo Enrique III suspirando, haz tu gusto, puesto que mi destino es vivir solo.

En seguida se volvió hacia su madre, temiendo que hubiese oído el coloquio que acababan de tener él y su favorito.

Catalina tenía el oído tan fino como la vista; pero cuando no quería oír no había tímpano más duro que el suyo.

Durante este tiempo Joyeuse se había aproximado al oído de su hermano y le había dicho en voz baja:

—Alerta, alerta, Dubeuchage: mientras entran esos consejeros deslízate por detrás de ellos, y escapémonos de aquí; el rey dice ahora sí y dentro de cinco minutos dirá no.

—Gracias, gracias, hermano mio, respondió el jóven; también yo tenía ganas de marcharme.

—Vámonos, vámonos, ya aparecen los

cuervos; huye tierno ruiseñor.

En efecto, por detrás de los consejeros se vió buir como dos sombras rápidas á los dos jóvenes, y en seguida cayó el pesado tapiz.

Cuando el rey volvió la cabeza ya habian desaparecido.

Enrique lanzó un suspiro y besó á su perrito.

CAPITULO V.

EL SUPPLICIO.

Los consejeros estaban de pié y silenciosos en la parte mas retirada del balcon del rey, aguardando que este les dirijiese la palabra.

El rey se hizo esperar un rato, y luego, volviéndose hácia ellos, les preguntó:

—¿Y bien, señores, qué hay de nuevo?
Buenos dias, presidente Brisson.

—Señor, respondió este con su habitual dignidad que en la corte llamaban su cortesía de hugonote, venimos á suplicar á V. M.,

cumpliendo los deseos de M. Thoa, que se conserve la vida del culpable. Es indudable que debe tener que hacer algunas revelaciones, las que se obtendrian prometiéndole la vida.

—¿Pero no se han obtenido ya, señor presidente? dijo el rey.

—En parte, si, señor, ¿pero basta esto á V. M.?

—Yo sé lo bastante.

—V. M. sabe entonces á que atenerse acerca de la participacion de la España en este negocio.

—Si, de la España, señor presidente, y tambien de otras muchas potencias.

—Seria importante evidenciar esa participacion señor.

—Por eso, interpuso Catalina, tiene el rey la intencion, señor presidente, de suspender la ejecucion, si el culpable firma una confesion confirmatoria de sus declaraciones ante el juez que le aplicó la tortura.

Brisson interrogó al rey con una mirada espresiva.

—Tal es mi intencion, dijo Enrique, y no la oculto por mas tiempo; podeis adquirir la

seguridad, M. Brisson, interrogando al paciente por medio de vuestro sustituto.

—¿No tiene V. M. nada mas que mandarme?

—Nada mas. Pero nada de variacion en las declaraciones, y retiro mi palabra. Son públicas y deben ser completas.

—Está bien, señor. ¿Con los nombres de los personajes comprometidos?

—¡Con los nombres, todos los nombres!

—¿Aun cuando esos nombres sean tildados por el dicho del paciente de alta traicion y sedicion en primer grado?

—Aun cuando esos nombres fuesen los de mis parientes mas próximos, dijo el rey.

—Se hará como V. M. lo ordena.

—Creo que me esplico bien, M. Brisson; asi pues, nada de mala inteligencia; se llevará al condenado papel y plumas. Escribirá su confesion, demostrando por este hecho públicamente que se entrega completamente á nuestra misericordia. Despues veremos,

—¿Pero puedo prometer?

—¡Eh! ¡bien! prometed de todos modos:

—Marchad, señores, dijo el presidente despidiendo á los consejeros.

Y saludando respetuosamente al rey, salió en pos de ellos.

—Hablará, señor, dijo Luisa de Lorena tremula y conmovida, hablará, y V. M. le perdonará. Ved cual están lividos sus labios y espumosos.

—No, no, dijo Catalina, es que busca algo. ¿Qué será?

—Pardiez, dijo Enrique III, no es difícil adivinarlo: busca á M. el duque de Parma, á M. el duque de Guisa, y á mi señor hermano el rey católico. Sí! busca, busca! aguarda; ¿crees que la Plaza de Greve sea lugar mas á propósito para emboscadas que el camino de Flandes? ¿crees que no tengo aquí cien Berllievres para impedirte bajar del cadalso donde te ha conducido uno solo?

Salcedo habia visto á los arqueros ir á buscar los caballos: despues percibió á los consejeros en el balcon del rey; luego les vió desaparecer y comprendió que el rey acababa de dar la órden para el suplicio.

Entonces fué cuando se esmaltaron sus lividos labios con la sanguinolenta espuma que habia notado la jóven reina; el

desgraciado , devorado por mortal impaciencia, se mordía los labios hasta saltar sangre.

—¡Nadie, nadie! murmuraba. ¡Ni uno solo de los que me habían prometido socorro! Cobardes, infames, infames!

El lugarteniente Tanchou se acercó al cadalso, y dirigiéndose al verdugo, le dijo: —Preparaos, maestro.

El ejecutor hizo una señal al otro extremo de la plaza, y vióse á los caballos por medio del gentío dejando una tumultuosa estela que, parecida á la que imprime la nave en el mar, se cerraba apenas pasaban.

Esta estela era producida por los espectadores que los caballos en su rápida marcha hacían replegar ó atropellaban; pero la multitud un punto fraccionada, se comprimía con nuevo esfuerzo sin mas alteracion que la de pasar los que estaban primero á las últimas filas, porque los mas fuertes llenaban el vacío.

Pudo verse entonces, á la esquina de la calle de la Vannerie, cuando pasaron los caballos, á un hermoso jóven conocido nuestro, que empujado por un mancebo de

quince á diez y seis años escasos, y ansioso de ver el espectáculo, saltó al suelo desde la piedra en que estaba subido.

Eran el page misterioso y el vizconde Ernauton de Carmainges.

—Ea, pronto, pronto, dijo el page al oído á su compañero, lanzaos en ese hueco: nõ hay que perder un instante.

—Pero vamos á sofocarnos, respondió Ernauton: estais loco, amiguito mio.

—Quiero ver, ver de cerca, dijo el page con tan imperioso tono, que era fácil conocer que esta órden se dictaba por boca que tenia costumbre de mandar.

Ernauton obedeció.

—Id detras de los caballos, detras siempre, dijo el page; no dejéis el menor hueco entre vos y ellos, ó nunca llegaremos.

—Pero si autes que lleguemos vais á ser despedazado.

—No os tomeis cuidado por mi. ¡Adelante, adelante!

—Van á dar coces los caballos.

—Coged al último por la cola; nunca cocea un caballo cuando se le sujeta así.

Ernauton sufría, á su pesar, la influen-

cia estraña de este niño; obedeció, se agarró á la cola del caballo, al paso que el page se cogia á su cintura.

—Y en medio de esta multitud ondulante como las aguas del mar, espinosa como una zarza, dejando aqui un pedazo de su capa, allí otro de la ropilla, mas adelante el cuello de la camisa, llegaron al mismo tiempo que los caballos á tres pasos del tablado sobre el que Salcedo se entregaba á la desesperacion.

—¿Hemos llegado? dijo el jovencillo casi sin respiracion, cuando sintió á Ernauton detenerse.

—Sí, contestó el vizconde, felizmente, porque ya iban aniquilándose mis fuerzas.

—No veo.

—Pasad delante de mí.

—Ni aun así tampoco.... ¿Qué hacen?

—Nudos corredizos á la estremidad de las cuerdas.

—¿Y él qué hace?

—¿Quién es él?

—El paciente.

—Revolver los ojos como el buitre que avizora su presa.

Los caballos estaban bastante cerca del cadalso para que los ayudantes del verdugo atasen á los pies y brazos de Salcedo los tirantes de aquellos.

Salcedo exhaló un rugido cuando sintió en los tovillos el rugoso contacto de las cuerdas, que un nudo escurridizo ceñía cada vez mas.

Dirigió entonces una suprema, indefinible mirada á toda esa inmensa plaza, cuyos cien mil espectadores abarcó con su rayo visual.

—Caballero, le dijo políticamente el lugarteniente Tanchou, ¿quereis hablar al pueblo antes que procedamos á la ejecucion?

Y aproximándose al oido del paciente le dijo en voz baja:

—Una buena confesion... y salvais la vida.

Salcedo le echó una mirada que sondeaba hasta el fondo del corazon.

Era tan elocuente esta mirada, que al parecer arrancó la verdad del corazon de Tanchou y la hizo surgir hasta sus ojos, donde se evidenció.

Salcedo no se engañó: comprendió que el lugarteniente hablaba con sinceridad, y

cumpliría lo que prometía.

—Ya lo veis, continuó Tanchou: se os abandona; no teneis en este mundo otra esperanza que la que os ofrezco.

—Pues bien, dijo Salcedo exhalando un hondo suspiro: estoy pronto á hablar.

—Lo que el rey exige es una confesion escrita y firmada.

—Entonces desatadme las manos y dadme una pluma: voy á escribir.

—¿Vuestra confesion?

—Mi confesion, sí.

Transportado Tanchou de alegría no tuvo que hacer mas que una señal, pues el caso estaba previsto. Un arquero tenia preparados los útiles necesarios; entregó el tintero, las plumas, el papel, que Tanchou colocó sobre el tablado.

Al mismo tiempo aflojaban cerca de tres pies la cuerda que sujetaba el puño derecho de Salcedo, y le colocaban convenientemente para que pudiese escribir.

Sentado al fin Salcedo empezó por respirar con fuerza, limpiándose la boca con la mano y arreglándose el cabello, que humedecido por el sudor le cubria la frente.

—Vamos, vamos, dijo Tanchou, colocaos á gusto y escribid bien todo.

—¡Oh! no tengais cuidado, respondió Salcedo alargando la mano para tomar la pluma. Estad tranquilo: no olvidaré á los que me olvidan.

Y al pronunciar estas palabras aventuró una nueva ojeada.

Sin duda era llegado al paje el instante de mostrarse, porque cogiendo la mano de Ernauton le dijo:

—Por favor, tomadme en brazos y alzadme por encima de esta gente que me impide ver.

—Pero, jóven, sois en verdad insaciable.

—Caballero, hacedme aun este favor.

—Abusais demasiado.

—Es preciso que yo vea al condenado, ¿lo entendéis? Es preciso que le vea.

Y como Ernauton no correspondia bastante pronto á esta invitacion, añadió:

—¡Por piedad, señor, os lo suplico!

El mancebo no era ya un tirano caprichoso, sino un suplicante irresistible.

Ernauton le alzó entre sus brazos, no sin asombrarse de la delicadeza de aquel cuerpo que estrechaba entre sus manos.

La cabeza del paje dominó casi todas las demas cabezas.

En este momento acababa Salcedo de tomar la pluma terminando su revista circular.

Vió la fisonomia del jóven y quedó estupefacto.

Entonces el paje apoyó dos dedos en sus lábios. Un gozo indecible brilló en el rostro del paciente. Tal debió ser la delectacion del mal rico cuando Lázaro vertió una gota de agua en su desecada lengua.

Acababa de reconocer la señal que con tanta impaciencia aguardaba y que le anunciaba socorro.

Salcedo, despues de meditar algunos segundos, se apoderó del papel que le presentaba Tanchou, inquieto al verle vacilar, y se puso á escribir con febril actividad.

—Escribe, escribe, murmuró el populacho.

—Escribe, repitió la reina madre con manifiesto gozo.

—Escribe, dijo el rey, ¡voto al diablo! que le perdonaré.

De repente Salcedo se detuvo para mirar otra vez al jóven.

—Este repitió la misma señal, y Salcedo se puso otra vez á escribir.

Después de un intervalo mas corto interrumpió de nuevo la escritura para volver á mirar.

Esta vez el page hizo seña con los dedos y la cabeza.

—¿Habeis concluido? dijo Tanchou, que no perdía de vista su papel.

—Sí, dijo maquinalmente Salcedo.

—Pues firmad.

Salcedo firmó, sin echar sobre el papel la vista, que conservaba invariablemente fija en el jóven.

Tanchou alargó la mano para recoger la confesion.

—Al rey, al rey solo, dijo Salcedo.

Y entregó el papel al lugarteniente, pero vacilando, y como un soldado vencido que rinde sus últimas armas.

—Si lo habeis confesado bien todo, dijo Tanchou, estais salvado, M. de Salcedo.

Una sonrisa mitad irónica é inquieta apareció en los lábios del paciente, que parecía interrogar impacientemente á su misterioso interlocutor.

Ernauton, al fin, fatigado, quiso deponer su incómodo peso, abrió los brazos, y el paje se halló en el suelo.

Con él desapareció la vision que habia sostenido al condenado.

Cuando Salcedo no le vió ya le buscó con la vista, y como extraviado, gritó:

—¡Y bien! ¡vamos!

Nadie le respondió.

—Vamos, pronto, pronto, apresuraos, añadió: el rey tiene el papel y vá á leerle.

Nadie se movió.

El rey desdobló vivamente la confesion.

—¡Oh! ¡con mil demonios! esclamó Salcedo, ¿se habrán burlado de mí? Y sin embargo, la he reconocido perfectamente. ¡Era ella, era ella!

Apenas hubo el rey recorrido las primeras lineas pareció dominado por la mayor indignacion.

Luego palideció y esclamó:

—¡Oh! ¡el miserable! ¡el malvado!

—¿Qué hay, hijo mio? preguntó Catalina.

—Hay que se retracta, madre mia; hay que pretende no haber confesado cosa alguna jamás.

—¿Y despues?

—Despues declara inocentes y estraños á todo complot á los de Guisa.

—En realidad, balbuceó Catalina, si es verdad....

—¡Miente, repuso el rey, miente como un renegado!

—¿Qué sabeis vos, hijo mio? Los de Guisa tal vez han sido calumniados. Tal vez los jueces en su estremado celo habrán interpretado falsamente las deposiciones.

—Eh, señora, exclamó Enrique no pudiendo reprimirse por mas tiempo, yo lo he oido todo.

—¿Vos, hijo mio?

—Si, yo.

—¿Y cuándo, nos quereis decir?

—Cuando el culpable sufrió el tormento; yo estaba detrás de una cortina; ni una sola de sus palabras he perdido, y cada una de ellas se enclayaba en mi cabeza como el clavo bajo el golpe del martillo.

—¡Pues bien! hacedle hablar con la tortura, pues que es necesario; mandad que los caballos tiren.

Enrique, arrebatado por la cólera, alzó la mano.

El lugarteniente Tanchou repitió la señal.

Ya habian sido atadas de nuevo las cuerdas á los cuatro remos del paciente; cuatro hombres saltaron sobre los cuatro caballos; cuatro latigazos resonaron á un tiempo, y los cuatro caballos se lanzaron en direcciones opuestas.

Un crugido horrible y un horrible grito se oyeron á la vez del pavimento del cadalso. Viéronse los miembros del desgraciado Salcedo acardenalarse, alargarse é inyectarse de sangre; su rostro no era el de una criatura humana; era la máscara de un demonio.

—¡Ah, traicion, traicion! gritó. ¡Pues bien! voy á hablar, quiero hablar, quiero decirlo todo. ¡Ah! maldita duq...

La voz dominaba los relinchos de los potros y el rumor de la muchedumbre; pero de repente se amortiguó.

—¡Deteneos, deteneos! gritó Catalina.

Era demasiado tarde. La cabeza de Salcedo, poco antes estirada por el padecimiento y el furor, cayó de golpe sobre el tablado.

—Dejadle hablar, vociferó la reina ma-

dre. Deteneos, deteneos ya.

Las pupilas de Salcedo estaban desmesuradamente dilatadas, fijas, y como penetrando aun obstinadamente en el grupo entre el que habia aparecido el paje. Tanchou seguia hábilmente la direccíon de la mirada.

Pero Salcedo ya no podia hablar; estaba cadáver.

Tanchou dió muy bajo algunas órdenes á sus arqueros, que se pusieron á registrar entre la multitud en la direccíon indicada por las denunciadoras miradas de Salcedo.

—Estoy descubierto, dijo el paje á Ernauton: ¡por piedad favorecedme, ayudadme señor! ¿qué vienen!

—¿Pero que quereis ahora?

---¡Huir! ¿no veis que es á mi á quién buscan?

---Pues entonces, ¿quien sois?

---Una muger.... Salvadme, protegedme.

Ernauton palideció: pero la generosidad pudo en él mas que el asombro y el temor.

Colocó delante á su protegida, la franqueó caminó á fuerza de golpes oportuna-

mente aplicados con el pomo de su daga, y la condujo hasta la esquina de la calle del Cármen, hácia una puerta abierta.

El jóven se lanzó á través de ella y desapareció, cerrándose así que entró, como si se le estuviese aguardando.

Ernauton ni aun tuvo tiempo para preguntarle su nombre ni donde volveria á encontrarle; pero él, al desaparecer, cual si hubiese adivinado el pensamiento de su protector, le hizo una seña llena de promesas.

Libre entonces Ernauton, se volvió hácia el centro de la plaza, y de una ojeada abarcó el cadalso y el balcon real.

Salcedo yacia en el tablado inerte y livido.

Catalina estaba de pié, livida tambien y convulsiva en el balcon.

—¡Hijo mio, dijo al fin enjugando el sudor de su frente, hijo mio, os aconsejo que varieis de verdugo, porque es partidario de la liga!

—¿Y en qué lo conoceis, madre mia? preguntó Enrique?

—Mirad, mirad.

—Bien, ya miro.

—Salcedo no ha sufrido mas que una ten-

sion, y ha muerto.

—Porque era demasiado sensible al dolor.

—¡No! ¡no! replicó Catalina con una sonrisa de desprecio por la poca perspicacia de su hijo, sino porque ha sido estrangulado por debajo del cadalso con una cuerda fina en el momento que iba á acusar á los que le dejaban morir. Haced inspeccionar el cadáver por un doctor inteligente, y se hallará en su cuello, estoy segura, el círculo que la cuerda ha de haber impreso,

—Teneis razon, dijo Enrique, cuyos ojos centellearon un instante: mi primo Guisa está mejor servido que yo.

—¡Silencio, silencio, hijo mio! nada de ruido porque se burlarian de nosotros; tambien esta vez se ha perdido la batida.

—Joyeuse ha hecho bien yendo á divertirse á otra parte, dijo el rey: en este mundo no se puede contar con cosa alguna, ni aun con los suplicios! Partamos, señores, partamos.



CAPITULO VI.

LOS DOS JOYEUSE.

Los Joyeuse, cual los hemos visto, se habian retirado durante toda esta escena por la espalda de la casa consistorial, y dejando sus lacayos y caballos con la comitiva del rey, marchaban del brazo por las calles de este populoso cuartel, á la sazón desiertas: tal era el cúmulo de espectadores que habia acudido á la plaza de Greve.

Una vez fuera, habian continuado del brazo, pero sin dirigirse la palabra.

Enrique, antes tan alegre, estaba preocupado y casi sombrío.

Ana parecía inquieto y como do por el silencio de su hermano.

El fué, sin embargo, quien rompió mero el silencio.

—Y bien, Enrique, ¿donde me encuentras?

—A ninguna parte, hermano mio, andando y nada mas, contestó Enrique, si se despertase sobresaltado. ¿Deseais algun lado, hermano mio?

—¿Y tú?

Enrique se sonrió tristemente.

—¡Oh! en cuanto á mi, me importa poco donde voy.

—Sin embargo, tú vas á alguna parte todas las noches, dijo Ana, porque cada una de ellas sales á la misma hora para no volver en toda la noche.

—¿Me interrogais, hermano mio? preguntó Enrique con encantadora dulzura, mezclada con cierto respeto hacia su hermano mayor.

—¿Yo interrogarte? replicó Ana: Dios me libre: no investigo secretos que se me ocultan.

—Cuando lo deseais, hermano mio, no tendré secretos para vos.

 ¿Tendrás secretos para mí, Enrique?
—Ana, hermano mio; ¿no sois á la vez
mi amigo?

—¡Ante! Pensaba que tenias otros me-
que yo, que no soy mas que un po-
go; creia que tu tenias á nuestro sa-
hermano, esa columna de la teología,
antorcha de la religion, ese docto ar-
ecto de casos de conciencia de la córte,
algun dia será cardenal, que era tu
fidente, y que hallabas en él á la vez
nfesion, absolucion, y ¿quien sabe?...y
onsejo, porque en nuestra familia, añadió
Ana riendo, hay para todo aptitud, segun
te consta: testigo de ello nuestro buen que-
rido padre.

Enrique de Bouchage cogió la mano de
su hermano y la estrechó afectuosamente.

—Vos soi para mi mas que director, mas
que confesor, mas que padre, mi querido
Ana: os repito que sois mi amigo.

—Entonces, amigo mio, ¿por qué estan-
do alegre te he visto poco á poco ponerte
triste, y ¿por qué en lugar de salir de dia,
no sales ahora mas que de noche?

—Hermano mio, no estoy triste, respon-

dió Enrique sonriéndose.

—¿Pues qué teneis?

—Estoy enamorado.

—¡Bueno! y ¿esa preocupación?

—Proviene de que pienso incesantemente en mis amores.

—¿Y suspiras al decirme eso?

—Sí.

—¿Suspiras, tú, Enrique, conde de Bouchage, tú el hermano de Joyeuse, tú, á quien las malas lenguas apellidan el tercer rey de Francia? Ya sabes que M. de Guisa es el segundo, si mas bien no es el primero. Tú, que eres rico, buen mozo, tú, que serás par de Francia y duque como yo á la primera ocasion que tenga para conseguirlo, ¿y estás enamorado, pensativo, y suspiras, suspiras tú, que has adoptado por divisa: *Hilariter* (alegremente)?

—Mi querido Ana, todos esos dones del pasado, todas esas promesas para el porvenir jamás han formado parte de las cosas que debian hacer mi felicidad.... Carezco de ambicion.

—Eso es decir que ya no la tienes.

—O al menos que no me afano por las

cosas de que habláis.

—En la actualidad tal vez; pero mas adelante volverás á desearlas.

—Nunca, hermano mio. Nada deseo, nada quiero.

—Haces mal, hermano mio. Cuando uno se llama Joyeuse, es decir, uno de los mas bellos nombres de Francia, cuando se tiene un hermano que es favorito del rey, se desea todo, todo se quiere y todo se obtiene.

Enrique bajó melancólicamente la cabeza agitando con triste ademán su blonda cabellera.

—Veamos, dijo Ana, hénos aquí bien solos, completamente extraviados. El diablo me lleve; hemos pasado el rio y nos hallamos en el puente de la Tournelle, sin haberlo siquiera notado. No creo que nadie pueda venir á escucharnos en esta playa desierta, con el frio que hace, y al lado de estas aguas verdinegras. ¿Tienes que decirme alguna cosa seria, Enrique?

—Nada, nada mas que estoy enamorado, y ya lo sabeis, hermano mio; pues acabo de confesarlo.

—¡Pero qué diablo! Eso no es cosa seria; dijo Ana dando una patada en el suelo. También yo ¡voto al papa! estoy enamorado.

—No como yó, hermano mio.

—También yo pienso también en mi querida.

—Si, pero no siempre.

—También yo experimento contrariedades, y hasta pesares.

—Si, pero también teneis goces y alegrías, porque sois amado.

—¡Oh! también yo tengo grandes obstáculos; se me exigen grandes misterios.

—¿Exigen? ¿Habeis dicho que se os exige, hermano mio? Si vuestra querida exige ya es vuestra.

—Sin duda que es mia, es decir, mia y de M. de Mayeune; porque confianza por confianza, Enrique, justamente todavía tengo la querida de ese lascivo Mayeune, una muchacha loca por mi, que abandonaria al instante á Mayeune si no tuviese miedo de que este la asesinase. Ya sabes que tiene por costumbre asesinar mujeres. Luego, como detesto á esos Guisas, me divierte mucho..... el divertirme á costa de uno

de ellos. ¡Pues bien! te lo digo y lo repito: á veces se me oponen trabas, tengo disputas, mas no por eso me pongo sombrío como un cartujo, ni se me llenan de lágrimas los ojos. Continúo riéndome, si no siempre, al ménos de vez en cuando. Vamos, dime á quien amas, Enrique; ¿es bella, al ménos, tu querida?

—¡Ay de mí! no es mi querida.

—¿Es bella?

—Divina.

—¿Su nombre?

—Lo ignoro.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—Amigo mio, empiezo á creer que eso es mas peligroso aun de lo que yo creia. Ya no es solo tristeza, ¡por vida del papa! es locura.

—Ella me ha hablado solo una vez, ó por mejor decir, no ha hablado mas que una vez delante de mí, y desde entonces no he vuelto á oír el metal de su voz.

—¿Y no has tomado informes?

—¿De quién?

—¿Cómo de quien? De los vecinos.

—Habita una casa entera y nadie la conoce.

—¿Pues acaso es una sombra?

—Es una muger alta y hermosa como una ninfa, séria y grave como el Angel Gabriel.

—¿Cómo la has conocido? ¿Dónde la has encontrado?

—Persegua un dia á una jóven por la encrucijada de la Gypecienne, entraba en el jardincillo contiguo á la iglesia: hay allí un banco bajo unos árboles. ¿Habeis entrado alguna vez en ese jardin, hermano mio?

—Nunca; pero no importa: continúa: hay allí un banco bajo los árboles, ¿y qué mas?

—Empezaban á condensarse las sombras; perdi de vista á la jóven, y buscándola llegué á ese banco.

—Sigue, sigue, te escucho.

—Acababa de entrever un vestido de muger hácia este lado: alargué las manos.... Dispensad, caballero, me dijo la voz de un hombre que no habia visto aun.

Y la mano de este hombre me apartó suavemente, pero con firmeza.

—¿Se atrevió á tocarle, Joyeuse?

--Escucha: este hombre tenia oculto el rostro bajo una especie de capucha; le creí un religioso, pues me impuso por el tono afectuoso y político de su advertencia; porque al mismo tiempo que me hablaba, me indicaba con el dedo, á diez pasos, la muger cuyo vestido blanco me habia atraído hácia este lado, y que acababa de arrodillarse ante el banco de piedra, como si hubiera sido un altar. Me detuve hermano mio: sucedióme esta aventura á principios de setiembre; el aire era denso y calmoso; en sus alas llegaban hasta mí los delicados y gratos efluvios de las rosas y violetas que los fieles esparcen sobre las tumbas de este cercado : los argentados rayos de la luna se escapaban á través de una blanquecina nube detrás del campanario de la iglesia; á su luz los cristales de las ventanas aparecian plateados en sus remates y dorados en la parte inferior por el reflejo de los cirios encendidos en la iglesia. Amigo mio, sea por la magestad del sitio ó por su dignidad personal, esta muger arrodillada se me imaginaba resplandecer en medio de las tinieblas, como una estatua de

mármol, y cual si ella hubiese sido mármol en realidad. Me inspiró tal sensación de respeto que me heló el corazón.

La contemplé ávidamente y la vi inclinarse sobre el banco, rodearle con sus dos brazos, imprimir en él sus labios, palpitante el seno por la violencia de los sollozos y suspiros, que llegaban á mi oído; nunca podeis haber oído acentos semejantes, hermano mio; ¡jamás ha desgarrado tan dolorosamente pecho alguno mas agudo puñal! Sin cesar su llanto, besaba la piedra con un delirio que me ha perdido; sus lágrimas me enternecieron, sus besos me han enloquecido.

---Pues entonces era ella, por vida del papa, la que estaba loca, dijo Joyeuse; ¿á qué besar si no de ese modo una piedra, á qué llorar por nada?

---¡Oh! era grande el dolor que le hacia sollozar, era un profundo amor el que la incitaba á estampar tales ósculos en la piedra; pero, ¿á quién amaba? ¿por quién lloraba? ¿por quién oraba? Lo ignoro.

---¿Pero no interrogaste al hombre?

---Por supuesto.

---¿Y qué te contestó?

---Que habia perdido á su esposo.

---¿Y se llora así un esposo? dijo Jo-yeuse: hé ahí, voto á chápíro, una buena respuesta; ¿te contentaste con ella?

---Preciso fué, toda vez que no quiso darme otra.

---Pero ese hombre, ¿quien era?

---Una especie de criado que vive con ella.

---¿Su nombre?

---Ha reusado decirmelo.

---¿Jóven ó viejo?

---Tendrá de 28 á 30 años.

---Veamos luego....¿supongo que no habrá permanecido toda la noche llorando?

---No: cuando hubo acabado de llorar, es decir, cuando se hubo agotado su llanto, cuando sus lábios se cansaron de estamparse sobre el frio banco, se levantó, hermano mio; habia en esta muger tal misterio de tristeza, que en vez de salir á su encuentro, cual hubiera hecho con cualquiera otra, retrocedi; ella fué entonces la que se dirigió á mí, ó mas bien, hácia mi lado, porque ni aun habia reparado en mí; un rayo de la luna iluminó su rostro, y sus

facciones me parecieron esplendentes, cual si estuviesen circundadas de una aureola: habia recuperado su taciturna severidad: ni una contraccion, ni un estremecimiento, ni una lágrima se notaba ya en aquella fisonomia, donde solo quedaba la huella de su pasado llanto. Solo sus ojos brillaban aun. Entreabriase dulcemente su boca para aspirar la vida que momentos antes habia estado á punto de abandonarla; dió algunos pasos con voluptuosa languidez, cual los de una sonámbula; el hombre entonces se unió á ella y la guió, porque ella parecia haber olvidado que caminaba sobre la tierra. ¡Oh, hermano mio, qué admirable hermosura, qué sobrehumana figura! Jamás he visto cosa que la asemejase en el mundo, solo algunas veces en mis ensueños, cuando el cielo se abria para dar paso á los ángeles, se han deslizado ante mis ojos visiones parecidas.

—¿Y luego, Enrique, y luego? preguntó Ana tomando interés á su pesar en esta relacion, de que al principio habia tenido intencion de vencer.

—¡Oh! ya acaba bien pronto, hermano mio;

su criado la dijo algunas palabras en voz baja, y entonces se echó el velo; sin duda la decia que yo estaba allí, pero ella ni aun me dirigió una mirada, se echó el velo, y no la vi mas, hermano mio; parecióme que el cielo acababa de oscurecerse, y que aquello no era una criatura animada, sino una sombra escapada de la tumba, y que por entre las yerbas, apenas doblegadas bajo su pié, se deslizaba silenciosamente ante mi vista.

Salió del cercado y la seguí.

De vez en cuando el hombre se volvía y podía verme, porque yo no me ocultaba, por aturdido que fuese; ¿que quieres? aun guardaba las antiguas vulgaridades en el espíritu, la vieja y grosera levadura en el corazón.

—¿Que quieres decir, Enrique? preguntó Ana. No comprendo.

El jóven se sonrió.

—Quiero decir, hermano mio, continuó, que mi juventud ha sido tempestuosa, que en varias ocasiones he creído amar, y que todas las mugeres, para mí hasta este momento, han sido mugeres á las que podía ofrecer mi amor.

---¡Oh! ¡oh! ¿Pues quien es esa? repuso Joyeuse intentando recuperar su alegría, algo alterada, á su pesar, por la confianza de su hermano. Cuidado, Enrique: desvarias: ¿acaso no es esa una muger de carne y hueso?

---Hermano mio, dijo el jóven estrechando convulsivamente la mano de Joyeuse, hermano mio dijo [tan bajo que su acento apenas se dejaba sentir, tan cierto como Dios me oye; no sé si es una criatura de este mundo.

---¡Por el papa! Me darias miedo si un Joyeuse pudiese tenerle.

Despues, procurando tomar el tono alegre, continuó:

---Pero en fin, lo cierto es que anda, llora, dá perfectamente besos, tu mismo me lo has dicho, y esto, querido amigo, me parece de muy buen agüero; pero no será eso solo; veamos, y luego, luego.

---Despues hay poca cosa: la seguí, sin que ella procurára esquivarse, variar de ruta, ni seguir un camino falso; ni aun parecia pensar en ello.

---Y bién, ¿dónde vivia?

---Hacia la Bastilla, en la calle de Lesdiguieres; al llegar á su puerta el acompañante se volvió y me vió.

--¿Le hicisteis entonces alguna seña para darle á entender que deseabas hablarle?

---No me atrevi; es ridiculo lo que voy á decirte, pero el criado me imponia tanto como la señora.

---No importa, ¿entraste en la casa?

---No, hermano mio.

---En verdad, dijo Enrique, me dan ganas de renegarte por Joyeuse; ¿pero al menos volverias al dia siguiente?

---Si, pero inútilmente, sin fruto tambien á la Gypécienne, sin resultado á la calle de Lesdiguieres.

---¿Habia desaparecido?

---Como una sombra que se hubiese dissipado.

---Pero, en fin, ¿te informaste?

---La calle tiene pocos habitantes, ninguno pudo darme razon satisfactoria: acechaba al hombre para interrogarle, y tampoco volvió á aparecer: sin embargo, una luz que veia brillar por la noche á través de las celosias me consolaba, indicándome

que *ella* subsistia siempre allí. Valime de mil medios para penetrar en la casa; cartas mensajes, flores, presentes, todo fué inútil. Una noche la luz desapareció tambien y no se ha vuelto á ver; sin duda la dama, cansada de mi insistencia, habia abandonado la calle de Lesdiguières; nadie sabia su habitacion.

--Sin embargo, ¿has encontrado á esa hermana salvage?

---La casualidad lo ha hecho; pero soy injusto, hermano mio, es la Providencia que no quiere que se arrastre la vida: prestadme atencion, porque es en verdad cosa estraña. Hace quince días que pasaba por la calle de Bussy á media noche: ya sabeis que la ordenanza sobre el fuego se cumple severamente; pues bien, no solo ví fuego por las vidrieras de una casa, sino un verdadero incendio que estaba en el segundo piso.

Llamé fuertemente á la puerta, y se asomó un hombre á la ventana.

---¡Que hay fuego en la casa! le dije.

---Silencio, por piedad, me contestó, silencio: estoy procurando apagarle.

---¿Quereis que llame á la ronda?

---No, no, en nombre del cielo: á nadie llameis.

---¿Mas no obstante, si se os puede ayudar?

---¿Quereis vos hacerlo? Venid, pues, y me hareis un servicio que agradeceré eternamente.

---¿Y cómo quereis que vaya?

---Ahí teneis la llave de la puerta: y me echó una llave.

Subí rapidamente las escaleras y entré en el cuarto, teatro del incendio.

El piso estaba ardiendo; hallábame en el laboratorio de un alquimista; al hacer no sé que experimento, se habia esparcido por el suelo un licor inflamable, y de esto dimanó el incendio.

Cuando entré ya estaba dominado el fuego, lo cual me dió lugar á examinar á mi interlocutor.

Era un hombre de ventiocho á treinta años, asi al menos me pareció: una espantosa cicatriz le desfiguraba la mitad del rostro, otra le surcaba el cráneo; su espesa barba ocultaba el resto de la fisonomía.

---Os doy gracias, caballaro; pero ya lo veis, todo ha terminado; si sois hombre tan galante como lo aparentais, tened la bondad de retiraros, porque de un momento á otro podra entrar mi señora y se irritaria viendo á estas horas á un estrangero en mi casa, ó mas bien en la suya.

El sonido de esta voz me llenó de estupor. Abri la boca para esclamar.---Sois el hombre de la Gypeccienne, el hombre de la calle de Lesdiguieres, el hombre de la dama incógnita;---porque bien recordareis, hermano mio, que estaba cubierto de una capucha, que no ví entonces sus facciones, y que solo habia oido su voz. Iba á decirle esto, á interrogarle, á suplicarle, cuando de pronto se abrió una puerta y entró una muger.

---¿Qué es eso, Remy? preguntó deteniéndose magestuosamente en el dintel de la puerta: ¿á qué viene ese miedo?

¡Oh, hermano mio! era ella, mas bella aun al mortecino resplandor del casi apagado incendio, que cual me lo pareció á los rayos de la luna; era ella, era esa muger cuyo incesante recuerdo me destrozaba el corazon.

Al grito que lancé, el criado me miró á su vez con mas atencion.

---Gracias, señor, me dijo otra vez, gracias; pero ya lo veis, el fuego se ha apagado. Marchaos, os lo ruego: salid ya.

---Me despedis bien duramente, amigo mio, le repliqué.

---Señora, añadió el criado, es él.

---¿Qué, él? preguntó la dama.

---El caballero jóven que hemos encontrado en el jardin de Gypeccienne, que nos ha seguido hasta la calle de Lesdiguieres.

Fijó ella entonces la vista en mí, y en esta mirada comprendí que me veia por primera vez.

---Caballero, me dijo ella, por favor retiraos.

Yo vacilaba, queria hablar, suplicar; pero me faltaban las palabras; permaneci inmóvil y mudo, ocupado en mirarla.

---Cuidado, señor, dijo el servidor con mas tristeza que severidad, cuidado: vais á poner á la señora en la precision de huir por segunda vez.

---¡Oh! no lo permita Dios: contesté inclinándome; pero, señora, yo no os ofendo ahora.

Pero no me respondió. Tan insensible, tan callada, tan helada como si no me hubiese oído, se volvió, y la vi desaparecer gradualmente en la sombra, descendiendo los peldaños de una escalera sobre los que sus pasos no resonaban, cual si fuese una fantasma.

---¿Y es eso todo? preguntó Joyeuse.

—Todo. Entonces el criado me condujo hasta la puerta diciéndome:

---¡Olvidad, caballero, en nombre de Jesús y de la virgen María, os lo ruego, olvidad!

Sali corriendo, delirante, estúpido, sujetándome la frente con las manos y dudando si estaba loco.

Desde entonces voy todas las noches á esta calle; y hé aquí porque, al salir de la casa consistorial, mis pasos se han dirigido naturalmente hácia este lado; todas las noches, decia, voy á esa calle, me oculto en el ángulo de una casa que está frente á la suya bajo un balaconeillo cuya sombra me oculta enteramente; de cada diez veces una veo pasar luz en el cuarto que *ella* habita; esta es mi vida, mi felicidad.

—¡Vaya una felicidad! exclamó Joyeuse.

—¡Ay de mí! La perderia si desease otra.

—¿Pero si tú mismo te pierdes con esa resignacion?

—¿Qué quieres hermano mio? dijo tristemente Enrique, asi me contemplo dichoso.

—Es imposible.

—¿Qué quieres? La felicidad es relativa; sé que ella está allí, que vive allí, que respira allí; la veo al través de las paredes, ó mas bien, me parece verla; si deja esa casa, si vuelvo á pasar otros quince días como los que pasé cuando la perdí de vista, hermano mio, perderé el juicio ó me haré fraile.

—No hagas semejante desatino; bastante hay con un loco y un fraile en la familia; quedémosnos como estamos, querido amigo.

—Déjate de observaciones, Ana, y sobre todo no te burles, porque aquellas serán inútiles y nada harán las burlas.

—¿Y quién te habla de observaciones ni de burlas?

—Enborabuena; pero....

—Permiteme que te diga solo una cosa.

—¿Cuál?

—Que te has dejado cojer como un chico de la escuela.

—No he hecho combinaciones, ni cálculos, yo no me he dejado cojer, me he entregado á una cosa mas fuerte que yo. Cuando una corriente nos arrebatá, vale mas seguir la corriente que luchar con ella.

—¿Y si conduce á un abismo?

—Debemos sumergirnos en él, hermano mio.

—¿Es esa tu opinion?

—Si.

—No es la mia: yo en tu lugar....

—Qué hubieras hecho, Ana?

—Bastante ciertamente para saber su nombre, su edad, en tu lugar....

—Ana, Ana, no la conoces.

—No; pero te conozco. ¿No tenias cincuenta mil escudos que te di de los cien mil que me regaló el rey en su fiesta?

—Están todavia en mi cofre, Ana; ni uno falta.

—¡Tanto peor! Si no estuvieran en tu cofre la muger estaria en la alcoba.

—¡Oh! hermano mio.

—No hay ¡oh! que valga; un criado or-

dinario se vende por diez escudos, uno bueno por ciento, uno excelente por mil; y uno maravilloso por tres mil. Pues bien, figurémonos al fénix de los criados, al dios de la fidelidad, di, alma cándida, ¿no será tuyo por la cantidad de veinte mil escudos? ¿No te quedarán todavía treinta mil libras para pagar el fénix de las mugeres entregado por el fénix de los criados? Enrique, Enrique, eres un babieca.

—¿Ana, dijo Enrique suspirando, hay personas que no se venden; hay corazones que ni un rey es bastante rico para comprar.

—Bien, admito eso, dijo Joyeuse, pero no hay corazones que no se den.

—Enhorabuena.

—¿Y qué has hecho para que se dé á ti el corazón de esta bella insensible?

—Tengo la convicción, Ana, de haber hecho todo lo que se podía hacer.

—Vamos, vamos, conde de Bouchage, estais loco. Veis á una muger triste, encerrada, doliente, y os haceis mas triste, mas recluso y mas doliente que ella. Hablais de las maneras vulgares del amor, y sois mas frivolo que un comisario de bar-

rio. Si ella está sola, hazla compañía; si está triste, alégrate y alégrala; si echa de ménos algo, consuélala y reemplaza.

---Imposible, hermano mio.

---¿Has hecho la prueba?

---¿Para qué?

---¡Diablo! aunque no sea mas que por ensayo. ¿No dices que estás enamorado?

---No conozco palabras para espresar mi amor.

---Pues bien, dentro de quince dias, tendrás á tu amada.

---¡Hermano mio!

---A fé de Joyeuse. ¿Creo que no has desesperado?

---No, porque jamás he esperado.

---¿A qué hora la ves?

---¿A qué hora la veo?

---Sin duda.

---¿No te he dicho que no la veia, hermano mio?

---¿Nunca?

---Nunca.

---¿Ni asomada á su ventana?

---Ni aun su sombra, te digo.

---Vaya, vaya, esto no puede seguir así.

Veamos, ¿tiene ella amante?

---Jamás he visto entrar hombre alguno en su casa, excepto á ese Remy de quien ya te he hablado.

---¿Cómo es la casa?

---Tiene dos pisos, una puertecita sobre una grada, y terrado encima de la segunda ventana.

---¿Pero no se puede entrar por ese terrado?

---Esta aislada de las demás casas.

---¿Y en frente que hay?

---Otra casa muy parecida, aun mas alta, segun creo.

---¿Quien habita esa casa?

---Un hombre.

---De bueno ó mal humor.

---De buen humor, porque algunas veces le oigo reir solo.

---Cómprale su casa.

---¿Quién te dice que quiera venderla?

---Ofrecele el doble de lo que valga.

---¿Y si la dama me vé allí?

---¿Qué importa.

---Volverá á desaparecer, al paso que disimulando mi presencia, espero verla un dia.

---Esta noche la verás.

---¿Yo?

---Vé á acamparte debajo de su balcon á las ocho.

---Allí estaré, como estoy todos los dias, pero sin mas esperanzas hoy que ayer.

---A propósito: dame bien las señas.

---Entre la puerta Bussy y la posada de San Dionisio, casi en el ángulo de la calle de los Agustinos, á veinte pasos de una gran hosteria que tiene por muestra, á *la espada del bravo caballero*.

---Muy bien, esta noche á las ocho.

---¿Pero qué vas á hacer?

---Ya lo verás; entretanto vuelve á casa, ponte el mejor vestido, toma tus joyas mas ricas, derrama sobre tus cabellos tus mas finas esencias, y yo te aseguro que esta noche entrarás en la plaza.

---Dios te oiga, hermano.

---Enrique, cuando Dios es sordo el diablo no lo es. Te dejo; mi querida me espera, quiero decir, la de M. de Mayenne, que á fé no se hace la gazmoña ni recatada.

---Hermano mio!

---Perdoname, buen siervo del amor; yo

no hago comparacion alguna entre esas damas: nada de eso; aunque sé lo que me dices, amo mas á la mia, ó mas bien á la nuestra: pero ella me aguarda, y no quiero hacerla esperar. Adios Enrique: hasta esta noche.

—Hasta esta noche, Ana.

Apretáronse ambos hermanos la mano y se separaron.

El uno, á los doscientos pasos, levantó atrevidamente y dejó caer con estrépito el aldabon de una hermosa casa gótica situada junto al átrio de Nuestra Señora.

El otro se metió silenciosamente por una de las calles tortuosas que conducen al pa-



CAPITULO VII.

EN QUE SE CUENTA COMO AVENTAJÓ LA ESPADA DEL BRAVO CABALLERO AL ROSAL DEL AMOR.

LA noche, cubriendo con su húmedo manto de bruma la ciudad tan tumultuosa dos horas antes, habia descendido completamente sobre la tierra durante la conversacion que acabamos de referir.

Además, muerto Salcedo, habian procurado los espectadores retirarse á su respectiva morada, y no se veian mas que pelotones esparcidos por las calles en vez de

aquella no interrumpida cadena de curiosos que todo el dia habian estado dirigiéndose hácia un mismo punto.

Hasta en los barrios mas lejanos de la Greve se hacia sentir aun en el movimiento bien fácil de comprender despues de la larga agitacion del centro.

Asi pues, hácia la puerta de Bussy, por ejemplo, donde debemos trasportarnos á esta ahora para seguir algunos personajes de los que hemos puesto en escena al principio de esta historia, y para hacer conocimiento con otros nuevos, hácia esta estremidad, repetimos, se oia un zumbido, parecido al que se siente en una colmena al ponerse el sol, en cierta casa pintada de color del rosa con adornos azules y blancos, denominada. *La casa de la espada del bravo caballero*, y que á pesar de todo no era mas que una posada de proporciones gigantescas, recientemente instalada en este nuevo cuartel.

En esta época no se hallaba en Paris siquiera una buena posada que no tuviese su triunfadora muestra. *La espada del bravo caballero* era una de esas magnificas

exhibiciones destinadas á anudar todos los gustos, á reasumir todas las simpatías.

Veíase sobre la muestra pintado el combate de un arcángel ó de un santo contra un dragon, de cuyas fauces irradiaban, como el mónstruo de Hipólito, torrentes de humo y llamas. Animado el pintor de un sentimiento heróico y piadoso á la vez, habia colocado en manos del caballero, armado de punta en blanco, no una espada, sino una inmensa cruz, con la cual rajaba en dos, mejor que con la hoja mas bien acerada, al desgraciado dragon, cuyos pedazos sangrientos caian hasta el suelo.

En el fondo de la muestra, ó, mas bien, del cuadro, porque merecia muy bien este nombre, se alcanzaba á distinguir multitud de espectadores con los brazos en alto, al paso que un coro de ángeles esparcía desde el cielo laureles y palmas sobre el casco del valiente caballero.

En fin, en primer término, celoso el artista de patentizar que poseia todos los géneros de pintura, habia agrupado calabazas, uvas, escarabajos, lagartos, un caracol sobre una rosa, y en fin dos conejos, blan-

co el uno y el otro gris, los cuales, á pesar de la diferencia de colores, lo que hubiera podido indicar disconformidad de opiniones, se rascaban mutuamente la nariz, congratulándose probablemente por la memorable victoria obtenida por el bravo caballero sobre el dragon parabólico, que representaba á Satanás.

Seguramente el propietario de la muestra, á no ser de un carácter descontentadizo, debía haber quedado muy satisfecho de la conciencia del pintor, pues el artista no había dejado una línea libre, hasta el punto de hacer imposible la adición de un solo insecto al cuadro por falta de espacio donde colocarle.

Ahora confesamos una cosa, que por penosa que nos sea estamos en el deber de comunicar á nuestros lectores llenando el de concienzudo historiador. Tan magnífica muestra no indicaba que la posada se llenase como ella en los buenos dias; al contrario, por razones que al punto vamos á explicar, y que el público comprenderá fácilmente, había grandes vacíos en la posada del *bravo caballero*, no solo algunas veces, sino siempre.

Y á pesar de todo, cual se diria en nuestros dias, la casa era grande y confortable; edificada á escuadra, con sólidos cimientos, ostentaba altivamente cuatro torrecillas, de las que cada una contenia su habitacion octógona: toda ella, en verdad, con tabiques de madera, peso ligero y misterioso, como debe serlo toda casa con que se pretende agradar á los hombres y sobre todo á las mujeres; pero en esto consistia el mal.

No se puede agradar á todo el mundo.

Mas no era esta la opinion de la señora Fournichon, posadera del *bravo caballero*. Consecuencia de esta conviccion, habia sido el compeler á su esposo á abandonar una casa de baños en la que vegetaban, calle Saint-Honoré, para dar vueltas al asador y destapar cubas de vino para los enamorados de la encrucijada Bussy, y aun de los otros cuarteles de Paris. Desgraciadamente para las pretensiones de la señora Fournichon, su posada estaba situada demasiado cerca del Pré-aux-Cleres, de suerte que acudian á ella, atraidas á la vez por la cercania y por la muestra, á *la espada del*

bravo caballero, tantas parejas prontas á batirse en duelo, que las otras parejas menos belicosas huían como de la peste de la pobre hostería, temiendo al ruido y las estocadas. Los enamorados son gentes pacíficas y que no gustan de ser incomodadas, de suerte que en aquellos torreoncillos tan galantes era forzoso no alojar mas que matones, razon por la cual todos los cupidillos pintados en las paredes por el autor de la muestra habian sido adornados al carbon con bigotes y otros apéndices mas ó ménos decentes, segun el gusto de los parroquianos.

Así, la señora Fournichon pretendia, no sin razon, preciso es decirlo, que la muestra habia concitado la desgracia de la casa, y afirmaba que si se hubiera querido hacer caso de su esperiencia, pintando sobre la puerta en lugar del temible caballero y del espantoso dragon, que rechazaba á todo el mundo, *el rosal de amor* con corazones inflamados en vez de rosas, todas las almas sensibles hubiesen buscado asilo en la hostería.

Por desgracia, maese Fournichon, incapaz de confesar que se arrepentia de su

idea y de la influencia que esta habia tenido sobre su muestra, ningun caso hacia de las observaciones de su costilla, y respondia encogiéndose de hombros, que siendo él antiguo arquero de M. Darville, debia naturalmente procurar la clientela de las gentes de armas tomar; añadia que un raitre (1), que no piensa mas que en beber, bebe como seis enamorados, y que aun cuando no pagase mas que la mitad de su gasto, se ganaba todavia, pues los enamorados mas pródigos no pagan jamás como tres raitres.

Además, concluia diciendo: el vino es mas moral que el amor.

Al oir estas palabras, la Fournichon alzaba á su vez las espaldas bastantemente rollizas para que se interpretasen malignamente sus ideas de moralidad.

Subsistian, pues, las cosas en estado de cisma en la casa de Fournichon, y ambos esposos vegetaban en la encrucijada Bussy, cual lo habian hecho en la calle Saint-Honoré, cuando una circunstancia imprevista

(1) Soldado ateman de caballería.

vino á cambiar la faz de las cosas haciendo triunfar las opiniones de maese Fournichon, en prez y gloria de la excelente muestra en que cada reino de la naturaleza tenia su representante.

Un mes antes del suplicio de Salcedo, despues de algunas maniobras militares que habian visto ejecutar en el Pré-aux-Clercs, se hallaban instalados maese Fournichon y su esposa, segun su costumbre, cada cual en una torrecilla angular de su establecimiento, ociosos, pensativos y frios, porque todas las mesas y todos los cuartos de la posada del *bravo caballero* estaban completamente desocupados.

El *rosal de amor* no habia dado rosas este dia.

La *espada del bravo caballero* habia caido sobre el agua.

Ambos esposos contemplaban tristemente la llanura de donde desaparecian, embarcándose en la barca de la torre de Nesle para volver al Louvre, los soldados que un capitán acababa de hacer maniobrar, y mientras les miraban, deplorando el despotismo militar que forzaba á encerrarse en el cuer-

po de guardia á soldados que naturalmente debian estar tan sedientos, vieron al capitán adelantarse al trote de su caballo, seguido de un solo ordenanza, hácia la puerta Bussy.

Este oficial, engalanado y apuesto, orgulloso sobre su caballo blanco, y cuya espada con vaina dorada salia de entre los pliegues de una hermosa capa de paño de Flandes, llegó en diez minutos á la puerta de la hostería.

Pero como su direccion no era á la hostería, iba á pasar de largo, sin haber siquiera admirado la muestra, porque parecia taciturno y pensativo, cuando maese Fournichon, desfallecido solo con la idea de no estrenarse en todo el dia, exclamó alargando la geta cuanto pudo:

—¡Muger, vés que hermoso caballo!

El capitán, que parecia no ser insensible á los elogios, cualquiera que fuese su procedencia, alzó la cabeza como si se despertase sobresaltado. Vió al posadero, la posadera y la hostería, detuvo el caballo y llamó á su ordenanza.

Despues, aunque sin apearse, ecsaminó con atencion la casa y el barrio.

Fournichon habia saltado de cuatro en cuatro los escalones para bajar á la puerta, donde permanecia con su toquilla, que estrujaba entre las manos.

El capitan, despues de reflexionar un rato, se apeó.

—¿Hay alguien aquí? preguntó.

—En este momento nadie, caballero, contestó el posadero con humildad.

Y se disponia á añadir: "aun cuando no es esta la costumbre en mi casa."

Pero la señora Fournichon, como casi todas las mugeres, era mas perspicaz que su marido, y se apresuró á gritar desde la ventana:

—Si el caballero busca la soledad estará perfectamente en nuestra casa.

El caballero alzó los ojos, y viendo aquella buena figura, despues de haber oido respuesta tan adecuada, replicó:

—Por ahora, sí; es justamente lo que busco, buena muger.

La Fournichon se precipitó tambien á salir al encuentro del viajero, diciendo entre si:

—Por esta vez estrena el *el rosal de a-*

mor y no la *espada del bravo caballero*.

El capitán, que á la sazón concitaba la atención de los dos esposos, y que merece atraer al mismo tiempo la del lector, era hombre de treinta á treinta y cinco años, aun cuando solo aparentaba veinte y ocho por el esmero con que cuidaba su persona. Era alto, bien formado, de fina y espresiva fisonomía; quizás al examinarle bien se hubiese notado alguna afectación en sus modales; pero afectados ó nó, eran distinguidos.

Entregó al ordenanza las riendas de su magnífico caballo, que pifaba impaciente, y le dijo:

—Aguardadme aquí, paseando los caballos.

El soldado obedeció.

Posesionado ya del salón de la posada, se detuvo, y echando al rededor una mirada de satisfacción, dijo:

—¡Bueno, bueno! ¡Una sala tan grande y sin un bebedor! ¡Muy bien!

Maese Fournichon le miró con asombro, al paso que su parienta se sonreía con inteligencia.

—Pero, continuó el capitán, ¿hay algu-

na cosa en vuestra conducta ó en vuestra casa, que aleje de ella los consumidores?

—Ni uno ni otro, caballero, á Dios gracias. replicó la señora Fournichon: solo que el barrio es nuevo, y en cuanto á parroquianos los escogemos.

—¡Ah! muy bien, dijo el capitán.

Maese Fournichon se dignaba aprobar con inclinaciones de cabeza las respuestas de su muger.

—Así que, añadió esta con cierto guiño de ojos, que revelaba la autora del proyecto del *rosal de amor*, por un parroquiano como yueseñoría se dejarían sin inconveniente que se fuesen doce.

—Eso es político, mi bella huéspeda: gracias.

—¿Quiere el caballero probar el vino? dijo Fournichon procurando atenuar la natural aspereza de su voz.

—¿Si el señor gusta visitar la casa? dijo la Fournichon con dulce acento.

—Uno y otro, si no hay inconveniente, repuso el capitán.

Fournichon bajó á la bodega, mientras que su muger indicaba á su huésped la es-

calera que conducía á los torreoncillos, en la que le precedía cogiéndose la falda con coquetería, y haciendo crugir en cada escalon un verdadero zapato parisien.

—¿Cuántas personas podeis alojar aquí? preguntó el capitán cuando llegó al primer piso.

—Treinta personas, contándose diez amos.

—No es bastante, linda posadera.

—¿Y por qué, caballero?

—Tenia cierto proyecto; no hablemos mas

—¡Ah! ¡caballero, de cierto no encontrareis cosa mejor que la hosteria del *rosal de amor*!

—¿Cómo del *rosal de amor*?

—Del *bravo caballero*, quiero decir, y á menos de tener el Louvre y sus dependencias....

El extranjero fijó en ella una mirada singular.

—Teneis razon, dijo, y á menos de tener el Louvre....

Luego continuó aparte:

—¿Y por qué no? Esto seria mas cómodo y menos caro.

—¿Decis, pues, buena mujer, que po-

driais dar aquí habitacion para treinta personas?

—Sin duda alguna.

—¿Pero por un dia?

—¡Oh! por un dia, cuarenta y aun cuarenta cinco.

—¿Cuarenta y cinco? ¡voto á mil diablos! justamente esa es mi cuenta.

—¿De veras? ¡que felicidad!

—¿Y sin que eso cause escándalo fuera?

—A veces tenemos aquí los domingos ochenta soldados.

—¿Y no habrá grupos delante de la casa ni espías entre los vecinos?

—¡Oh! Dios mio, no; solo tenemos en la vecindad á un digno ciudadano, que no se mezcla en asuntos ajenos, y una señora tan recogida en su casa, que en las tres semanas que hace vino á ese barrio aun no la he visto; los demas son gentecilla.

—Hé ahí lo que me conviene en alto grado.

—Tanto mejor, repuso la señora Fournichon.

—Y de aquí á un mes, continuó el capitán, acordaos bien, señora, de aquí á un mes....

—¿Entonces el 26 de octubre?

—Precisamente: el 26 de octubre.

—¿Y bien?

—Para el 26 de Octubre alquilo vuestra posada.

—¿Toda?

—Toda entera. Quiero dar una sorpresa á varios compatriotas, oficiales, ó al menos gente de espada en su mayor parte, que vienen á Paris á buscar fortuna; para entonces ya habrán recibido orden de venir á parar á vuestra posada.

—¿Y cómo han de recibir el aviso si tratáis de sorprenderles? preguntó imprudentemente la Fournichon.

—¡Ah! respondió el capitán visiblemente contrariado por la cuestión; ¡si sois curiosa ó indiscreta, con mil demonios!

—No, no señor, se apresuró á decir la posadera asustada.

Fournichon lo habia oído todo; á las palabras: "oficiales ó gente de espada" su corazón habia palpitado de placer.

Acercóse y exclamó:

—Caballero, sereis aqui el amo, el despota, el dueño absoluto de la casa, y sin

contradiccion todos vuestros amigos serán bien acogidos.

—No te he dicho mis amigos, buen hombre, repuso el capitán con altanería, sino mis compatriotas.

—Sí, sí, los compatriotas de vueseñoría: era yo el equivocado.

La Fournichon volvió las espaldas enfadada: las rosas de amor se acababan de cambiar en puntas de alabardas.

—Les dareis de cenar, continuó el capitán.

—Muy bien.

—En caso necesario tambien le dareis camas, si yo no hubiese podido prepararles aun alojamiento.

—Perfectamente.

—En una palabra, os pondreis enteramente á su disposicion sin hacer la mas pequeña pregunta.

—Convenido.

—Aquí hay treinta libras de señal.

—Trato hecho, monseñor: vuestros compatriotas serán tratados como cuerpo de rey, y si quereis aseguraros de ello probando el vino.....

—Nunca bebo, gracias.

El capitán se acercó á la ventana y llamó al ordenanza.

Maese Fournichon habia hecho entre tanto una reflexion.

—Monseñor, dijo despues de haber recibido tres doblones en señal (Fournichon llamaba al extranjero monseñor) ¿Cómo reconoceré á esos caballeros?

—Es verdad, por vida mia; lo olvidaba: dadme lacre, papel y luz.

La señora Fournichon lo trajo todo.

El capitán imprimió en el hirviente lacre el engarce de una sortija que llevaba en la mano izquierda.

—Tomad, dijo: ¿veis esta figura?

—Una hermosa mujer, á fé mia.

—Si, es una Cleopatra: pues bien cada uno de mis compatriotas os traerá otro sello igual; albergareis á cuantos traigan esta contraseña; estamos?

—¿Cuanto tiempo?

—Aun no sé; recibireis al efecto mis órdenes.

Las esperaremos.

El jóven capitán bajó la escalera, volvió á

montar á caballo y parti6 al trote largo.

Aguardando su vuelta, embolsaron los esposos Fournichon las treinta libras de se-
ñal, con gran satisfaccion del posadero,
que no cesaba de repetir;

---¡Gente de espada! Vamos, decidida-
mente la muestra no falla: haremos suer-
te por medio de la espada:

Y se puso á limpiar toda su bateria de
cocina, en la expectativa del famoso 26 de
octubre.



CAPITULO VIII.

RETRATO AL PERFIL DE VARIOS GASCONES.

DECIR que la señora Fournichon fué tan absolutamente discreta como se lo habia recomendado el estrangero, seria gravar nuestra conciencia. Por otra parte, sin duda ella no se creia en manera alguna comprometida á guardar tal secreto, toda vez que él habia preferido á maese Fournichon para sus encargos, poniendo asi la ventaja de parte de la *espada del bravo caballero*; mas como la quedaba por adivinar mas de lo que se la

habia confiado, empezó, para asentar sus suposiciones sobre una base sólida, por inquirir quién seria el caballero desconocido que pagaba tan generosamente la hospitalidad de sus paisanos. Así pues no dejó de interrogar al primer soldado que vió pasar acerca del nombre del capitán que habia pasado la revista.

El soldado, que probablemente era de un carácter mas discreto que su interlocutora, la preguntó, antes de responderla, con qué fin queria saber tal cosa.

—Porque acaba de salir de aquí, respondió la Fournichon; porque ha hablado con nosotros y le gusta á una saber con quién habla.

El soldado se hechó á reir, y dijo:

—El capitán que pasaba la revista no hubiera entrado en la *espada del bravo caballero*, señora Fournichon.

—¿Y porqué nó? preguntó la posadera; ¿es acaso tan gran señor?

—Quizás.

—¡Y bien! ¿si os dijese que no ha entrado en la *hosteria del bravo caballero* para alojarse él?

—¿Pues para alojar á quién?

—A sus amigos.

—El capitán que mandaba en la revista no alojaria á sus amigos en la *espada del bravo caballero*: os respondo de ello.

—¡Diantre! ¡cuánto avanzais, mi amigo! ¿Y quién es ese caballero, que es demasiado gran señor para poder albergar á sus amigos en el mejor barrio de París?

—¿Quereis hablar del que mandaba la revista, no es eso?

—Sin duda.

—¡Pues bien! Buena muger, el que mandaba es pura y simplemente el Sr. duque de Nogaret de Lavalette d' Epernon, par de Francia, coronel general de infantería del rey, y casi mas rey que S. M. mismo. Y ahora, ¿qué decís?

—Que si él es quien ha venido me ha dispensado un grande honor.

—¿Le habeis oido echar votos y juramentos á menudo?

—¡Eh! repuso la Fornichon, que habia visto cosas bien extraordinarias en su vida, y á quien la particularidad de los votos y

juramentos no dejaba de evocar algun recuerdo.

De este modo puede imaginarse si el 26 de octubre seria esperado con impaciencia.

El 25 por la noche entró un hombre, con un saco bastante pesado, que dejó en el mostrador de Fornichon.

—Ahí está el precio de la comida encargada para mañana, dijo.

—¿A cómo por cabeza? preguntaron á un tiempo los dos esposos.

—A seis libras.

—¿No harán aquí los compatriotas del capitán mas que una sola comida?

—Solo una.

—¿Les ha encontrado alojamiento el capitán?

—Asi parece.

Y el mensajero salió á pesar de las preguntas del *rosal* y la *espada*, sin querer dar mas respuestas.

En fin, apareció el dia tan deseado en las cocinas del *bravo caballero*.

Acababan de dar las doce y media en los agustinos, cuando dos caballeros se detuvieron á la puerta de la posada, se apea-

ron de los caballos y entraron.

Estos habian venido por la puerta Bussy, y naturalmente llegaron los primeros, lo uno porque venian á caballo, y lo otro porque la posada del *bravo caballero* estaba apenas cien pasos de la puerta Bussy.

Uno de ellos, que parecia el gefe por su lujo y apostura, traia dos lacayos bien montados.

Cada uno exhibió su sello con la imagen de Cleopatra, y fueron recibidos por ambos esposos con multitud de cumplidos y genuflexiones, en particular el jóven de los dos lacayos.

Sin embargo, á escepcion de este último, los recién llegados se instalaron tímidamente y con cierta inquietud; conociase que alguna cosa grave les preocupaba, sobre todo, cuando llevaban maquinalmente la mano al bolsillo.

Unos manifestaron su deseo de descansar, otros el de correr la ciudad antes de comer; el jóven de los dos lacayos preguntó si no habia algo nuevo que ver en París.

—¡Y tanto! dijo la señora Fournichon, sensible á la buena figura del caballero: si

no temeis el gentío y si no os asustais de permanecer cuatro horas de pié, podeis distraeros yendo á ver á M. de Salcedo, un español que ha conspirado.

—¡Calla! es verdad, repuso el jóven; he oido hablar de ese asunto, y voy, ¡voto á Dios! á verlo.

Y salió seguido de los lacayos.

A eso de las dos llegaron por grupos de cuatro ó cinco hasta una quincena de nuevos viajeros. Algunos vinieron sin acompañantes.

Hasta hubo quien entró de vecindad, sin sombrero y con un latiguillo en la mano; renegaba contra Paris, donde son atrevidos los ladrones, que le habian robado el sombrero al atravesar un grupo en la plaza de Greve, y tan diestros que no habia podido alcanzar á ver á quien se le quitára.

—Por lo demás, decia, yo me tengo la culpa: ¿quién me mandaba entrar en Paris con un sombrero que tenia tan magnífica presilla?

A las cuatro habia ya cuarenta compatriotas del capitán instalados en la posada de Fournichon.

—¿Es extraño? dijo este á su muger: todos son gascones.

—¿Qué hay de extraño en eso? respondió ella: ¿no ha dicho el capitan que esperaba á sus compatriotas?

—¿Y qué?

—Que si él es gascon, sus compatriotas deben serlo tambien.

—¡Calla! ¡pues es verdad!

—¿No es de Tolosa M. de Epernon?

—Es verdad, es verdad; ¿te empeñas en que era M. de Epernon?

—¿Pues no ha echado ya tres tacos en un momento?

—¿Ha hechado tres tacos? ¿y qué animal es ese?

—¡Imbécil! Tacos quiere decir lo mismo que juramentos, votos.....

—¡Ah! muy bien.

—No te asombres mas que de una cosa, y es que no haya mas que cuarenta gascones, cuando debía haber cuarenta y cinco.

Pero á eso de las cinco llegaron los otros cinco gascones, y los huéspedes de la *espada* se completaron.

Jamás otra sorpresa semejante habia di-

latado fisonomías gasconas: hubo durante una hora un espantoso concierto de exclamaciones y juramentos, de tales y tan ruidosas demostraciones de alegría, que creyeron los esposos Fournichon que toda la Saint-longe, el Poitou, el Aunis y el Languedoc habian invadido su gran salon.

Algunos se conocian: así Eustaquio de Miradoux vino á abrazar al caballero de los dos lacayos, y le presentó á Lardille, Militar y Escipion.

—¿Y por qué casualidad estás en Paris? le preguntó el último.

—¿Y tú, mi querido Sainte-Maline?

—Tengo un empleo en el ejército: ¿y tú?

—Yo vengo por negocios de sucesion.

—¡Ah! ¡ah! ¿llevas siempre en pós de tí á la vieja Lardille?

—Ha querido seguirme.

—¿No podias haber partido secretamente en vez de llevar la incomodidad de todo ese enjambre pegado á tus faldas?

---Imposible: ella es la que abrió la carta del procurador.

---¡Ah! ¿has recibido la noticia de esa be-reñencia por una carta?

---Si, contestó Miradoux.

Despues apresurándose á variar de conversacion:

---¿No es cosa singular, continuó, que esta posada esté llena, y que precisamentè sea de compatriotas?

---No, no es singular; la muestra es incitativa para gente de honor, dijo mezclándose en la conversacion nuestro antiguo conocido Perdicas de Pincorney.

---¡Ah! ¿sois vos, camarada? dijo Sainte-Maline: ¿no me habeis explicado del todo lo que ibais á contarme en la plaza de Greve, cuando aquel torvellino de gente nos ha separado?

---¿Y qué iba á explicaros? preguntó Pincorney algo aberchonado.

---Cómo os he encontrado á pié en el camino, cual lo estais ahora, entre Angulema y Angers, con un latiguillo en la mano y sin sombrero.

---¿Y teneis interés en saberlo, caballero?

---A fé mia que sí: hay mucha distancia de Poitiers á Paris, y venis aun de mas allá.

---Venia de San Andres de Cabsac.

—¿Y así, sin sombrero?

—Es cosa bien sencilla.

—No lo veo así.

—Si tal, y lo vais á comprender. Mi padre tiene dos caballos magníficos, á los que tiene tal afición, que es capaz de desheredarme así que sepa la desgracia que me ha sucedido.

—¿Y qué desgracia ha sido?

—Me paseaba en uno de ellos, el mas hermoso, cuando de repente un arcabuzaso, que dispararon á diez pasos de mi, espantó de tal modo al caballo, que desbocado se dirigió hácia el Dordoña.

—¿En el que se arrojó?

—Precisamente.

—¿Con vos?

—No; felizmente tuve tiempo de escurrirme al suelo, sin lo cual me hubiera ahogado con él.

—¡Hola! ¿conque el pobre animal se ahogó?

—¡Voto al diablo! Ya conocéis el Dordoña: tiene media legua de ancho.

—Y entonces, ¿qué hicisteis?

—Entonces me decidí á no volver á ca-

sa y sustraerme lo mas pronto posible á la cólera paterna.

—Pero, ¿y el sombrero?

—Aguardad. ¡Qué diablo! ¿Mi sombrero se cayó al suelo?

—¿Como vos?

—Yo no cai, me escurri hasta el suelo; un Pincorney jamás cae del caballo; los Pincorney son ginetes desde que nacen.

—Eso es sabido, dijo Sainte-Maline; pero ¿y vuestro sombrero?

—¡Ah! ¿otra vez mi sombrero?

—Si.

—Mi sombrero cayó; me puse á buscarle, porque este era mi único recurso, habiéndome salido sin dinero.

—¿Y cómo podia servir de recurso? insistió Sainte-Maline decidido á ostigar á Pincorney.

—¡Voto á crias! ¡y recurso grande! Preciso es decir que la pluma de este sombrero estaba sujeta por una presilla de diamantes que S. M. el emperador Carlos V. dió á mi abuelo cuando al ir de España á Flandes se detuvo en nuestro castillo.

—¡Ah! ¡ya! ¿Y habeis vendido la presilla

y el sombrero con ella? Entonces, mi caro amigo, debéis ser el mas rico de todos nosotros, y debiais haber comprado con el dinero de vuestra presilla un guante para la otra mano, pues hacen muy mala vista la una blanca cual de mujer, y la otra negra cual la de un esclavo africano.

—Escuchad pues; al volverme para buscar mi sombrero veo un enorme cuervo que se lanza sobre él.

—¿Sobre vuestro sombrero?

—O mas bien sobre mi diamante, ya sabeis que este animal arrebatata y oculta cuanto brilla; se lanza, pues, sobre mi diamante, le coje y echa á volar.

—Vuestro diamante.

—Si, señor. Al principio le seguí con la vista, y corriendo luego le grito: "¡detenedle! ¡detenedle! ¡á ladron! ¡maldito seas!" A los cinco minutos ya habia desaparecido, y no he vuelto á oír hablar de él.

—De suerte que abrumado por esta doble pérdida....

—No me he atrevido á volver á la casa paterna, y me he decidido á venir á buscar fortuna á Paris.

—Bueno, dijo un tercero, ¿se ha cambiado el viento en cuervo? Creo haberos oído contar á M. de Loignac, que entretenido en leer una carta de vuestra novia, el viento os habia arrebatado carta y sombrero y que, cual verdadero Amadis, habiais corrido tras la carta, dejando el sombrero á la ventura.

—Caballero, dijo Sainte-Maline, tengo el honor de conocer á M. de Aubigue, que aunque valiente soldado, maneja la pluma bastante bien; referidle, cuando le halleis, la historia de vuestro sombrero, y hará cuento precioso con ella.

Este consejo promovió algunas risas medio comprimidas.

—Eh, caballeros dijo el gascon irritado, ¿se reiria acaso de mí?

Cada cual se volvió para reir con mayores ganas.

Perdicás echó una mirada investigadora en torno suyo, y vió junto á la chimenea un jóven que ocultaba el rostro entre las manos; creyó que este se tapaba para ocultar mejor la risa.

Se dirigió á él.

—Caballero, le dijo, si os reis, hacedlo al menos sin taparos para que se os vea la cara.

Y dió una palmada en la espalda del jóven, que alzó su frente grave y severa.

El jóven era nuestro amigo Ernauton de Carmainges, todavía aturdido de su aventura en la plaza de Greve.

—Os ruego, caballero, que me dejéis en paz, le dijo, y sobre todo, que no volvais á tocarme, y si lo haceis, que sea con la mano en que teneis puesto el guante; ya veis que no me ocupo de vos.

—En buen hora, repuso refunfuñando Pincorney, si no os ocupais de mi, nada tengo que deciros.

—Vamos, caballero, añadió Eustaquio de Miradoux con la mas sana intencion, no sois amable para nuestro compatriota.

—¿Y porqué diablo os mezclais aquí, caballero? replicó Ernauton cada vez más contrariado.

—Teneis razon, caballero, repuso Miradoux saludando, eso no me concierne.

Y volvió la espalda para ir á reunirse con Lardille, que estaba sentada en un rin-

con de la chimenea; pero uno se interpuso.

Era Militor con sus manos en el cinturón y su estúpida sonrisa en los labios.

—Escuchadme, padrastro, le dijo el tuno.

—¿Qué?

—¿Qué decis de esto?

—¿De qué?

—De la manera con que ese gentil-hombre os ha metido el resuello.

—Hum.

—Os ha dado un buen meneo.

—¡Ah! ¿has reparado tu en eso? dijo Eustaquio, tratando de separar á Militor.

Pero este hizo inútil la maniobra, inclinándose hacia la izquierda y poniéndose otra vez delante de él.

—No solo yo, continuó Militor, sino todo el mundo; mirad como todos se rien.

La verdad es que se reian, pero sin objeto.

Eustaquio se puso encendido como una ascua.

—Vamos, vamos, padrastro, no lo dejeis enfriar, dijo Militor.

Eustaquio se puso entonado, y se aproximó á Carmainges.

---Hay quien supone que habeis querido ofenderme.

---¿Cuándo?

---Ahora.

---¿A vos?

---A mí.

---¿Y quien lo supone?

---El señor, dijo Eustaquio señalando á Militar.

---Entonces, caballero, respondió Carmainges apoyando irónicamente sobre la calificación, entonces el señor es un estornino.

---¡Oh! exclamó Militar furioso.

---Y le aconsejo, continuó Carmainges, que no venga á inquietarme con el pico, porque de otro modo me acordaré de los consejos de M. de Loignac.

---M. de Loignac no me ha llamado estornino, caballero.

---No, os ha llamado asno; ¿preferís esa calificación? Poco me importa; si sois un asno os cincharé; si sois un estornino os desplumaré.

---Caballero, es mi hijastro, dijo Eustaquio; os ruego que por obsequio á mí le trateis mejor.

---¡Ah! ¡me defendeis así, padrastro! gritó Militar exasperado; para eso mejor me defenderé yo solo.

---¡A la escuela, esos chichos, dijo Ernauton, ¡a la escuela!

---¿A la escuela? repuso Militar adelantándose con el puño cerrado amenazando á Mr. de Carmainges; tengo diez y siete años, ¿lo oís, caballero?

---Y yo veinte y cinco, replicó Ernauton, y por eso voy á corregiros cual mereceis.

Y agarrándole por el cuello y la cintura, le levantó en alto, como si fuese un lio, y le tiró por la ventana á la calle, mientras que Lardille gritaba de un modo que retemblaban las paredes.

---Ahora, añadió tranquilamente Ernauton, padrastro, madrastra, hijastro y todas las familias del mundo, si se me vuelve á incomodar hago con todos un picadillo.

---A fé mia tiene razon, dijo Miradoux, ¿porqué provocar á este caballero?

---¡Cobarde, cobarde, que deja zurrar á su hijo! gritó Lardille acercándose á Eustaquio desmelenado y curioso.

---Vamos, vamos, replicó aquel, calma: esto formará su carácter.

---¿Qué es esto? decidme; ¿se arrojan aquí hombres por la ventana? preguntó un oficial entrando; ¡qué diablo! cuando se gasta esa especie de bromas, debería gritarse al menos: "allá vá."

---¡M. de Loignac! exclamaron una veintena de voces.

---¡M. de Loignac! repitieron cuarenta y cinco.

---Y á este nombre, conocido en la Gascuña entera, todo el mundo se levantó y calló.



CAPITULO IX.

M. DE LOIGNAC.

EN pos de M. de Loignac entró á su vez Militar, molido de la caída y encendido de cólera.

—Servidor, caballeros, dijo Loignac; parece que se alborota en grande. ¡Hola, hola! Según veo maese-Militar ha vuelto á ser arisco, y lo han pagado sus narices.

—Ya me pagarán los golpes, repuso Militar gruñendo y amenazando con el puño á Carmainges.

---La comida, maesé-Fournichon, gritó Loignac, y que cada cual sea complaciente con su vecino, si es posible. Desde este momento se trata de que todos se amen como hermanos.

---¡Hum! se oyó á Sainte-Maline.

---La caridad es rara, dijo Chalabre estendiendo su servilleta sobre su ropilla gris, de modo que no pudiesen caerle manchas, cualquiera que fuese la cantidad de salsa vertida.

---Y amarse tan de cerca es difícil, añadió Ernauton; verdad que no estaremos juntos mucho tiempo.

---Abi teneis, exclamó Pineorney, que estaba aun resentido con las chanzonetas de Birau: se burlan de mí porque no tengo sombrero, y nada se dice á M. de Monterabeau, que vá á comer con una coraza del tiempo del emperador Pertinax, del que desciende segun todas las probabilidades.... ¡Lo que vale estar á la defensiva!

Monterabeau, montado en lo mas vivo, se irguió, y con voz de falsete dijo:

--Caballeros, voy á quitármela; aviso á los que gusten mas de verma con armas

ofensivas que defensivas.

Y desenlazó magestuosamente la coraza, mandando que se le acercase un obeso y canoso patan de cincuenta años, que tenia por lacayo.

---Vamos, paz, paz, exclamó Loignac, y pongámonos á la mesa!

---Tomad esta coraza, dijo Pertinax á su lacayo.

El gordinflon al cogerla dijo bajito á su amo:

---¿Y yo no comeré tambien? Haz que me den algo, Pertinax: me estoy muriendo de hambre.

Por estraña y familiar que fuese esta interpelacion, no escitó asombro en Pertinax, que contestó:

---Haré lo posible, mas para mayor seguridad ingeniaos por vuestra parte.

---¡Hum! murmuró el lacayo con desagradable tono: maldito si eso tiene de satisfactorio.

---¿Nada os queda ya? preguntó Pertinax.

---Nos hemos comido el último escudo en Sens.

---¡Diantre! pues haceos con dinero á costa de cualquier cosa.

Apenas acababa de decirle esto, cuando primero en la calle, y en la puerta de la hosteria despues, se oyó gritar.

---¿Hay hierro viejo que vender?

A este grito la Fournichon corrió hácia la puerta, mientras su marido transportaba magestuosamente los primeros platos á la mesa.

A juzgar por la acogida que se le hizo, la cocina de Fournichon era esquisita.

El patron, no pudiendo corresponder dignamente á cuantos cumplimientos les eran dirigidos, quiso dar participacion en ellos á su muger.

Tendió una mirada por la estancia en su busca, aunque inútilmente, pues habia desaparecido: y como no viniese, á pesar de haberla llamado, preguntó á un galopin:

---¿Qué hace el ama?

---¡Ay, mi amo! Un negocio loco, respondió el marmiton. Está vendiendo todo el hierro viejo por un poco de dinero nuevo.

---¡Espero que no entrará en eso mi coraza de guerra, ni mi almete de batalla! es-

clamó Fournichon corriendo precipitadamente hácia la puerta.

---¿Cómo, dijo Loignac, si la compra de armas está prohibida por orden del rey!

---No importa, replicó Fournichon, é iba á salir cuando su muger entraba triunfante.

---¿Qué teneis? preguntó á su marido viéndole todo azorado.

---Lo que tengo es que se me dice que vendeis mis armas.

---¿Y qué?

---Que no me acomoda que se vendan, ¿lo entendeis?

---¡Bah! estando en paz valen mas dos cacerolas nuevas que una coraza vieja.

---Debe, sin embargo, ser un pobre comercio ese del hierro viejo, despues de ese edicto del rey de que acaba de hablar M. de Loignac, dijo Chalabre.

---Al contrario, caballero, repuso la Fournichon: hace ya mucho tiempo que ese mismo chamarillero me andaba incitando con sus ofertas. Asi es que hoy no he podido resistir, y aprovechando la ocasion le he agarrado diez escudos. Ya veis, caballe-

ro, diez escudos son al fin dinero contante, y una coraza vieja no pasa de ser un armatoste.

---¡Cómo! ¡diez ducados! exclamó Chalabre; ¿tan caro? ¡diablo!

Y se puso pensativo.

---¡Diez escudos! repitió Pertinax lanzando una elocuente ojeada á su lacayo, ¿lo oís M. Samuel?

Pero Samuel no estaba ya en la sala.

---Pero ese chamarillero se espone á ser ahorcado, dijo M. de Loignac.

---¡Oh! es un buen hombre, muy afable y avenidor, observó la Fournichon.

---¿Pero que hace de todo ese hierro viejo?

---Se revende al peso.

---¿Al peso? añadió Loignac: ¿y decís que os ha dado diez escudos? ¿por qué piezas?

---Por una coraza vieja y una celada estropeada.

---Aun suponiendo que ambas prendas pesasen veinte libras, salía á medio escudo la libra. ¡Con mil demonios! Como dice alguno de mis conocidos, esto encierra alguna misterio.

---¡Qué no pudiese llevar á ese buen hombre á mi castillo! murmuró Chalabre, cuyos ojos se animaron; yo le vendería tres millares de yelmos, brazaletes y corazas.

---¡Cómo! ¿Venderiais las armaduras de vuestros antecesores? dijo Sainte-Maline con tono burlesco.

---¡Ay, caballero, añadió Eustaquio de Miradoux, hariais mal! esas son reliquias sagradas.

---¡Bah! contestó Chalabre, á estas horas son ya reliquias mis antecesores, y solo tienen necesidad de misas.

La comida se iba ya alegrando, gracias al vino de Borgoña, y cuyo consumo hacian mayor las especias de maese Fournichon.

Las voces iban adquiriendo un elevado diapason; sonaban los platos, los cerebros absorbian vapores al través de los cuales cada gascon lo veia todo de color rosado, excepto Militar, que pensaba en su viaje aéreo, y Carmainges que pensaba en su page.

---Hé aquí mucha gente alegre, dijo Loignac á su vecino, que justamente era Ernauton, y no saben por qué.

—Ni yo tampoco lo sé, respondió Carmainges; verdad es que por mi parte soy escepcion de la regla, porque estoy muy léjos de verme alegre.

—Haceis mal, caballero, replicó Loignac, porque sois de aquellos para quienes París es una mina de oro, un país de honores, un mundo de felicidades.

Ernauton movió la cabeza.

—Vamos, ¿que decís?

—No os burleis de mí, M. de Loignac, dijo Ernauton; y vos, que al parecer tenéis los cabos de la trama en que jugamos la mayor parte de los que aquí estamos, hacedme al ménos el favor de no tratar al vizconde Ernauton de Carmainges como un mono de palo.

—Os haré aun mas favores que ese, señor vizconde, dijo Loignac inclinándose con política: desde la primera ojeada os he distinguido entre todos, á vos, cuya mirada es insinuante y dulce, así como á ese otro jóven de vista sombría y solapada.

—¿Como se llama?

—M. de Sainte-Maline.

—¿Y tendreis la bondad, caballero, de

decirme la causa de esta distincion, si esta pregunta no es demasiada curiosidad de mi parte?

—La causa es que os conozco y nada mas.

—¿A mi? replicó Ernauton serprendido: ¿me conoceis?

—A vos y á él, y á todos los que están aqui.

—Es extraño.

—Si, pero es necesario.

—¿Y por qué es necesario?

—Porque un jefe debe conocer á sus soldados.

—¿Pues qué, todos estos hombres?...

—Serán mis soldados mañana.

—Pero yo creia que M. de Epernon...

—¡Silencio! No pronuncieis aqui ese nombre, ó mas bien, no pronuncieis nombre alguno; tened listo el oido y cerrada la boca; toda vez que os he prometido hacer favores, tomad desde luego este consejo á cuenta de ellos.

—Gracias, caballero, dijo Ernauton.

Loignac se limpió el bigote y levantándose se,

—Caballeros, dijo, ya que la casualidad

ha reunido aquí cuarenta y cinco compatriotas, bebamos un vaso de vino de España á la prosperidad de todos los presentes.

Esta proposicion promovió frenéticos aplausos.

—La mayor parte de ellos están borrachos, dijo Loignac á Ernauton: buena ocasion seria esta de hacer á cada uno contar su historia: pero el tiempo urge.

Y alzando la voz continuó:

—¡Hola, maese Fournichon, haced salir de aquí á todas las mugeres, chicos y lacayos!

Lardille se levantó gruñendo, pues no habia acabado de comer el postre.

Militor no se movió.

—¿No se me ha oido ahí abajo? gritó Loignac lanzando una mirada que no admitia réplica.... Vamos, vamos, á la cocina, señor Militor.

Pasados unos instantes, no quedaban ya en la sala mas que los cuarenta y cinco convidados de M. de Loignac.

—Señores, dijo este, todos sabeis quien os ha hecho venir á Paris, ó al menos lo sospechais. Bueno, bueno, no pronuncieis

ese nombre. Lo sabeis, y eso basta. Sabeis tambien que habeis venido para obedecerle.

De todos los ángulos de la sala se elevó un murmullo de asentimiento; solo que como cada uno sabia lo que le concernia é ignoraba que su vecino hubiese venido por el mismo móvil y la misma causa, todos se miraron con asombro.

—Está bien, continuó Loignac: ya os mirais mas despacio, señores. Tranquilizaos: teneis tiempo de trabar conocimiento. Habeis venido para obedecer á este nombre, ¿lo reconocéis así?

—Si, si, gritaron los cuarenta y cinco, lo reconocemos.

—Pues bien, para empezar vais á partir sin ruido de esta posada para habitar el alojamiento que se os ha designado.

—¿A todos? preguntó Sainte-Maline.

—A todos.

—Todos somos llamados, todos aquí somos iguales, dijo Perducas, á quien temblaban tanto las piernas que tuvo necesidad de agarrarse al cuello de Chalabre para mantener su centro de gravedad.

—Cuidado, le advirtió este, que arru-gais mi ropilla.

—Si, todos iguales, repuso Loignac, ante la voluntad del amo.

—¡Oh! ¡oh! caballero, dijo ruborizándose Carmainges, perdonad: pero no se me habia dicho que M. de Epernon se llamaría mi amo.

—Aguardad.

---No es eso lo que yo habia entendido.

---¡Pero tened cachaza, malas cabezas!

Otra vez reinó el silencio, curioso en la mayor parte, impaciente en los demás.

---No os he dicho aun quien sería vuestro amo, señores.

---Si, le interrumpió Sainte-Maline: pero habeis dicho que tendríamos uno.

---Todo el mundo tiene un amo, exclamó Loignac, pero si teneis demasiado orgullo para reparar en el que haya de ser, buscad en lo mas elevado: léjos de prohibirlo, os autorizo á ello.

---El rey, murmuró Carmainges.

---Silencio, continuó Loignac: habeis venido aquí para obedecer pues; entre tanto hé aquí una orden que vais á tener la bondad de leer en alta voz, M. Ernauton.

Ernauton desdobló lentamente el perga-

mino que le diera M. de Loignac, y leyó en alta voz:

"Ordeno á M. de Loignac que vaya á reunirse á los cuarenta y cinco gentiles hombres que he convocado en Paris con el asentimiento de S. M. para ponerse al frente de ellos."

"Nogaret de la Valette, duque de Epernon."

Borrachos ó serenos, todos se inclinaron: no hubo disparidad mas que en el equilibrio, cuando fué necesario levantarse.

—Así pues, ya me habeis oído, dijo M. de Loignac. Se trata de seguirme al instante. Vuestro equipage y familias permanecerán aquí, en casa de Maese Fournichon, que cuidará de todo, y donde mas adelante los enviaré á buscar: mas por ahora apresuraos: las barcas aguardan.

—¿Las barcas? repitieron los gascones: ¿pues qué vamos á embarcarnos?

Y se cruzaron miradas de ansiosa curiosidad.

—Sin duda, contestó Loignac: vais á embarcaros. ¿Para ir al Louvre no hay que atravesar el río?

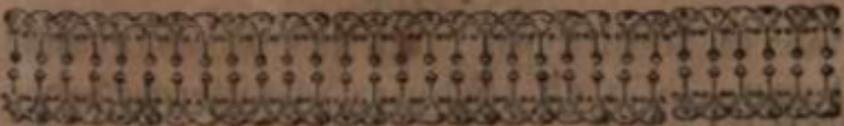
---¡Al Louvre, al Louvre! murmuraron gozosos los gascones. ¡Voto al diantre! vamos al Louvre.

Loignac se levantó, hizo pasar delante á los CUARENTA Y CINCO, contándolos como carneros, y los condujo por las calles hasta la torre de Nesle.

Allí habia tres barcas grandes; á bordo de cada una se embarcaron quince pasajeros, y se alejaron al momento de la orilla.

---¿Qué diablos vamos á hacer al Louvre? se preguntaban los mas intrépidos, abispados con el aire húmedo del rio y mal abrigados en su mayor parte.

---Si al ménos tuviese mi coraza, murmuró Pertinax de Monterabeau.



CAPITULO X.

EL HOMBRE DE LAS CORAZAS.

Pertinax tenia mucha razon en lamentar la falta de su coraza, porque justamente en aquel momento, y por medio del singular lacayo que hemos visto hablar tan familiarmente con su señor, acababa de deshacerse de ella para siempre.

En efecto, al oir aquellas palabras mágicas pronunciadas por los Fournichon "diez escudos" el criado de Pertinax habia echado á correr tras el chamarillero.

Como ya era de noche y el revendedor de hierro viejo tenia sin duda prisa, es-

taba á treinta pasos de la posada cuando Samuel salió en su busca. Guillermo se vió obligado á llamarle.

El chamarillero se detuvo con temor, y echó una ojeada penetrante al hombre que hacía él corria, pero viéndole cargado de efectos, le esperó tranquilo.

—¿Qué quieres, amigo mio? le dijo.

—¡Pardiez! dijo el lacayo con furia; lo que quiero es hacer negocio con vos.

—Pues vamos, que sea pronto.

—¿Teneis priesa?

—Si.

—Bien; pero al menos me dareis tiempo para respirar: ¿qué diablo?

Era evidente que el revendedor conserbaba cierta desconfianza respecto al lacayo.

—Cuando veais lo que os traigo, dijo este último, como me pareceis inteligente y aficionado no os pesará la detencion.

—¿Y qué me traeis?

—Una magnífica pieza; una obra maestra cuya.... pero ¿no me escuchais?

—No, porque estoy mirando.

—¿El qué?

—¿Acaso no sabeis, amigo mio, que el

comercio de armas está prohibido por un edicto del rey?

Y echó en rededor miradas inquietas.

El lacayo creyó que era oportuno aparentar que lo ignoraba.

—No sé una palabra de eso, contestó; acabo de llegar de Mont de Marsan.

—¿Ah? Entonces es diferente, dijo el hombre de las corazas, á quien esta respuesta tranquilizó algo; pero aun cuando llegais de Mont de Marsan, continuó, sabeis sin embargo que yo compro armas.

—Sí que lo sé.

—¿Y quién os lo ha dicho?

—¡Sangre de Crispas! ¿Qué necesidad habia de que me lo dijesen, cuando lo habeis pregonado á grito pelado hace un momento?

—¿Donde?

—A la puerta de la hostería de la *espada del bravo caballero*.

—¿Estabais en ella entonces?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con un monton de amigos.

—¿Con un monton de amigos? Pues por

lo regular no suele haber un alma en esa posada.

—Entonces la debeis haber hallado muy variada.

—En efecto. ¿Pero de donde venian todos esos amigos?

—De Gascuña como yo.

—¿Sois partidario del rey de Navarra?

—¡Qué diantre! Somos franceses de corazon y de raza.

—Si, pero hugonotes.

—Católicos como el Santo Padre, á Dios gracias, repuso Samuel quitándose la gorrilla: pero no se trata de eso sino de la coraza.

—Aproximémonos un poco á la tapia, si os parece: aquí estamos demasiado al descuberto.

Y se adelantaron algunos pasos hasta una casa de humilde apariencia en cuyas ventanas no se veia luz alguna.

Esta casa tenia la puerta bajo una especie de cobertizo que servia de piso al balcon. Un bauco de piedra unido á la fachada constituia su solo adorno, y reunia lo útil á lo agradable, porque servia de estribo á los

pasajeros para montar en sus cabalgaduras.

—Veamos esa coraza, dijo el chamari-
llero cuando hubieron llegado bajo el co-
bertizo.

—Aquí la teneis.

—Esperad; creo que suena gente en es-
ta casa.

—No, es en la de enfrente.

Efectivamente, habia enfrente una casa
con dos pisos, y en el segundo se veia os-
cilar á veces el resplandor de una luz.

—Acabemos pronto, dijo el revendedor
tocando la coraza.

—¡Que tal! ¡Cómo pesa! dijo Samuel.

—Pero vieja, maciza y antigua.

—Obra de mérito.

—¿Quereis seis escudos?

—¿Cómo seis escudos? ¿Y habeis dado
allá bajo, diez por un mal pedazo de co-
selete!

—¿Seis escudos, sí, ó no? repitió el re-
vendedor.

—Pero examinad el cincelado.

—¿Para revender al peso qué importa el
cincelado?

—¡Hola! ¡hola! ¿aquí regateais y allá abajo

habeis dado lo que os han pedido?

—Aumentaré un escudo, dijo el chamarillero impaciente.

—Solo los dorados valen catorce escudos.

—Vamos, ajustemos pronto, ó me marchó.

—Alto ahí: sois un bribón ¿Os ocultais para comerciar en contravencion á los edictos del rey, y regateais, sin embargo, con la gente honrada?

—Vaya, no griteis así.

—¡Oh! no tengo miedo, dijo Samuel alzando la voz. No hago tratos ilícitos, no comercio en fraude, y no tengo por donde ocultarme.

—Vamos, tomad diez escudos y callaos.

—¿Diez escudos? Si os digo que solo el oro los vale. ¡Calla! ¿quereis escaparos?

—De ningun modo: ¡vaya un energúmeno!

—¡Es que si os escapais llamaré á gritos á la guardia!

Al decir esto Samuel habia alzado la voz de tal modo, que equivalia á la realizacion de su amenaza.

A este ruido se habia abierto una ventanilla del balcon de la casa junto á la que

se hacia el trato, y al oír rechinar la puer-
tezuela que se habria, el revendedor se so-
brecogió.

—Vamos, vamos, dijo; veo que es pre-
ciso hacer cuanto querais; ahí teneis quin-
ce escudos, y largaos.

—En horabuena, dijo Samuel embolsán-
dose el dinero.

—Gracias á Dios.

—Pero estos quince escudos son para
mi amo, continuó Samuel, y yo tambien
necesito algo.

El revendedor tendió la vista en tor-
no suyo desenvainando á medias la daga.
Sin duda tenia la intencion de hacer en
el pellejo de Samuel un rasguño que le hu-
biese dispensado para siempre de la nece-
sidad de comprar coraza en reemplazo de la
que vendia, pero Samuel estaba muy so-
bre aviso, y retrocedió diciendo.

—Si, si, buen amigo, ya veo tu daga;
pero tambien veo otra cosa: esa figura del
balcon que te está mirando.

El chamarillero, pálido del susto, miró
en la direccion indicada por Samuel, y vió
efectivamente en el balcon una criatura al-

ta y fantástica, envuelta en una bata guardada de pieles de gato; este Argos no había perdido una sílaba ni un gesto de la última escena.

—Vamos, está visto que haceis de mí lo que quereis, dijo el revendedor con una risa parecida á la del chacal que enseña los dientes: ahí teneis un escudo mas, y que el diablo os lleve, añadió entre dientes.

—¡Gracias, dijo Samuel, buen negocio! Y despidiéndose del hombre de las corazas se marchó burlándose de él.

Solo ya el revendedor en la calle, se puso á colocar la coraza de Pertinax junto á la de Fournichon.

El paisano del balcon continuaba mirando, y cuando vió al chamarillero bien embarazado con su carga, le dijo:

—Parece, amigo, que comprais armaduras.

—¡Quiá! no, señor, contestó el pobre mercader: ha sido por casualidad, y porque se me ha presentado una buena ocasion.

—Pues entonces la casualidad me sirve á las mil maravillas,

—¿En qué? preguntó el revendedor.

—Figuraos que tengo justamente aquí, al alcance de mi mano, un monton de piezas de hierro que me estorban.

—No os digo que nó; mas por ahora tengo cuanto puedo llevar.

—Sin embargo, voy á enseñárselas.

—Es inútil: no tengo ya dinero.

—Nada importa eso, os fiaré, porque tenéis todo el aspecto de un hombre honrado.

—Gracia amigo, me están aguardando.

—Es bien extraño, como voy recordando que os conozco.

—¿A mí? replicó el chamarillero procurando en vano disimular su terror.

—Examinad esa celada, dijo el paisano alargándola en la punta del pié, por miedo de que si se separaba de la ventana se le escapase el tratado en corazas.

—¿Conque me conoceis, le dijo este, es decir, creéis conocerme?

—Es decir, que realmente os conozco. ¿No sois?....

El paisano aparentó recapacitar; el chamarillero permaneció estático aguardando.

—¿No sois Nicolás?

El semblante del tratante se desencajó,

y el casco bailaba entre sus manos.

—¿Nicolás? repitió.

—Nicolás Truchou, mercader de quin-
calla, calle de la Cossonerie.

—No, no, replicó el vendedor sonrién-
dose y respirando ébrio de gozo.

—No importa, teneis buena figura: se
trata de que me compreis la armadura com-
pleta, coraza, brazadas y espadas.

—Pero reparad que es comercio ilícito.

—Ya lo sé, pues vuestro último vende-
dor lo ha publicado bien alto.

—¿Le habeis oído?

—Perfectamente; y como he visto lo ge-
neroso que sois en los tratos, he entrado
en ganas de hacer alguno con vos; pero no,
tranquilizaos: por mi parte no abusaré; sé
muy bien lo que es el comercio; también
yo he sido negociante.

—¡Ab! ¿y qué vendiais?

—¿Qué vendia, preguntais?

—Sí.

—Jabon.

—Buen comercio, compadre.

—Así he hecho fortuna, y aquí me te-
neis independiente y en la clase media.

—Os doy la enhorabuena.

—Por eso quiero vivir á mis anchas y vendo todo el hierro viejo que ocupa mucho sitio.

—Ya entiendo.

—Tambien tengo aqui las escarcelas. ¡Ah, y las manoplas!

—Pero si no necesito todo eso.

—Ni yo tampoco.

—Solo compraré la coraza.

—¿Conque solo comprais corazas?

—Si.

—Es raro, porque al fin, comprando para revender al peso, segun habeis dicho vos mismo, todo es hierro.

—Verdad es; ¿pero qué quereis? Prefiero....

—Como gustéis: comprad la coraza, ó por mejor decir, marchaos y nada compréis.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que en los tiempos que corremos cada cual tiene necesidad de sus armas.

—¿Cómo! ¿estando en completa paz?

—Mi querido amigo, si estuviésemos en completa paz no se haria ese comercio de

corazas. ¡Voto al diablo! ¿Se os figura que se me embauca tan facilmente?

—¡Caballero!

—Y tan clandestino sobre todo.

El revendedor hizo ademán de alejarse.

—Pero, en verdad, cuanto mas os miro, continuó el paisano, mas seguro estoy de que os conozco; no sois Nicolás Truchou, pero sin embargo, os conozco.

—Silencio.

—Y si comprais corazas...

—¿Qué?

—Estoy seguro de que es por realizar una obra aceptada á los ojos de Dios.

—Callad.

—Me cautivais, prosiguió el del balcon estendiendo desde él un brazo inmenso, cuya mano se aferró á la del chamarillero.

—¿Pero quién diablos sois? preguntó este al sentir oprimida su mano como con un torniquete.

—Soy roberto Briquet, apellidado el terror del cisma, amigo de la union y católico furibundo; ahora ya os conozco perfectamente.

El revendedor palideció espantosamente.

—Sois Nicolás.... Quimbelot, zurrador de pieles.

—Os equivocais, Adios, maese Roberto Briquet, me felicito de haberos conocido. Y el revendedor volvió la espalda.

—¿Pues qué, os marchais?

—Ya lo veis.

—¿Sin tomarme el hierro viejo?

—Ya os he dicho que no tengo dinero.

—Mi criado irá con vos.

—Imposible.

—Entonces, ¿cómo gobernarnos?

—¡Diantre! quedando como estamos.

—¡Voto al diablo! ¡Dios me libre de eso! tengo demasiadas ganas de cultivar vuestras relaciones.

—Y yo de huir las vuestras, replicó el chamarillero, que esta vez, resignándose á abandonar sus corazas y á perderlo todo á trueque de no ser conocido, escapó á correr.

Pero Roberto Briquet no era hombre para dejarse burlar así; de una zancada pasó del balcón á la calle, sin tener casi necesidad de saltar, y de otras cinco ó seis alcanzó al revendedor.

—¿Estais loco, amigo mio? dijo dando

una palmada en la espalda al pobre diablo; si fuese vuestro enemigo, si quisiera hacer que os prendiesen, no tendria mas que gritar; la ronda pasa á estas horas por la calle de los agustinos; pero lléveme el diablo: sois mi amigo, y la prueba es que ahora recuerdo positivamente vuestro nombre.

Esta vez se echó á reir el revendedor.

Roberto Briquet se puso frente á él y le dijo:

—Os llamais Nicolás Paulain, y sois subpreboste de París; bien me acordaba yo de que habia algo de Nicolás en vos.

—Estoy perdido, balbuceó el tratante en corazas.

—Al contrario, estais salvado: ¡con mil diablos! nunca hareis por la buena causa cuanto yo pienso hacer.

Nicolás Paulain exhaló un gemido.

—Vamos, vamos, ánimo, dijo Briquet; reponeos: habeis encontrado un hermano; tomad una coraza: yo cogeré las otras dos, os regalo los braceletes, escarcelas y manoplas como a dealas; en marcha y viva la union.

---¿Me acompañais?

---Os ayudo á llevar estas armas que deben servir para el vencimiento de los Filisteos; guiadme, ya os sigo.

Surgió en la mente del sub-preboste una sospecha bien natural, pero se desvaneció tan pronto como el relámpago.

---¿Si quisiese perderme, se dijo, hubiese confesado que me conocia?

Y continuó en voz alta:

---Pues que lo quereis absolutamente, venid conmigo.

---A muerte ó vida, añadió Roberto estrechando entre la suya la mano de su aliado, al paso que con la otra levantó en alto su carga de hierro viejo.

Ambos se pusieron en camino.

Al cabo de veinte minutos, Nicolás Paulain llegó al Marais, anegado en sudor, tanto á causa de la rapidez de la marcha, como del calor de su conversacion politica.

---¡Qué buena adquisicion he hecho! murmuró Paulain al detenerse á corta distancia del palacio de Guisa.

---Ya sospechaba que mi armadura vendría á parar á estos sitios, pensó Briquet.

---Amigo, dijo Paulain volviéndose con trágico gesto á Briquet, que aparentaba la mayor candidez, os dejo un minuto de reflexion antes de entrar en la caverna del leon, aun es tiempo de retiraros si no tenéis limpia la conciencia

---¡Bah! repuso Briquet con declamatorio acento: ya me he visto en otras, *et non intremuit medulla mea*; pero disimulad, ¿tal vez no sabreis latin?

---¿Y vos?

---Ya lo veis.

---Literato, atrevido, vigoroso, rico, ¡qué hallazgo! dijo entre sí Paulain; vamos, entremos.

Y condujo á Briquet á la gigantesca puerta del palacio de Guisa, que se abrió al dar el tercer golpe con el llamador de bronce.

El patio estaba lleno de guardias y hombres embozados que parecian fantasmas.

Ni una sola luz habia en el palacio.

En una esquina aguardaban ocho caballos ensillados y embridados.

El ruido del llamador hizo volver á la mayor parte de estos hombres, los cuales

formaron una especie de fila para recibir á los recién venidos.

Entonces Nicolás Poulain, inclinándose al oído de una especie de conserje que tenía medio abierto el postigo, manifestó su nombre.

---Y traigo un buen compañero, añadió.

---Pasad, señores, dijo el conserje.

---Llevad eso á los almacenes, prosiguió Poulain entregando á un soldado las tres corazas y las demás piezas de hierro de Briquet.

---Bueno, se dijo este, hay un almacén; esto marcha; ¡diantre, qué buen organizador haceis, maese preboste!

---Sí, sí, aquí hay criterio, respondió Poulain sonriéndose con orgullo: pero venid á que os presente.

---Cuidado, dijo Briquet, que soy excesivamente tímido. Solo quiero que se me tolere; cuando haya hecho mis pruebas me presentaré solo, como dijo el griego, por mis hechos.

---Como gustéis, contestó el sub-preboste: esperadme aquí.

Y fué dando apretones de manos á la ma-

por parte de los embozados.

---¿Qué esperamos? preguntó una voz.

---Al amo, contestó otra.

En este momento un hombre, de alta talla, que acababa de entrar en el palco y había oído las últimas palabras, dijo:

---Señores, yo vengo en su nombre.

---¡Ah! es M. de Mayneville, exclamó Paulain.

---Héme aquí en país conocido, dijo entre sí Briquet ensayando un gesto que le desfiguró completamente.

---Caballeros, ya estamos todos; deliberemos, repuso la voz que primero se había oído.

---¡Calla, otro conocido! observó Briquet: este es mi procurador, maese Marteu.

Y varió de gesto con una facilidad que patentizaba cuan familiares le eran los estudios fisonómicos.

---Subamos, señores, repuso Paulain.

M. de Mayneville pasó el primero, Nicolás Paulain le siguió, detrás de él los hombres de las capas, y en pos de estos Roberto Briquet.

Todos subieron por una escalera exterior

que terminaba en una bóveda.

Roberto Briquet subía como los demás, murmurando.

---¿Pero el paje, dónde está ese diablo de paje?



CAPITULO XI.

MAS ACERCA DE LA LIGA.

EN el momento que Roberto Briquet subia la escalera detrás de todos con no mal aire de conspirador, notó que Nicolás Poulain, despues de haber hablado á muchos de sus cólegas, se aguardaba á la puerta de la entrada.

---Esto debe ser por mí, dijo interiormente Briquet.

Y en efecto, el sub-preboste detuvo á su nuevo amigo en el momento mismo en que iba á pasar y le dijo:

---Supongo que no extrañareis el que la mayor parte de nuestros amigos, para quienes sois extraño, deseen tomar informes acerca de vuestra persona antes de admitiros al consejo.

---Es muy justo, replicó Briquet, y ya sabéis que mi natural modestia me habia ya hecho preveer esta objecion.

---Os hago esa justicia, replicó Poulain: sois todo un hombre.

---Por consiguiente me retiro, prosiguió Briquet, muy gozoso de haber visto en una noche tantos bravos defensores de la union católica.

---¿Quereis que os acompañe?

---Gracias, no merece la pena.

---Es que podrá haber dificultad para que salgais; sin embargo, por otra parte, me están aguardando.

---¿No teneis alguna contraseña para salir? Si así no fuese no os reconoceria mae-se Nicolás, no seria prudente.

---Por supuesto que la hay.

---Pues bien, decidmela.

---En realidad, ya que habeis éntrado...

---Y que somos amigos.

---Pues bien, no teneis mas que decir:
Parma y Lorena.

---¿Y me abrirá el portero?

---Al instante.

---Está bien; gracias. Marchad á vuestros asuntos: yo voy á los míos.

Nicolás Poulain se separó de su compañero y fué á reunirse á sus cólegas.

Briquet dió algunos pasos como si fuera á bajar al patio; pero al llegar al primer peldaño de la escalera se detuvo para explorar las localidades.

El resultado de sus observaciones fué que la bóveda se alargaba paralelamente á la pared exterior, á la que guarecia por medio de un ancho cobertizo. Era, pues, evidente que aquella bóveda conducia á alguna sala baja á propósito para aquella reunion misteriosa, en la que Briquet no habia tenido el honor de ser admitido.

Lo que le confirmó en esta suposicion, que pronto, llegó á ser una certidumbre, fué el percibir una luz por entre la reja de una ventana abierta en aquella pared, y defendida por una especie de embudo de madera, como los que se ponen hoy en

las ventanas de las cárceles ó de los conventos para interceptar la vista de la parte de afuera y no dejar mas que el aire y el aspecto del cielo.

Briquet reflexionó que aquella ventana era la de la sala de las reuniones, y que si se podia llegar hasta ella, el sitio seria favorable para la observacion, y que colocado en aquel observatorio podria muy bien la vista suplir á los demás sentidos.

La dificultad solo consistia en llegar hasta aquel observatorio y tomar puesto en él para ver sin ser visto.

Briquet dirigió una ojeada á su alrededor. Habia en el patio pajes con sus caballos, soldados con sus alabardas y el portero con sus llaves; en suma, personas todas alerta y prevenidas.

Por fortuna el patio era grande y la noche muy oscura.

Por otra parte, habiendo visto pajes y soldados desaparecer á los afiliados por debajo de la bóveda, no se ocupaban ya en nada, y el portero, que sabia que las puertas estaban bien cerradas, y que era imposible que nadie saliese sin la consigna,

no se cuidaba de otra cosa que de preparar su cama para la noche y hacer de vez en cuando sus visitas á una marmita arriada al fuego.

Hay en la curiosidad estímulos tan enérgicos como en los arranques de toda pasión, y es tan grande el deseo de saber, que ha devorado la vida á mas de un curioso.

Hasta entonces habia sido Briquet demasiado bien informado para que no deseara completar sus informes. Dirigió otra mirada en torno suyo, y fascinado por la luz que reflejaba aquella ventana sobre los barrotes de hierro, creyó ver en aquel reflejo una señal de llamamiento y en aquellos barrotes tan relucientes una provocacion á sus robustos puños.

Resuelto, pues, Briquet á apoderarse á todo trance de aquella ventana que habia pensado convertir en observatorio, se deslizó á lo largo de la cornisa que, desde el tramo que parecia continuar como adorno, iba á rematar en aquella ventana y siguió la pared como hubiera podido hacer un gato ó mono marchando apoyado de pies y manos

en los adornos esculpidos en la misma pared.

Si los pajes y soldados hubieran podido distinguir en la sombra aquella silueta fantástica deslizándose por la mitad de aquella pared sin apoyo aparente, de seguro hubieran creído que aquello era cosa de magia, y mas de uno, entre los mas valientes y animosos, hubiera sentido berizarse sus cabellos.

Pero Roberto Briquet no les dejó tiempo para ver sus hechicerias.

En cuatro trancos que dió logró tocar los barrotes, se agarró á ellos, se ocultó entre estos barrotes y el embudo, de modo que no podia ser visto desde fuera, y para los que habia dentro estaba casi enmascarado por la reja.

Briquet no se habia equivocado, y al verse en aquel sitio se consideró suficientemente indemnizado de sus penas y de su audacia.

En efecto, su mirada abarcaba una gran sala alumbada por una lámpara de hierro de cuatro mecheros y llena de armaduras de todas clases, entre las que, buscando bien, hubiera podido reconocer seguramente

sus brazales y su gola.

Lo que habia allí entre picas, alabardas, estoques y mosquetes colocados en monton ó en haces, hubiera bastado para armar á cuatro buenos regimientos.

Briquet prestó, sin embargo, ménos atencion al maguifico órden y arreglo de aquellas armas, que á la asamblea encargada de ponerlas en uso ó de distribuirlas, sus ávidos ojos penetraban en la espesa capa de humo y de polvo para adivinar los rostros conocidos bajo las viseras ó capuebas.

—¡Oh! ¡oh! dijo, allí está maese Cruce, nuestro revolucionario y nuestro pequeño Brigard, el tendero del rincon de la calle de los Lombardos, y maese Leclerc, que se hace llamar Bussy, y que de seguro no se habria atrevido á cometer tal sacrilegio en tiempo en que vivia el verdadero Bussy. Preciso será que pregunte algun dia á ese antiguo maestro en materia de armas si conoce la estocada secreta de que murió en Lyon un tal David, conocido mio. ¡Cáspita! La clase media está grandemente representada; pero la nobleza... ¡ah! aquel es el señor de Mayneville, no hay duda, y aprieta

la mano á Nicolás Poulain: ¡oh! esto es magnífico, edificante, aquí reina la fraternidad. —Pero ¡diablo! ¿es orador M. de Mayneville? Creo que se prepara á pronunciar una arenga. ¡Oh! tiene el gesto agradable y los ojos persuasivos.

En efecto, M. de Mayneville habia comenzado un discurso.

Roberto Briquet meneaba la cabeza mientras M. de Maneyville hablaba, no porque pudiera oír una sola palabra de la arenga, pero interpretaba sus ademanes y los de la asamblea.

—Parece que no persuade á su auditorio. Grucé le pone mala cara; Lachapelle Marteau le vuelve la espalda, y Bussy Leclerc se encoje de hombros. Vamos, vamos, Sr. de Mayneville, hablad, sudad, sed elocuente, ¡voto á crivas! ¡Oh! sea enhorabuena; parece que se reanima el auditorio: todos se acercan, se estrechan las manos y arrojan al aire sus sombreros. ¡Diablo!

Briquet, como hemos dicho, veía y no podía oír; pero nosotros, que asistimos mentalmente á las deliberaciones de la borrascosa asamblea, vamos á decir al lector lo

que acababa de pasar en ella.

En primer lugar, Crucé, Marteau, y Bussy se habian quejado á M. de Mayneville de la inaccion del duque de Guisa.

Marteau, en su calidad de procurador, habia tomado la palabra:

—¿Señor de Mayneville, habia dicho, venis de parte del duque Enrique de Guisa? Gracias y os aceptamos como embajador; pero nos es indispensable la presencia del mismo duque. Despues de la muerte de su glorioso padre, y no teniendo aun mas que diez y ocho años de edad, hizo adoptar á todos los buenos franceses el proyecto de la union y nos ha afiliado á todos bajo esa bandera. Consecuentes con nuestro juramento, hemos espuesto nuestras personas y sacrificado nuestra fortuna por el triunfo de esta santa causa, y hé aquí que, á pesar de nuestros sacrificios, nada se adelanta y nada se decide. Cuidado, Sr. de Mayneville, que pueden cansarse los parisienses; y si Paris se cansa, ¿que harán en Francia? El duque debería pensar en esto seriamente.

Este exordio obtuvo el asentimiento de

todos los de la liga, y Nicolás Poulain sobre todo, se distinguió por su celo en aplaudirlo.

—Señores, si nada se decide es porque nada está maduro todavía. Os suplico que examineis bien el estado actual de las cosas. El duque y su hermano el cardenal se hallan en Nancy en observacion. Mientras el uno levanta un ejército destinado á contener á los hugonotes de Flandes que el duque de Anjou quiere arrojar sobre nosotros para ocuparnos, el otro despacha correo tras correo á todo el clero de Francia y al papa para hacer adoptar la union. El duque de Guisa sabe lo que no sabeis, señores, y es que esa antigua alianza, mal rota entre el duque de Anjou y el Bearnes, está próxima á renovarse. Trátase de ocupar la España por el lado de Navarra é impedirle que nos envíe armas y dinero. Debo deciros además que el duque quiere ante todas cosas, y sobre todo, antes de venir á París, ponerse en estado de atacar la herejía y la usurpacion, pero á falta de M. de Guisa tenemos á M. de Mayeune, que se multiplica como general y como con-

sejero, y al cual espero de un momento á otro.

—Es decir, interrumpió Bussy, que vuestros príncipes estan en todas partes donde nosotros no estamos, y jamas necesitamos que esten. Por ejemplo, qué hace Mme. de Montpensier?

—Mme. de Montpensier ha entrado esta mañana en París.

—¿Y nadie la ha visto?

—Sí por cierto.

—¿Quién?

—Salcedo.

—¡Oh! ¡oh! exclamó toda la asamblea.

—¿Pero se ha hecho invisible? preguntó Cruce.

—Enteramente no, pero si inaccesible, segun creo.

—¿Y cómo se sabe que está aqui? preguntó Nicolás Poulain. No puedo presumir que os lo haya dicho Salcedo.

—Sé que está aqui, respondió Mayneville porque la he acompañado hasta la puerta de San Antonio.

—He oido decir que habian cerrado las puertas, prorrumpió Marteau, que desea-

ha hallar ocasion de pronunciar otro discurso.

---Si, señor, respondió Mayneville con su eterna política, de la que ningun ataque podia hacerle salir.

---Entonces, ¿cómo se ha compuesto Mad. de Montpensier para que le abran las puertas?

---A su manera.

---Tiene el poder de hacer que le abran las puertas de Paris, dijeron los de la liga, celosos y suspicaces como lo son siempre los pequeños cuando forman alianza con los grandes.

---Señores, dijo Mayneville, ha pasado esta mañana en las puertas de Paris una cosa que al parecer ignorais, ó por lo menos no sabeis sino de una manera vaga. Habíase dado la consigna de no dejar pasar la barrera sino á aquellos que lleváran una carta de admision. Por quien debia ir firmada esta carta, lo ignoro. El resultado es que al llegar nosotros á la puerta de S. Antonio se presentaron cinco ó seis hombres, cuatro de ellos muy pobremente vestidos de bastante mala traza, y como estos seis

hombres eran portadores de estas cartas obligadas, pasaron por delante de nosotros, y por cierto que algunos de ellos tenían el insolente descaro de gentes que se creen en país conquistado. ¿Quiénes son estos hombres y qué cartas son esas? Respondednos, señores de París, vosotros que teneis el encargo de no ignorar nada tocante á los negocios de vuestra ciudad.

De este modo Mayneville de acusado se habia hecho acusador, lo cual debe atribuirse solamente al poder de la oratoria.

--¿Cartas, personas insolentes, admisiones excepcionales en las puertas de París! ¡Oh! ¡Oh! ¿qué quiere decir esto? preguntó Nicolás Poulain pensativo.

--Si no sabeis esas cosas, vosotros que vivís aquí, ¿cómo hemos de saberlas nosotros que vivimos en Lorena, pasando todo nuestro tiempo en correr por los caminos para juntar los dos cabos de ese círculo que se llama union?

--Y en fin, esas gentes, ¿cómo venian?

--Los unos á pié y los otros á caballo: los unos solos y los otros con los lacallos.

--¿Son criados del rey?

---Tres ó cuatro tenían la traza de mendigos.

---¿Son gente de guerra?

---No habia mas que dos espadas entre los seis.

---Serán extranjeros.

---Creo que sean gascones.

---¡Oh! exclamaron algunas voces con acento de desprecio.

---No importa, dijo Bussy, aunque fuesen turcos deben despertar nuestra atencion. Se tomarán informes acerca de ellos: señor Poulain, este negocio es de vuestra incumbencia, pero todo esto nada nos dice de los asuntos de la liga.

—Hay un nuevo plan, respondió M. de Mayneville. Mañana sabreis que Salcedo, que ya nos habia vendido, y que debia de vendernos mas todavía, no solamente no ha hablado, sino que se ha retractado sobre el cadalso, gracias á la duquesa, que habiendo entrado en pos de uno de esos portadores de cartas tuvo valor de penetrar hasta el cadalso, á riesgo de ser magullada y pisoteada mil veces, y de presentarse al reo á riesgo de ser conocida. En este

momento fué cuando Salcedo se detuvo en su efusion; un instante despues le detenia el verdugo en su arrepentimiento. Asi que señores, nada teneis que temer respecto á nuestras empresas de Flandes, por que ese secreto terrible ha caido rodando en una tumba.

---Esta última frase fué la que puso de acuerdo á los de la liga con M. de Mayneville.

Briquet adivinaba por sus movimientos la alegría que se habia apoderado de ellos; pero esta alegría le inquietaba mucho, y le obligó al parecer á tomar una resolucion repentina.

Dejóse deslizar desde lo alto de su embudo sobre el pavimento del patio, y se dirigió hácia la puerta, donde se abrió paso pronunciando las dos palabras: *Parma y Lorena,*

Cuando se halló en la calle respiró tan estrepitosamente, que se dejaba conocer hacia mucho tiempo retenia su aliento.

El conciliábulo duraba todavía: la historia nos dice lo que pasó en él.

M. de Mayneville llevaba de parte de los

Guisa á los insurgentes futuros de París todo el plan de la insurreccion, reducido nada menos que á degollar á los personajes importantes de la ciudad conocidos por partidarios del rey; recorrer las calles gritando *viva la misa, mueran los políticos*, y promover así otra jornada de San Bartolomé con los viejos vestigios de la antigua, solo que en esta se confundia á los católicos refractarios con los hugonotes de toda especie.

Obrando así se servia á dos dioses: al que reina en el cielo y al que iba á reinar en Francia:

El eterno y M. de Guisa.



CAPITULO XII.

LA CAMARA DE S. M. EL REY ENRIQUE III. EN EL LOUVRE.

EN esta gran cámara del Louvre, donde ya han entrado nuestros lectores tantas veces con nosotros, y en la que hemos visto al pobre Enrique III pasar horas tan largas y crueles, vamos á encontrarle de nuevo, no ya rey ni señor, sino abatido, pálido, inquieto y entregado sin reserva á los tormentos que su imaginacion le causa evocando bajo estas ilustres bóvedas las sombras de cuantos podian pesar en su memoria.

Enrique habia variado en gran manera desde la fatal muerte de sus amigos que en otro lugar hemos referido: aquel duelo habia pasado sobre su cabeza como un huracan devastador, y el pobre rey que, recordando sin cesar que era hombre, no habia constituido su fuerza y su confianza mas que en las afecciones privadas, se habia visto despojar por la envidiosa muerte de toda confianza y de toda fuerza, anticipando asi el momento terrible en que los reyes comparecen ante Dios, solos, sin amigos, sin escolta y sin corona.

Enrique III. habia recibido crueles golpes. Cuanto amaba habia sucumbido en su rededor. Despues de Schomberg, Quelus y Mangiron, muertos en desafio por Livarot y Antraquet, Saint-Megim habia sido asesinado por M. de Mayeune: su lacerado corazon sangraba todavia. El cariño que profesaba á sus nuevos favoritos, Epernon y Joyeuse, parecia al que concentra en sus demas hijos un padre que ha perdido los que mas queria; aun conociendo los defectos de los que les han sobrevivido ama, les condecora y les cuida para preservar en lo po-

sible sus cabezas de la mortal segur.

Habia colmado de bienes á Epernon, y sin embargo, le amaba solo por capricho; hasta en momentos dados le aborrecia. Entonces era cuando Catalina, esa despiada consuegra, en la que siempre brillaba el pensamiento como la lámpara en el tabernáculo, tomaba la voz del pueblo para censurar las afecciones del rey.

No hubiera tenido jamás el poco tacto de decirle, cuando dejaba exausto el tesoro para erigir en ducado la tierra de Lavalette engrandeciéndola con largueza real: --"Señor, odiad á esos hombres que no os aman, ó, lo que es peor, no os quieren mas que por su propio interés." Pero cuando veia al rey fruncir el entrecejo, y le oia en un momento de hastio acusar á Epernon de avaricia ó de cobardía, hacia resonar las inflexibles palabras que reasumian todas las quejas del pueblo y de la soberanía contra Epernon, y que marcaban una nueva huella en el aborrecimiento real.

Epernon, gascon á medias, habia penetrado, con su perversidad y sutileza naturales en él, cual era el flaco del rey;

sabia ocultar su ambicion, ambicion vaga y cuya tendencia le era aun desconocida; su codicia le servia de brújula para dirigirse hácia el lejano é ignorado horizonte que le ocultaba aun el de su porvenir, y solo se gobernaba guiado por esa misma codicia.

Hallábase por casualidad algo provisto el tesoro, veíase á Epernon surgir y acercarse haciendo genufleksiones y con risueña faz; hallábase exhausto el erario, desaparecia con desdeñoso ademan y fruncido entrecejo para encerrarse en su palacio, donde lamentaba su miseria, hasta que encontraba el flaco del corazon del pobre rey, y conseguia algun nuevo don.

Para él era un oficio el favoritismo, oficio de que sabia sacar habilmente todos los rendimientos posibles. Al principio se contentaba con no consentir al rey el menor retardo en pagar los caidos; luego, cuando se hizo cortesano y las caprichosas auras del favor real fueron bastante frecuentes para dar solidez á su cerebro gascon, consintió en tomarse parte del trabajo, es decir, en cooperar á la nueva entrada de los

Sondos, que visaba como su presa.

Esta necesidad le obligaba, bien lo conocia, á erigirse en cortesano activo, que es el peor de todos los estados, de cortesano perezoso que era, ó sea la mejor de todas las condiciones. Entonces deploró bien amargamente los dulces ocios de Quelus, Schomberg y Mangiron, que en su vida habian hablado de negocios públicos ni privados, y que tan facilmente convertian el favor en dinero, y el dinero en placeres; pero los tiempos habian variado; la edad de hierro habia sucedido á la edad de oro: el dinero no venia ya como antiguamente; era preciso ir á su encuentro, rebuscar, para obtenerle, en las venas del pueblo como en una mina agotada á medias. Epernon se resignó, lanzándose hambriento en los intrincados laberintos de la administracion, devastándolo todo á su paso y apremiando, sin tener en cuenta las maldiciones, siempre que los escudos de oro ahogaban la voz de los quejosos.

El rápido, aunque incompleto bosquejo que hemos trazado del carácter de Joyeuse, bastará para que el lector comprenda la di-

ferencia que habia entre los dos favoritos que se repartian, no diremos la amistad, sino esa ámplia porcion de influencia que Enrique dejaba siempre tomar á los que le rodeaban sobre la Francia y sobre él mismo. Joyeuse, aunque naturalmente y sin reflexionar, habia seguido la ruta y adoptado la tradicion de los Quelus, de los Schomberg, de los Mangiro y de los Saint-Megim; amaba al rey y se dejaba indolentemente querer de él; solo que todos esos extraños rumores, que un dia corrieran sobre la portentosa amistad que el rey profesaba á los predecesores de Joyeuse, habian desaparecido con ella; ninguna infame nota mancillaba el afecto casi paternal de Enrique hácia Joyeuse. Vástago de una familia ilustre y honrada, Joyeuse ostentaba al menos en público el respeto á la soberania, y su familiaridad no salvaba jamás ciertos limites. En medio á la vida moral, Joyeuse era un verdadero amigo para Enrique; pero este medio apenas se ofrecia jamás. Ana era jóven, arrebatado, enamorado, y cuando se hallaba en esta última situacion, egoísta; era poco para él ser di-

choso por medio de el rey devolviendo la felicidad asi ocasionada hácia su fuente; pero éralo todo el ser feliz de cualquier modo que fuese. Bizarro, hermoso, rico, brillaba con ese triple esplendor que constituye en torno á un rostro juvenil una aureola de amor; la naturaleza habia sido demasiada pródiga para con Joyeuse, y Enrique maldecia á veces á la naturaleza, que le habia dejado á él, siendo rey, tampoco que hacer por su amigo.

Enrique conocia bien á estos dos hombres, y amábales sin duda á causa del contraste. Bajo su aspecto esceptico y supersticioso, ocultaba Enrique un fondo de filosofia, que sin su madre se hubiera desenvuelto en sentido provechoso y bienhechor.

Vendido con frecuencia, Enrique nunca fué engañado.

Así qué, tan perfectamente inteligencia del carácter de sus amigos, tan profundamente convencido de sus defectos y cualidades, lejos de su lado, aislado, triste, pensaba en ellos en esta cámara sombría, pensaba en él, en su vida, y apercibía en

las sombras los fúnebres horizontes ya delineados en el porvenir por muchas miradas menos penetrantes que la suya.

Lo respectivo á Salcedo le habia afectado. Solo entre dos mugeres en aquel momento, Enrique habia echado de ver su aislamiento; la debilidad de Luisa le entristecia; la fuerza de Catalina le espantaba. Enrique, por fin, sentia en su interior este vago y eterno terror que experimentan los reyes marcados por la fatalidad de que en ellos y con ellos se estinga una raza.

Apercibir, en efecto, que aunque elevado sobre todos los hombres, esta grandeza carece de base sólida; comprender que uno es la estatua que se inciensa, el idolo que se adora, pero que los sacerdotes y el pueblo, los adoradores y los ministros, os deponen ó enaltecen segun cumple á su interés, os hacen oscilar á su capricho, es para un génio altivo la mayor de las desgracias. Enrique pensaba así y se irritaba de pensarlo.

Y sin embargo, de vez en cuando recuperaba la energia de su juventud amortiguada en él con mucha antelacion á su término natural.

—A pesar de todo, se decía, ¿por qué me he de inquietar? No estoy espuesto á guerras; Guisa está en Nancy, Enrique en Pau; el uno se vé obligado á comprimir en el pecho su ambicion, el otro jamás la ha tenido. Los espíritus se calman: ningun francés ha tomado sériamente esa empresa imposible de destronar su rey; esa tercera corona prometida por medio de las tigras de oro de Mme. de Montpensier es solo una hablilla de muger lastimada en su amor propio; solo mi madre sueña siempre con la fantasma de usurpacion, sin poder designarme sériamente el usurpador; pero yo que soy hombre y jóven aun, á pesar de mis penas, sé á que atenerme respecto á los pretendientes que teme ella.

---Pondré á Enrique de Navarra en ridiculo, haré odioso á Guisa, y disiparé con la espada en la mano las ligas estrangeras. ¡Por Cristo! No valia mas de lo que ahora valgo en Jarnac y en Moncontour.

---Si, proseguia Enrique inclinando la cabeza sobre el pecho; si, pero entretanto me fastidio, y es cosa mortal esto de fastidiarse. Hé aqui mi único, mi verdadero

conspirador, el fastidio, y jamás me habla mi madre de él. ¡Si vendrá alguno á acompañarme esta noche! Joyeuse me habia prometido tan de veras estar aqui temprano: él se divierte al fin; ¿pero cómo diablo se maneja para divertirse? ¿Y Epernon? ¡ah! este no se divierte: se enfurruña: aun no ha realizado su impuesto de veinte y cinco mil escudos sobre el ganado vacuno y lanar; y bien, ¡que diablo! que se enfurruñe cuanto guste.

—Señor, dijo el ugier, el señor duque de Epernon.

Cuantos conocen el fastidio de la expectativa, las recriminaciones que sugiere contra las personas esperadas, la facilidad con que se disipa la nube cuando la persona se presenta, comprenderán la diligencia con que el rey ordenó que se aproximase un asiento de tigura para el duque.

—¡Hola, duque! buenas noches: me alegro mucho de veros.

Epernon se inclinó respetuosamente.

—¿Por qué no habeis ido á ver descuartizar á ese picaro español? Bien sabiais que se os reservaba un lugar en mi balcon,

pues habia enviado á deciroslo?

---Señor no he podido.

---¿No habeis podido?

---No, señor, tenia que hacer.

---¿No diria cualquiera que es mi ministro con su aspecto azorado, y que viene á anunciar que un subsidio no ha sido pagado? dijo Enrique encogiendo los hombros.

---A fe mia, dijo Epernon recogiendo en el aire la pelota, V. M. ha acertado; no se ha pagado el subsidio, y estoy sin un escudo.

—Bueno, repuso Enrique con impaciencia.

—Pero, insistió Epernon, no se trata ahora de eso y me apresuro á decirlo á V. M., porque podria creer que me he estado ocupando de esos asuntos.

—Veamos, pues, de cuales.

—Ya sabe V. M. lo que ha pasado en el suplicio de Salcedo.

—¿Yardiez, como que estaba alli.

—Se ha tratado de sustraer al condenado.

—No he visto semejante cosa.

—Sin embargo, tal es el rumor que corre por la ciudad.

—Rumor sin causa y sin resultado; nadie se ha movido.

—Creo que V. M. está en un error.

—¿Y en qué fundas tu creencia?

—En que Salcedo ha desmentido ante el pueblo lo que había dicho ante los jueces.

—¡Ah! ¿conque sabes eso?

—Siempre procuro inquirir cuanto interesa á V. M.

—Gracias: ¿pero á dónde quieres ir á parar con ese preámbulo?

—A esto: un hombre que muere, como Salcedo, es todo un buen servidor, señor.

—¿Y qué más?

—El amo que tiene tales servidores es muy afortunado; no hay más.

—¿Y quieres decir que yo no los tengo tan buenos, ó que no los tendré ya? Tienes razón, si es eso lo que quereis significar.

—No es eso, señor: V. M. encontrará cuando lo necesite, y nadie mejor que yo puede responder de ello servidores tan fieles como los que ha hallado el amo de Salcedo.

—¡El amo de Salcedo, el amo de Salce-

do! Llamad, pues, de una vez las cosas por su nombre, todos vosotros que me rodeais. ¿Cómo se llama ese amo?

—V. M. debe saberlo mejor que yo, pues que se ocupa de la política.

—Yo se lo que sé. Decidme vos lo que sabeis.

—Yo nada sé; únicamente sospecho algunas cosas.

—Bueno, dijo Enrique enfadado, ¿venís aquí para asustarme y decirme cosas desagradables, no es eso? Gracias, duque, os reconozco en ese rasgo.

—¿Cómo ha de ser! Ya me maltrata V. M.

—Y creo que con justicia.

—No, señor. Las advertencias de un hombre leal y adicto pueden ser mal recibidas; mas no por eso deja este hombre de cumplir con su deber haciéndolas.

—Eso es de mi incumbencia.

—¡Ah! pues que V. M. lo toma así, tenéis razón, señor, no hablemos mas.

Sucedió á esta conversacion un profundo silencio, que el rey rompió diciendo:

—Vamos, duque, no me entristezcas. Estoy ya tan lúgubre como un Faraon de Egip-

to en su piramide. Distráeme.

—¡Ah, señor! La alegría no se prescribe.

El rey dió cólerico un puñetazo en la mesa.

—Duque, sois un terco, un malamigo, exclamó. ¡Ay de mí! ¡No creia haber perdido tanto cuando me ví privado de mis antiguos servidores!

—¿Me atreveria á hacer presente á V. M. que apenas presta alas y ánimo á los nuevos?

El rey se calló otra vez, y por toda respuesta miró á aquel hombre, cuya inmensa fortuna habia labrado, con la mas significativa espresion.

Epernon comprendió, y con el tono de un Faraon completo, dijo:

—V. M. me reprocha sus beneficios. Por mi parte no hago alarde de mi adhesion.

Y el duque, que aun estaba en pie, tomó la silla de tijera que el rey habia mandado se le pusiese.

—Lavalette, Lavalette, repuso Enrique con tristeza, me estás destrozando el corazon, tu que tienes tanto ingenio, tu que podrias hacerme alegre y risueño con tu buen humor. Dios sabe que no he aludi-

do á Quelus, tan bizarro, ó Schomberg, tan bueno, á Mangiron tan quisquilloso con cuanto atañia á mi honor. No, aun habia á la sazón un Bussy, Bussy, que no era de los míos, si quieres, pero que lo hubiese sido á no haber temido dar celos á los otros, Bussy, que es la causa involuntaria de su muerte. ¡Ay de mí! A dónde voy á parar, que echo de menos hasta á mis enemigos! En verdad los cuatro eran á cual mejores. ¡Ay Dios mío! No te enfades porque digo esto. ¿Qué quieres Lavalette? No es propio de tu genio el dar á cada paso estocadas y acibarazo á todo yente y viniente; pero al fin, caro amigo, si no eres camorrista y espadachin, eres jocosó, astuto y buen consejero á veces. Conoces todos mis asuntos, como aquel otro humilde amigo junto al que jamás experimenté un momento de fastidio.

—¿De quien quiere hablar V. M.?

—A él debias parecerte, Epernon.

—Mas para ello necesito saber á quien echa V. M. de menos.

—¡Oh! pobre Cbicot, ¿dónde estás?

Epernon se levantó picado.

—¿Que haces? dijo el rey.

—Parece, señor, que V. M. está hoy de recuerdos, pero no felices para todos.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque V. M., tal vez sin intencion me compara con maese Chicot, cuya comparacion es bien poco lisongera.

—Estás en un error, Epernon. No puedo comparar con Chicot mas que un hombre á quien yo ame y me ame, porque era todo un servidor leal é ingenioso.

Y Enrique exaló un hondo suspiro.

—Presumo que V. M. no me ha hecho duque para asimilarme á maese Chicot, dijo Epernon.

—Vamos, no hagamos recriminaciones, repuso el rey con tan maliciosa sonrisa, que el gascon, tan impudente y astuto á veces, se vió abochornado por aquel tímido sarcasmo en mayor grado que lo hubiera sido por una sangrienta inculpacion.

—Chicot me amaba, continuó Enrique, y me falta: hé aquí cuanto puedo decir. ¡Ay! ¡Cuando reflexiono que en ese mismo sitio en que te hallas han estado todos esos jóvenes, bizarros, apuestos y leales, que

mas allá en el sillón donde has puesto tu sombrero se ha dormido Chicot mas de cien veces!

—Eso sería quizás muy chistoso, interrumpió Epernon, pero bien poco respetuoso.

—¡Ay de mí! continuó Enrique: ese amigo querido no tiene ya hoy chistes ni vida.

Y agitó tristemente su rosario de calaveras, que dió un sonido lúgubre, cual si efectivamente hubiera sido de verdaderas osamentas.

—¿Y qué ha sido de vuestro Chicot? preguntó con indiferencia Epernon.

—¡Há muerto! contestó Enrique; ha muerto como todo lo que me ha amado.

—Pues bien, señor, repuso el duque, creo en verdad que ha hecho bien en morir: se iba haciendo viejo, mucho menos, sin embargo, que sus gracias, y me ha dicho que la sobriedad no era su virtud favorita. ¿De qué ha muerto el pobre diablo, señor, de indigestion?

—Chicot ha muerto de tristeza, mal corazón, replicó el rey con acritud.

—Os diría eso para haceros reir por última vez.

—Te engañas, pues ni aun quiso entristecerme con la noticia de su enfermedad, y era porque sabia cuanto echo de menos á mis amigos, él, que tantas veces me ha visto llorarlos.

—Entonces su sombra es la que ha vuelto.

—¡Ojalá volviese á verle, aun en sombra! No: su amigo el prior Gorenflot me ha escrito tan triste noticia.

—¿Gorenflot? ¿quién es ese?

—Un santo hombre al que hice prior de los jacobinos, y que habita este hermoso convento en las afueras de la puerta de San Antonio, frente á la cruz Faubier, cerca de Bel-Esbat.

—¡Muy bien! Algun mal predicador á quién V. M. habrá dado un priorato de treinta mil libras, y al que se guardará muy bien de echar nada en cara.

—¿Vas ahora á volverte impio?

—Como eso pudiese distraer á V. M. lo intentaría.

—¿Quieres callarte, duque? ¡Ofender á Dios!

—Chicot era bien impio, y me parece que se le perdonaba esta falta.

—Chicot vino en una época en que aun me podia yo reir de algo.

—Entonces hace mal V. M. en echarle de menos.

—¿Por qué?

—Si ya no puede V. M. reirse de cosa alguna, por alegre que fuese Chicot no le serviria de gran cosa.

—El era apto para todo, y no le echo de menos solo por su ingenio.

—¿Pues por qué otra cosa? No creo que sea por su figura, porque maese Chicot era bien feo.

—Daba prudentes consejos.

—Vaya, voy viendo que si viniese V. M. haria de él un guarda-sellos, así como ha hecho un prior de ese frailuco.

—Cuidado, duque: no os riais de los que me han atestiguado su adhesion y afecto, y á quienes yo mismo he querido. Chicot, desde que ha muerto, es para mí tan respetable como un amigo sério, y cuando no tengo ganas de reir no me gusta que se ria nadie en mi presencia.

—Está bien, señor; no tengo yo mas gana de reir que V. M. Lo que decia es

que ahora mismo echábais de menos á Chicot por su buen humor, que hace poco me encargábais os divertiese, al paso que deseais ahora que os contristese.... ¡Voto á mil diablos!.... ¡Ay! perdon, señor: siempre se me escapa este maldito juramento.

---Bien, bien, ahora ya me ha enfriado, y estoy en la disposición que querias verme cuando has empezado la conversacion con tan siniestras palabras. Dime, pues tus malas noticias, Epernon; en el rey hay siempre fuerza de hombre.

---No lo dudo, señor.

---Es una felicidad, porque estando tan mal guardado, si yo mismo no me guardase seria asesinado diez veces al dia.

---Lo cual no desagradaria á ciertas gentes que conozco.

---Contra esas, duque, tengo las alabardas de mis suizos.

---Eso es impotente para alcanzar de lejos.

---Contra los que hay que alcanzar de lejos tengo los mosquetes de mis arcabuceros.

---Son incómodos para herir de cerca; para defender el cuerpo del rey lo que vale

más que alabardas y mosquetes son pechos decididos.

---¡Ah! dijo Enrique; en otro tiempo los tenía, y en esos pechos palpitaban nobles corazones: jamás hubieran llegado á tocarme en tiempo de esas murallas vivas que llamaban Quelus, Schomberg, Saint-Luc, Mangiron y Saint-Megim.

---¿Y es eso lo que V. M. echa de menos? preguntó Epernon contando con tomar su revancha cogiendo al rey en flagrante delito de egoísmo.

---Ante todo noto la falta de los corazones que latian en esos pechos, repuso Enrique.

---Señor, dijo Epernon, si me atreviese haria presente á V. M. que soy gascon, es decir, previsor é industrioso, que procuro suplir con el talento las cualidades que me ha negado la naturaleza, en una palabra, que hago cuanto puedo, es decir, cuanto debo, y que por consecuencia tengo el derecho de decir: "caiga el que caiga."

---¡Hola! ¡así esquivas las dificultades! ¿Vienes con gran prosopopeya á describirme los grandes peligros que corro, falsos

ó verdaderos, y cuando has conseguido asustarme, crees quedar bien diciendo "caiga el que caiga, suceda lo que quiera?"
Gracias, duque, mil gracias.

---¿Quiere V. M. creer algo de esos riesgos?

---Bien; creeré en ellos si me pruebas que puedes conjurarlos.

---Es claro que puedo.

---¿Puedes?

---Sí señor.

---Ya sé que tienes tus recursitos y hasta mañas, zorrastron.

---Algo mas que recursitos,

---Veamos cuáles.

---¿Quieres V. M. levantarse?

---¿Para que?

---Para venir conmigo hasta los antiguos edificios del Louvre.

---¿Hacia la calle de la Astruce?

---Precisamente en el sitio en que se ocupaban de construir un guarda-muebles, proyecto que se ha abandonado desde que V. M. no quiere otros muebles que reclinatorio y rosarios.

---¿A esta hora?

—Ahora dan las diez en el reloj del Louvre: me parece que no es tan tarde.

—¿Y qué veré en ese edificio?

—¡Diantre! Si os lo digo no vendreis.

—¿Está lejos, duque?

—Por las galerías se va en cinco minutos, señor.

—¡Epernon, Epernon!

—¿Qué decidís, señor?

—Si lo que vas á enseñarme no merece la pena, ay de tí!

—Aseguro á V. M. que será muy curioso.

—Vamos, pues, dijo el rey haciendo un esfuerzo para levantarse.

El duque tomó su capa y presentó al rey su espada; despues, tomando una luz, fué precediendo en la galeria á S. M. Cristianisima, que le seguia con tardo y decaido paso.



CAPITULO XIII.

EL DORMITORIO.

AUN cuando todavia no fuesen mas que as diez, como habia dicho Epernon, reinaba un silencio mortal en el Louvre; el viento que soplabá con fuerza apenas dejaba sentir el paso de los centinelas y el crugido de los puentes levadizos.

En menos de cinco minutos los dos paseantes llegaron á los edificios de la calle de la Astruce, que habian conservado este nombre aun despues de la edificacion de S. German d' Auxerrois.

El duque sacó una llave de su limosnera, bajó algunos escalones, atravesó un pequeño patio, abrió la puerta abovedada, enclavada bajo un dosel de raíces amarillentas y obstruida la entrada por multitud de yerbajos.

Anduvo unos diez pasos á través de un sombrío pasadizo, al fin del cual se halló en un patio interior, en uno de cuyos ángulos habia una escalera de piedra.

Esta escalera conducia á una vasta habitacion, ó mas bien, á un inmenso corredor, de que tambien tenia Epernon la llave.

Abrió muy despacio la puerta, é hizo notar á Enrique el extraño mueblaje que al abrir esta puerta se presentó á la vista.

Cuarenta y cinco camas le componian. Cada una de estas camas tenia un durmiente.

El rey examinó todas estas camas, todos estos durmientes, y luego, volviéndose al duque con inquieta curiosidad, preguntó:

—¡Y bien! ¿qué gente es esta que duerme?

—Gente que duerme hoy toda pero que desde mañana ya no dormirán, mas que por turno se, entiende.

—¿Y por qué no dormirán ya?

—Para que V. M. pueda dormir bien.

—Esplicáte; ¿todos estos hombres son, según eso, amigos?

—Escogidos por mí, señor, entresacados como el grano al aventarle; guardas intrépidos que no abandonarán á V. M., cual si fuesen su sombra, y que nobles todos, con decreto de ir por dó quiera que V. M. vaya, á nadie permitirán que os aproxime á distancia de una espada.

—¿Y has inventado tu eso, Epernon?

—¡Por Dios vivo! Si, señor, yo solo.

—¿Causará risa?

—Al contrario, causará miedo.

—¿Son acaso tan terribles tus gentiles hombres?

—Señor, es una jauría que lanzareis contra la clase de caza que mejor os plazca, y que no conociendo mas que á V. M., no teniendo relaciones mas que con vuestra augusta persona, de vos solo han de obtener luz, calor y vida.

—Pero esto me va á arruinar.

—¿Acaso puede arruinarse nunca un rey?

—Ya no puedo pagar los suizos.

Comtenplad bien á esos recién venidos,

señor, y decidme si os parecen gente de mal gusto.

El rey echó una mirada por el largo dormitorio que ofrecia un aspecto digno de atencion, aun para un rey acostumbrado á las bellas divisiones arquitectónicas.

Esta larga sala se hallaba dividida en toda su longitud por un tabique, á uno de cuyos costados habia colocado el arquitecto cuarenta y cinco alcobas, colocadas á manera de celdas, unas al lado de otras, y terminando junto á la entrada donde estaban el rey y Epernon.

En cada una de las alcobas habia una puerta: daba paso á una habitacion inmediata.

De esta ingeniosa distribucion resultaba que cada gentil hombre tenia para los usos de su vida pública y privada.

Para el público la alcoba.

Para la familia en la habitacion contigua.

Cada una de estas pequeñas estancias tenia salida á un balcon que ocupaba todo el frente del edificio.

El rey no comprendió al golpe estas sutiles distinciones.

—¿Por qué me lo haces ver durmiendo

todos en sus camas? preguntó el rey.

—Señor, porque he pensado que así sería mas fácil á V. M. inspeccionarlos. A mas, estas alcobas numeradas tienen la ventaja de trasmitir su número al que las ocupa. Así, cada uno de estos locatarios será, según la necesidad, un hombre ó un número.

—Está bien imaginado, repuso el rey, sobre todo si solo nosotros conservamos la clave de esta aritmética. Pero los desgraciados se sofocarán de vivir siempre en este chiribitil.

—V. M. vá á dar, si gusta, una vuelta conmigo entrando en el alojamiento de cada uno de ellos.

—¡Diablo, qué guarda-muebles acabas de improvisarme, Epernon! dijo el rey fijando la vista en las sillas cargadas de los vestidos de los durmientes. Si encierro en ella los pingajos de todos estos mostrencos tendrá París para reir en grande.

—Es lo indudable, señor, contestó el duque, que mis cuarenta y cinco no están vestidos con gran suntuosidad; pero, señor, si todos hubiesen sido duques y pares....

—Sí, ya comprendo, repuso el rey son-

riéndose, me costarían mas de lo que van á costarme.

—Justamente, señor.

—¿Y cuánto me costarán? Veamos. Eso me decidirá quizás, porque la facha en realidad no es seductora.

—Ya sé, señor, que están un poco flacos y tostados del sol que hace en nuestras provincias del Sur, pero yo estaba flaco y moreno como ellos cuando vine á París: ya engordarán y blanquearán como yo.

—¡Hum! hizo Enrique echando una mirada oblicua sobre Epernon; y continuó despues de una pausa.

—¿Sabes que tus hidalgos roncan como sochantres?

—Señor, es preciso no juzgarles por esta primer visita, porque hoy han comido fuerte, y ya veis....

—Calla, ahí tienes uno que sueña en alta voz, interrumpió el rey prestando curiosa atencion,

—¿De veras?

—Sí; pero, ¿qué dice? Escucha.

En efecto, uno de los hidalgos, con la cabeza y brazos fuera del lecho, entreabier-

ta la boca, suspiraba algunas palabras con melancólica sonrisa.

El rey se aproximó á él de puntillas.

—¡Si sois una muger, decia, huid, huid pronto!

—¡Ah! ¡ah! dijo Enrique, este es galante cuando menos.

—¿Qué decis, señor?

—Me agrada bastante su fisonomía.

Epernon aproximó la luz á la alcoba.

—Y además, tiene manos blancas y peinada la barba.

—Es el caballero Ernauton de Carmainges, un guapo mozo que hará carrera.

—Sin duda el pobre diablo ha dejado en su país algun amor en erupcion!

—Para no tener otro amor que el de su rey, señor: tendremos en cuenta este sacrificio.

—¡Oh!, ¡oh! hé aqui una figura estrafalaria, al lado de tu caballero. —¿Como le llamabas?

—Ernauton de Carmainges.

—¡Ah, si!--¡Demonche, que camisa, tiene número tres! Cualquiera la tomaria por un saco de penitente.

—Este es M. de Chalabre; si este arruina á V. M. no es sin enriquecerse, os lo aseguro.

—¿Y esta otra cara sombría, y que no tiene aire de soñar con amores?

—¿Qué número, señor?

—El doce.

—Buena espada, corazon de bronce, hombre de recursos, M. de Sainte - Maline, señor.

—Calla, ahora caigo en ello; ¿sabeis que has tenido una buena idea, Lavalette?

—Ya lo creo; figuraos, señor, qué efecto van á producir estos nuevos perros de guarda, que seguirán á V. M. como su misma sombra, estos colosos que en parte alguna se han visto, y que van á presentarse en la primera ocasion de un modo que nos hará honor á todos.

—Si, si, tienes razon, es una buena idea. Pero aguarda.

—¿El qué?

—Presumo que no van á seguirme como mi sombra en este equipaje. Mi cuerpo es bien contorneado, y no quiero que su sombra, ó mas bien, que sus sombras, le deshonren.

—¿Conque volvemos á la cuestion de números, señor?

—¿Creias eludiria?

—Al contrario, en todas las cosas es la cuestion fundamental; pero respecto á estos números tengo otra idea.

—¡Epernon! ¡Epernon! dijo el rey.

—¿Qué quereis, señor? el deseo de agradar á V. M. duplica mi imaginacion.

—Vaya, veamos esa idea.

—Pues bien; si dependiese de mí, cada uno de estos hidalgos hallaria mañana sobre la silla que tiene sus harapos, una bolsa de mil escudos por pago del primer semestre.

—¡Mil escudos por el primer semestre! ¡seis mil libras al año! Vamos, duque, estás loco. Un regimiento entero no costaria eso.

—Olvidais, señor, que están destinados á ser la sombra de V. M., y vos mismo habeis dicho que deseais que vuestras sombras estén decentemente vestidas. Cada cual tendrá que sacar de esos mil escudos lo necesario para vestirse y armarse de modo que os honre. Y tocaute al honor, dejar la cuerda algo floja á los gascones. Asi pues, contando mil quinientas libras para el equipo,

serian solo cuatro mil quinientas libras para el primer año, por cada uno de los sucesivos.

—Eso es mas aceptable.

---¿Y acepta V. M.?

---No hay mas que una dificultad, duque.

---¿Cual?

---¿La falta de fondos?

---Maldito, tu debes saber mejor que otra persona cuán convincente y esacta es la razon que te doy, tu, que no has podido hacer aun efectiva tu derrama.

---Señor, he escogitado un medio.

---¿De hacerme con dinero?

---Para vuestra guardia, si, señor.

---Alguna treta de avaro, dijo el rey en su interior mirando de soslayo á Epernon. Luego añadió en voz alta:

---Veamos ese medio.

---Hoy justamente hace seis meses que se registró un edicto concerniente á los derechos de la caza y la pesca.

---Es posible.

---El pago del primer semestre ha producido sesenta y cinco mil escudos, que el tesorero del bolsillo secreto iba á po-

ner en caja esta mañana, cuando le previene no lo hiciese, de modo, que en vez de entregarlo, el tesorero tiene el producto de esta contribucion á disposicion de V. M.

---Estaba destinado al sosten de la guerra, duque.

---Pues justamente, señor, la primera condicion de la guerra es tener hombres; el primer interés del Estado es la defensa y seguridad del rey, pagando la guardia del rey se llenan todas estas condiciones.

---No es mala esa razon; pero segun tu cuenta, no veo que se necesiten emplear mas que cuarenta y cinco mil escudos: van á quedarme veinte mil para mis regimientos.

---Perdonad, señor, pero si V. M. no dispone otra cosa en contrario, he dispuesto de esos veinte mil escudos.

---¡Ah! ¿has dispuesto de esa suma?

---Si, señor, los tomaré en cuenta de mi impuesto.

---Estaba seguro de ello, me das una guardia para redondear tu bolsillo.

---¡Por Dios, señor!

---¿Pero por qué precisamente ese número de cuarenta y cinco? preguntó el rey

llamándole la atención otra idea.

---Hé aquí la razón, señor. El número tres es primordial y divino. Además, es cómodo. Por ejemplo, cuando un gineco tiene tres caballos, nunca se queda á pié: el segundo reemplaza al primero que está cansado, y luego queda otro para suplir al segundo en caso de herida ó enfermedad. Así V. M. tendrá constantemente tres veces quince gentiles hombres. Quince de servicio, treinta que descansarán. Cada servicio durará doce horas, y durante ellas tendreis siempre cinco á la derecha, cinco á la izquierda, dos delante y tres de trás.

Veremos si hay quien se atreva á atacarnos con semejante escolta.

---¡Por Cristo! está hábilmente combinado, duque, y te felicito por el pensamiento.

---Miradles, señor; en realidad hacen muy buen efecto.

---Sí, cuando esten vestidos no tendrán mal aspecto.

---¿Cree ahora V. M. que tengo derecho para hablar de los peligros que amenazan su augusta persona?

---No digo que no.

---¿Tenia pues razon?

---¡Pase!

---¡No hubiese tenido esta idea M. de Joyeuse!

---¡Epernon! ¡Epernon! No es generoso hablar mal de los ausentes.

---¡Voto á mil demonios! V. M. habla bien mal de los presentes.

---Pero Joyeuse me acompaña siempre. Conmigo estaba hoy en la Greve, ¿estás? el propio Joyeuse.

---¿Y qué? Yo estaba aquí, señor, y V. M. ve que no perdía el tiempo.

---Gracias, Lavalette.

---A propósito, señor, repuso Epernon despues de un instante de silencio: tenia que pedir una cosa á V. M.

---Ya me asombraba yo, efectivamente, de que nada me pidieses hoy.

---¡V. M. está implacable conmigo!

---¡Eh! de ningun modo. No me comprendes, amigo mio, dijo el rey, cuya venganza quedaba satisfecha con el epigrama lanzado al duque, ó mas bien, me has comprendido mal; queria decir que habiéndome prestado un servicio, tenias derecho á

pedirme alguna cosa; pide pues.

—Eso es diferente, señor. Por otra parte lo que pido á V. M. es un destino.

—¡Un destino! ¿Tu coronel general dá la infantería, quieres aun otro empleo? No podrás desempeñarle.

—Para el servicio de V. M. soy tan fuerte como Sanson; por servir á V. M. soportaría el cielo y la tierra.

—Di lo que quieras, dijo el rey suspirando.

—Deseo que V. M. me conceda el mando de estos, cuarenta y cinco gentiles hombres.

—¿Cómo dijo el rey estupefacto, quieres marchar adelante y detrás de mí? ¿Quieres llevar tu adhesión hasta ese punto? ¿Quieres ser capitán de Guardias?

—No es eso, no, señor.

—Acabemos, ¿qué quieres entonces? habla.

—Quiero que estos guardias, compatriotas míos, comprendan mejor mis órdenes que las de otro alguno, pero ni los precederé ni los seguiré. Tendré un teniente.

Sin duda hay aquí gato encerrado, pen-

só Enrique meneando la cabeza; este diablo de hombre dá siempre para tener.

Y luego dijo en alta voz:

—¡Pues bien, sea! Tendrás el mando.

—¿Secreto?

—Sí. ¿Pero quién será oficialmente gefe de mi cuarenta y cinco?

—El pequeño Loignac.

—¡Ah! tanto mejor.

—¿Merece el agrado de V. M.?

—Perfectamente.

—¿Queda así acordado, señor?

—Sí, pero....

—Pero ¿qué?

—¿Qué papel representa ese Loignac?

—Es mi Epernon, señor.

—Entonces te costará caro, murmuró el rey.

—¿Qué dice V. M.?

—Que acepto.

—Señor, voy á la tesorería por las cuarenta y cinco bolsas.

—¿Esta noche?

—No hemos convenido en que nuestros hombres las encuentren mañana en sussillas.

—Es verdad. Ves por ellas: yo me vuelvo á mi cámara.

---¿Contento, señor?

---Bastante.

---Por lo menos bien guardado.

---Sí, por gentes que duermen á pierna suelta.

---Señor, mañana velarán.

Epernon acompañó á Enrique hasta la puerta de la galería, y le dejó diciendo en sus adentros:

—Si no soy rey tengo guardias como un rey, y que nada me cuestan. ¡Voto á mil diablos! esto es entenderlo.



CAPITULO XIV.

LA SOMBRA DE CHICOT.

YA hemos dicho que el rey jamás se engañaba respecto á sus amigos. Conocia sus defectos y sus buenas cualidades, y, rey de la tierra, leia tambien en lo interior de los corazones como podia hacerlo el rey del cielo.

Desde el principio habia conocido á donde iba á parar Epernon; pero como no esperaba recibir cosa alguna en cambio de lo que diese, y recibia, contra sus esperanzas, cuarenta y cinco edecanes por sesenta

y cinco mil escudos, la idea del gascon le pareció un hallazgo.

Y era además una novedad.--Un pobre rey de Francia no suele estar siempre provisto de esta mercancía, tan rara aun para los súbditos. Sobre todo el rey Enrique III, que después de haber hecho sus proyecciones, peinado sus perros, alineado en su rosario las calaveras que hacían veces de cuentas, y exhalado su consabida cantidad de suspiros, nada tenía que hacer.

La guardia instituida por Epernon agradó al rey mas que todo, porque daría que hablar, y en su consecuencia podría leer en las fisonomías otra cosa distinta de lo que estaba viendo todos los días hacia diez años desde su vuelta de Polonia.

Poco á poco, y á medida que se aproximaba á su cámara, donde le aguardaba el duque de Guier muy ocupado en adivinar el objeto de aquella insólita escursión nocturna, Enrique iba recapacitando sobre las ventajas de la institucion de los cuarenta y cinco, y, cual todos los espíritus débiles ó apocados, entreveía, conforme se iba despejando las diversas ideas que Epernon ha-

bia puesto en juego durante la conversacion que acababa de tener con él.

---En realidad, pensó el rey, esta gente debe sin duda ser muy valiente, y será quizás muy leal y decidida. Algunos tienen figura simpática, otros cara de vinagre; gracias á Dios habrá de todo.... y además, es muy hermoso eso de tener un cortejo de cuarenta y cinco espadas siempre prontas á desenvainarse.

Enlazándose este último eslabon de sus meditaciones con el recuerdo de las otras espadas tan fieles que tan amargamente echaba de menos, produjo en Enrique la profunda tristeza en que recaía tan frecuentemente en la época á que nos referimos, hasta el punto de casi poder decirse que era su estado habitual. Las duras vicisitudes de los tiempos, la maldad de los nombres, y la inseguridad de las coronas en la frente de los reyes le impusieron por segunda vez esa inmensa necesidad de morir ó divertirse para escapar al influjo de esa enfermedad que ya en esta época habian bautizado los ingleses; maestros en melancolia, con el nombre de *spleen*.

Buscó con la vista á Joyeuse, y no hallándole, preguntó por él.

—El señor duque no ha vuelto todavía, dijo el uquier.

—Está bien: llama á mis ayudas de cámara, y retírate.

—Señor, la cámara de V. M. está preparada y S. M. la reina ha enviado á decir que espera las órdenes del rey.

Enrique se hizo el sordo.

—¿Ha de comunicarse á S. M. la de poner el almohadon largo? se aventuró á preguntar el uquier.

—No, contestó el rey, no. Tengo que rezar, tengo que trabajar, y además estoy malo: dormiré solo.

El uquier se inclinó.

—A propósito, dijo Enrique llamándole, llevad á la reina esos dulces de Oriente que hacen dormir.

Y entregó su dulcera al uquier.

El rey entró en su cámara, que los criados habian efectivamente preparado.

Al verse en ella, echó Enrique una ojeada sobre todos los accesorios tan minuciosos, tan esmerados de ese tocado tan

estravagante que hacia poco antes para parecer el hombre mas hermoso de la cristianidad, ya que no podia ser el mas grande rey.

Pero ya nada le incitaba á trabajo tan forzado, al que se sujetaba antes heróicamente. Cuanto en otro tiempo habia de mujer en aquella organizacion hermafrodita habia desaparecido. Enrique se asemejaba á esas viejas coquetas que cambian el espejo por un devocionario: casi le horroizaban los objetos que le habian sido mas queridos.

Guantes perfumados, mascarillas de tela fina impregnadas de pastas, combinaciones quimicas para rizar el cabello, ennegrecer la barba, colorear las orejas y dar brillo á los ojos, todo lo miró con indiferencia, cual lo acostumbraba mucho tiempo habia.

--Mi cama, dijo suspirando.

Dos criados le desnudaron, poniéndole un calzoncillo de fina lana de Rusia, y alzándole con precaucion le deslizaron entre las sábanas.

---¡El lector de S. M.! gritó uno.

Porque Enrique, sujeto á largos insomnios, solia á veces dormirse oyendo leer,

y todavía se necesitaba echar mano del polaco para operar el milagro, cuando en otros tiempos, es decir, primitivamente, le bastaba el francés.

---No, que nadie venga, dijo Enrique, no quiero lector, ó que lea oraciones en su casa y las aplique por mi alma; solo me traereis á M. de Joyeuse, si vuelve á palacio.

---¿Pero y si vuelve tarde, señor?

---¡Ay! replicó Enrique, siempre viene tarde; pero á cualquier hora que sea, lo oís, traédmele.

Los criados apagaron las velas, encendieron una lámpara de esencias que despedía llamas blanquecinas y azuladas, especie de recreación fantasmagórica de que el rey se mostraba muy apasionado desde que le dominaban sus ideas sepulcrales, y en seguida se salieron de puntillas de la real cámara.

Enrique, sereno y osado ante un verdadero peligro, sentía todos los temores y alucinaciones peculiares á los niños y las mujeres. Tenía miedo á las apariciones y fantasmas, y sin embargo, dejábase preocu-

par evocándolas, porque sintiendo el miedo se fastidiaba menos. Pareciase á aquel prisionero que, hastiado en la sociedad de una larga prision, respondia á los que le anunciaban el tormento:

---Bueno, eso me ocupará un instante.

No obstante, siguiendo con la vista los reflejos de la luz de su lámpara que destacaban caprichosas sombras en la pared, sondeando los mas oscuros ángulos del cuarto, y queriendo sorprender el menor ruido que hubiera podido denunciar la misteriosa entrada de una sombra, los ojos de Enrique, fatigado con el espectáculo del dia y la escursion nocturna, se cerraron, y bien pronto se durmió, ó mas bien, se aletargó en aquella calma y en aquella soledad.

Pero cuando Enrique descansaba no era por mucho tiempo: devorado por esa fiebre sorda que gastaba su vida durante el sueño como en la vigilia, creyó oír ruido en su cuarto, y se despertó.

---Joyeuse, preguntó, ¿eres tú?

Nadie contestó.

La llama de la lámpara se habia debilitado, y ya no reflejaba en el techo de éba-

no esculpido mas que un circulo descolorido que hacia verde el oro de sus molduras.

---¡Solo! ¡todavía solo! exclamó el rey en voz baja. ¡Ah! el profeta tiene razon: "los reyes deberian siempre suspirar;" mejor hubiera echo en decir; "suspiran siempre".

Despues de un momento de pausa, añadió en forma de plegaria:

---¡Dios mio, dadme fuerzas para estar siempre solo durante mi vida, como lo estaré despues de mi muerte.

---¡Eh! ¡eh! solo despues de tu muerte no es muy seguro, respondió una voz seca que vibró como una percusion metálica á pocos pasos del lecho; ¿y los gusanos, para quien serán?

Aterrado el rey, se incorporó en la cama interrogando con ansiedad á cada mueble de la estancia.

---¡Oh! conozco esa voz, murmuró.

---Mas vale así, replicó la voz.

Un sudor frio bañó la frente del rey, y dijo:

---Apostaria algo á que es la voz de Chicot.

---Te quemas, Enrique, te quemas, respondió la voz.

Entonces Enrique, sacando una pierna fuera de la cama, percibió á cierta distancia de la chimenea, en aquel mismo sillón que una hora antes habia designado á Epernon, una cabeza que alumbraba la lámpara con uno de esos reflejos rojizos, que solo en los fondos de los cuadros de Rembrad, iluminan un personaje que á primer golpe de vista cuesta trabajo distinguir.

Este reflejo descendia sobre el brazo del sillón donde se apoyaba el del personaje, despues sobre su rodilla huesuda y saliente, despues sobre un empeine que formaba ángulo recto con una pierna nerviosa, flaca y desmesuradamente larga.

---¡Dios me asista! exclamó Enrique: esa es la sombra de Chicot.

---¡Ah! mi pobre Enriquillo, dijo la voz. ¿sigues siendo tan niño como siempre?

---¿Por qué?

---Porque las sombras no hablan, imbecil, puesto que no tienen cuerpo y por consiguiente tampoco lengua, replicó la figura sentada en el sillón.

--¿Luego eres Chicot? exclamó el rey ébrio de alegría.

--No quiero decir nada sobre el particular: veremos mas tarde lo que soy, veremos.

--¡Cómo! ¿no estás muerto, mi pobre Chicot?

—Si tal, muerto, cien veces muerto.

--¡Chicot, mi único amigo!

—A lo menos me llevas la ventaja de decir siempre la misma cosa. ¡No has cambiado en nada, diablo!

—¿Y tú, dijo tristemente el rey, has cambiado, Chicot?

—Creo que sí.

—Chicot, amigo mio, dijo el rey sentando sus dos pies sobre el pavimento, ¿porqué me has abandonado, di?

—Porque estoy muerto.

—¿Pues no decias ahora mismo que no lo estabas?

—Y lo repito.

—¿Qué quiere decir esta contradiccion?

—Esta contradiccion quiere decir, Enrique, que estoy muerto para unos y vivo para otros.

—¿Y para mí, como estás?

—Para tí estoy muerto.

—¿Por qué estás muerto para mí?

---Es muy fácil de comprender. ¿Quiéres escucharme?

---Si.

---Tu no eres amo de tu casa.

---¿Como?

---Tú no puedes mandar á los que te sirven.

---¿Señor Chicot!

---No nos enfademos, ó me enfado!

---Si, tienes razon, dijo el rey temiendo que se desvaneciera la sombra de Chicot, habla, amigo mio, habla.

---Pues bien, tenia que despachar un asunto con M. de Mayenne ¿lo recuerdas?

---Perfectamente.

---Lo despacho. Bien. Apaleo á ese capitán sin segundo: muy bien. Hace que me busquen para ahorcarme, y tú con quien contaba para defenderme de ese béroé, en lugar de sostenerme me abandonas; en igual de destruirlo, te reconcilias con él. ¿Qué hago entonces? Me declaro muerto, y hago que me entierren por mediacion de mi amigo Gorenflot; de suerte que desde aquel

tiempo M. de Mayenne que me buscaba ya no me busca.

---Has tenido un valor horrible, Chicot: ¿No sabias el dolor que iba á causarme tu muerte, di?

---Si, he tenido ese valor, pero no es tan horrible como dices; porque jamás he vivido tan tranquilo como desde que todo el mundo está persuadido de que he dejado de existir.

---Chicot, Chicot, amigo mio, exclamó el rey, me espantas, mi cabeza se pierde.

---¡Bah! y hasta hoy no lo has conocido.

---No sé que creer.

---¡Diablo! es preciso, sin embargo, que te fijes en alguna cosa; veamos que es lo que tu crees.

---Pues bien, creo que has muerto y que eres un aparecido.

---Entonces miento : eres politico.

---Me ocultas parte de la verdad por lo menos; pero ahora mismo, como los espectros de la antigüedad, vas á decirme cosas terribles.

---¡Ah! en cuanto á eso no digo que nó. Disponte, pues, pobre rey.

---Si, si, continuó Enrique, confiesa que eres una sombra evocada por el señor.

---Confesaré lo que quieras.

---Y si no es así, ¿cómo has venido por esos corredores guardados? ¿Cómo te encuentras aquí en mi cuarto y á mi lado? ¿Conque es decir que ahora entra cualquiera en el Louvre. ¿Es así como se guarda á la persona del rey?

Y abandonándose Enrique enteramente al vértigo de terror que acababa de apoderarse de él, se arrojó en su lecho dispuesto á cubrirse la cabeza con sus sábanas.

—Ea, ea, dijo Chicot con un acento que ocultaba cierta compasion y mucha simpatia; no te irrites: no tienes mas que tocarme para convencerte.

—¿Conque no eres mensajero de venganza?

—¡Diablo! ¿tengo yo cuernos como Satanás, ó una espada flamígera como el arcánjel Miguel?

—Entonces, ¿cómo has entrado?

—¿Vuelves á lo mismo?

—Si.

—Pues bien, ten entendido que siempre llevo conmigo mi llave, la que tu me has

dado, y que me la cuelgo al cuello para hacer rabiar á tus gentiles hombres que solo tenían el derecho de colgársela detrás. Pues bien, con esta llave cualquiera entra, y yo he entrado.

—¿Por la puerta secreta?

—Por la misma.

—¿Pero por qué has entrado hoy y no ayer?

—¡Ah! es verdad, esa es la verdadera cuestion. Vas á saberlo.

Enrique se quitó las sábanas en que estaba liado, y dijo con el mismo acento de naturalidad que hubiera tomado un niño:

—No me digas nada desagradable Chicot, te lo suplico encarecidamente; ¡oh! ¡si supieras qué placer me hace experimentar tu voz!

—Yo te diré la verdad y nada mas. Tanto peor si la verdad es desagradable.

---¿Luego no es serio, dijo el rey, tu temor á M. de Mayenne?

---Todo lo contrario, es muy serio. Figúrate que M. de Mayenne ha hecho darme cincuenta palos, yo he cogido mi tizona y le he sacudido cien latigazos con

la vaina de la espada: supón que dos latigazos dados con la vaina valen un bastonazo, y estamos en paz. Supón, pues, que un golpe descargado con la vaina de una espada valga un bastonazo, este puede ser el parecer de Mr. de Mayenne, en ese caso me resta á deber cincuenta palos ó cincuenta latigazos dados con la vaina de una espada; y como nada temo tanto como á los deudores de este género, no habria venido aqui por mucha necesidad que tuvieras de mí á no saber que M. de Mayenne estaba en Soissons.

—Pues bien, Chicot, siendo así, puesto que has vuelto por mí, te tomo bajo mi proteccion, y quiero....

—¿Qué quieres? ¡Guarda, guarda! Enriquillo, siempre que pronuncias la palabra quiero, es para decir alguna majadería.

—Quiero que resucites y que te des á luz.

—¿No lo decia bien?

—Yo te defenderé.

—¡Bueno!

—Chicot, empeño mi palabra real.

—¡Bah! Tengo una cosa que vale mas que eso.

---¿Qué tienes?

---Tengo mi gazapera y me quedo en ella.

---Digo que te defenderé, exclamó enérgicamente el rey poniéndose de pié delante de su cama.

---Enrique, dijo Chicot, vas á constiparte; te suplico que te acuestes.

---Tienes razon, pero es que tambien tu me exasperas, dijo el rey volviendo á meterse entre sus sábanas. ¡Cómo! ¡Cuando yo, Enrique de Valois, rey de Francia, encuentro bastantes suizos, escoceses, guardias franceses y gentiles hombres para mi defensa, M. Chicot no se halla contento y en seguridad!

---Repíteme lo que acabas de decir. ¿Has dicho que tienes suizos?...

---Sí, mandados por Tocquenot.

---Bien; ¿y tienes escoceses?...

---Sí, mandados por Larchant.

---Muy bien. ¿y tienes guardia francesa?..

---Mandada por Crillon.

---Que me place, ¿y qué mas?

---¿Qué mas? No sé si deberia decirte eso.

---No lo digas. ¿Quién te lo pregunta?

---Y despues una novedad, Chicot,

---¿Una novedad?

---Sí, figurate cuarenta y cinco bizarros caballeros.

---¿Cuarenta y cinco! ¿Qué dices?

---Cuarenta y cinco caballeros.

---¿Dónde los has hallado? No habrá sido en Paris.

---No, pero han llegado hoy á Paris.

---¡Pardiez! exclamó Chicot iluminado por una idea repentina; conozco á tus caballeros.

---¿De veras?

---Cuarenta y cinco mendigos á quienes no falta mas que la alforja.

---No diré yo semejante cosa.

---Figuras capaces de hacer morir de risa.

---Chicot, hay entre ellos hombres soberbios.

---Gascones al fin, como el coronel general de tu infanteria.

---Y como tú, Chicot.

---¡Oh! es muy diferente, Enrique: yo ya no soy gascon desde que he dejado la Gascuña.

---Al paso que ellos....

---No eran gascones en Gascuña y son

dos veces gascones aquí.

--No importa. Tengo cuarenta y cinco temibles espadas.

--Mandadas por esa cuarenta y seis formidable que se llama Epernon.

--Por él no.

---¿Pues por quién?

---Por Loignac.

---¡Puf!

---No vayas á despreciar ahora á Loignac.

---Me guardaré muy bien de ello: es primo mío en el grado vigésimo sétimo.

—Vosotros, los gascones, sois todos parientes.

---Nos sucede todo lo contrario que á vosotros los de Valois, que jamás lo sois.

—En fin, ¿quieres contestar?

—¿A qué?

—A mis cuarenta y cinco.

—¿Y es esa la defensa con que cuentas?

—Sí. voto á cribas, si, exclamó Enrique irritado.

Chicot, ó su sombra, porque no estando nosotros mejor informados que el rey sobre este particular, tenemos que dejar á nuestros lectores en la duda, Chicot, deci-

mos se dejó deslizar en el sillón, apoyando sus talones, en el bordo de aquel mismo sillón, de suerte que sus rodillas formaban el vértice de un ángulo mas elevado que su cabeza.

—Pues bien, yo, dijo, tengo mas tropas que tú.

—¿Tropas? ¿Tienes tú tropas?

—¿Por qué nó?

—¿Y qué tropas?

—Vas á verlo. Tengo en primer lugar á todo el ejército que los señores de Guisa forman en Lorena.

—¿Estás loco?

—No por cierto; un verdadero ejército: lo menos 6000 hombres.

—¿Pero con qué objeto, tú, que tienes tanto miedo á M. de Mayenne, habias de ir a que te defendieran precisamente los soldados de M. de Guisa?

—Porque me he muerto.

—¿Vuelves á chancearte?

—Nada de eso; siendo Chicot á quien M. de Mayenne tenia entre ojos, me he aprovechado de esta muerte para cambiar de cuerpo, de nombre y de posición social.

—¿Luego no eres ya Chicot? dijo el rey.

—No.

—¿Pues quien eres?

—Soy Roberto Briquet, antiguo negociante é individuo de la liga.

—¿Tú de la liga, Chicot?

—Furioso; lo que hace que á condicion de no ver demasiado cerca á M. de Mayenne, tenga yo, miembro de la santa union, para mi defensa personal, en primer lugar, al ejército de Lorena, es decir, á 6000 hombres. Retén bien los números.

—Estoy en ello.

—En segundo lugar, tengo 100,000 parisienses sobre poco mas ó menos.

—¡Famosos soldados!

—Bastante famosos para incomodarte mucho, principe mio. Conque ve contando: 100,000 por un lado y 6000 por otro son 106,000. Agrega despues el parlamento, el Papa, los españoles, el cardenal de Borbon, los flamencos, el duque de Navarra y el duque de Anjou.

—¿Empiezas á agotar la lista? dijo Enrique impacientado.

—Paciencia, todavia me quedan tres clases de gente.

—Vé diciendo.

—Los cuales están muy mal contigo.

—Vé diciendo.

—Primero los católicos.

—Ah! si, porque no he esterminado mas que las tres cuartas partes de los hugonotes.

—Despues los hugonotes, porque has esterminado las tres cuartas partes de ellos.

—¡Ah! si: ¿y la tercera clase?

—¿Que dices de los politicos, Enrique?

—¡Ah! si, los que no son partidarios míos ni del de Guisa.

—Pero que lo son de tu cuñado el rey de Navarra.

—Con tal que abjure.

—Buen negocio: y como eso le es molesto, ¿no es asi?

—Pero esa gente de que me hablas...

—¿Qué?

—Es toda la Francia.

—Justamente. Abi tienes mis tropas, como partidario de la liga. Vaya, suma y compara.

—¿Estamos chanceándonos, es verdad, Chicot? dijo Enrique sintiendo que se le coagulaba la sangre en las venas.

—Buena hora es esta de chancearse, cuando te encuentras solo contra todo el mundo, pobre Enriquito mio.

Enrique tomó un aire de dignidad verdaderamente real, y dijo:

—Me encuentro solo pero tambien mando solo.—Me ofreces la perspectiva de un ejército: muy bien. Ahora indicame el jefe. ¡Oh! vas á designarme á M. de Guisa; ¿pero no ves que le tengo en Nancy? —M. de Mayenne—Tu mismo confiesas que está en Soissons.—El duque de Anjou—Ya sabes que se halla en Bruselas. — El rey de Navarra—Está en Pau. Al paso que yo estoy solo, es verdad, pero libre en mi casa, y viendo venir al enemigo como ve el cazado desde la llanura salir la caza del bosque circunvecino.

Chicot se rascó la nariz; el rey le creyó vencido.

—¿Qué puedes responder á eso? preguntó.

—Que siempre eres elocuente, Enrique: te queda al menos la lengua; es, en verdad mas de lo que yo creía, y te felicito sinceramente; pero solo atacaré una parte

de tu discurso.

—¿Cual?

—Oh; Dios mio! nada, casi nada; una figura de retórica, atacaré tu comparación.

—¿En qué?

—En que pretendes ser tú el cazador que espera la caza en acecho, y yo digo que al contrario, eres la caza que el cazador persigue hasta en su cueva.

—¿Chicot!

—Veamos, el de la emboscada, ¿á quién has visto venir, dime?

—¡Toma! á nadie.

—Y sin embargo, alguien ha venido.

—¿De los que te he citado?

—Precisamente de esos no: pero poco ménos.

—¿Quién?

—Una muger.

—¿Mi hermana Margarita?

—No, la duquesa de Montpensier.

—¡Ella! ¡á París!

—¡Dios mio! ella, sí.

—Y aun cuando así fuera, ¿desde cuándo tengo miedo á las mugeres?

—Verdad es ; solo debe temerse á los hombres. Aguarda un poco sin embargo. Viene de precursora, ¿lo entiendes? viene á anunciar la llegada de su hermano.

—La llegada de M. de Guisa?

—Si.

—¿Y crees que eso me sirve de embarazo?

—¡Oh! para tí nada es embarazoso.

—Alárgame el tintero y papel.

—¿Para qué, para firmar la órden de que M. de Guisa permanezca en Nancy?

—Justamente. La idea debe ser buena cuando te se ha ocurrido al mismo tiempo que á mi.

—Al contrario, es execrable.

—¿Por qué?

—Apenas reciba semejante órden, adivinará que su presencia en Paris es urgente y acudirá volando.

El rey se iba encolerizando , y miró á Chicot de reojo.

—Si solo habeis venido para comunicarme cosas por el estilo, podiais haber permanecido donde estabais.

—¿Qué quieres, Enrique? las fantasmás

no son adulatoras.

—¿Conque confiesas que eres una fantasma?

—Sí, ¿lo he negado acaso?

—¡Chicot!

—¡Vamos! no te enfades, porque de miope te volverás ciego. Veamos, ¿no me has dicho que retenias en Flandes á tu hermano?

—Ciertamente, es buena politica, y la continuaré reteniendo.

—Ahora, escucha y no nos enfademos.

¿Con qué objeto crees que permanece en Nancy M. de Guisa?

—Para organizar un ejército

—¡Bien! calma....¿A qué destina ese ejército?

—Chicot, me cansan todas esas preguntas.

—¡Cansate, cansate, Enrique! Luego descansarás mejor, yo te lo prometo. ¿Decimos, pues, que cual era el objeto de ese ejército?

—Para pelear con los hugonotes del Norte.

—O mas bien para contrariar á tu hermano Anjou, que se ha hecho nombrar duque de Brabante, que trata de formarse un pequeno trono en Flandes y que te reclama

constantemente auxilios para realizar su proyecto.

—Auxilios que le estoy prometiendole constantemente y que nunca le enviaré.

—Con gran contentamiento del duque de Guisa: pues bien, Enrique, voy á darte un consejo.

—¿Qual?

—Si una vez siquiera fingieses enviar ese prometido socorro, y avanzasen las tropas hácia Bruselas, aun cuando fuese á mitad del camino....

—¡Ah! si, ya comprendo: Guisa no se movería de la Frontera.

—Y la promesa que Mme. de Montpensier nos ha hecho á los de la liga, de que M. de Guisa estaría en Paris antes de ocho dias....

—Quedaría ilusoria.

—Tu lo has dicho, amigo mio, repuso Chicot respirando á sus anchas. Vamos, ¿qué tal te parece el consejo, Enrique?

—Bueno....Sin embargo....

—¿Qué tenemos todavía?

—Mientras que esos dos señores estarán ocupados uno con otro allá abajo, en el Norte....

—¡Ah! si, el medio dia, ¿no es eso? Tienes razon Enrique, del mediodia vienen las tempestades.

—¿Durante este tiempo no se pondrá en movimiento mi tercera plaga? Ya sabes lo que hace el Bearnés.

—¡Lléveme el diablo si lo sé!

—Reclama.

—¿Qué?

—Las ciudades que constituyen el dote de su muger....

—¡Vaya un insolente, á quien no basta el honor de estar aliado á la casa de Francia, y que se atreve á reclamar lo que le pertenece!

—Cahors, por ejemplo, como si fuese politico abandonar á un amigo semejante ciudad.

—Efectivamente, no seria politico, pero si muy propio de un hombre honrado.

—¡Señor Chicot!

—Supongamos que nada he dicho; sabes que no me mezclo en tus asuntos de familia.

—Pero eso no me inquieta; tengo acá mis proyectos.

—Bueno.

—Volvamos á lo que mas urge.

—A Flandes.

—Voy, pues, á mandar á alguno á Flandes cerca de mi hermano; pero ¿á quien enviaré, de quién puedo fiarme, ¡Dios mio! para mision de tal importancia?

—Maldi....

—¡Ah! ya caigo.

—Yo tambien.

—Vé tú, Chicot.

—¿Que vaya á Flandes yo?

—¿Por qué no?

—¡Ir un muerto á Flandes! ¡Vaya una ocurrencia!

—Ya que no eres Chicot, sino Roberto Briquet.

—Bueno: ¡un patan, un partidario de la liga, un amigo de Guisa desempeñando las funciones de embajador cerca del duque de Anjou!

—¿Es decir que rehusas?

—¡Pardiez!

—¿Qué me desobedeces?

—¿Desobedecerte yo? ¿Acaso estoy obligado á obedecerte?

—¿Cónque no me debes obediencia, desgraciado?

—¿Acaso me has dado jamás alguna cosa que me comprometa contigo? Lo poco que tengo lo he heredado. Soy pobre y oscuro. Hazme duque y par, erije en marquesado mis tierras de la Chicoteria, dotándolas con quinientos mil escudos, y entonces hablaremos de la embajada.

Enrique iba á responder y ha hacer valer una de esas buenas razones de que echan mano siempre los reyes cuando se les increpan semejantes cosas, cuando rechinaron los goznes de la maziza mampara de terciopelo

—El señor duque de Joyeuse, dijo el ugiér.

—¡Por Cristo ahí tienes lo que necesitas. A buen seguro que no hallarás un embajador que te represente mejor que monseñor Ana.

—En realidad, murmuró Enrique, éste diablo de hombre es mejor consejero que todos mis ministros pasados y presentes.

—¿Conque te parece bien, eh? dijo Chicot, y se arrellanó en su sitial, de tal manera encogido, que el mas hábil marino del reino, acostumbrado á distinguir el mas im-

perceptible punto en el horizonte, no hubiera podido apercibir en aquella figura esférica un extremo saliente fuera de las esculturas del gran sillón en que se había incrustado.

Aun cuando M. de Joyeuse fuese gran almirante de Francia, no veía mas que otro cualquier marino.

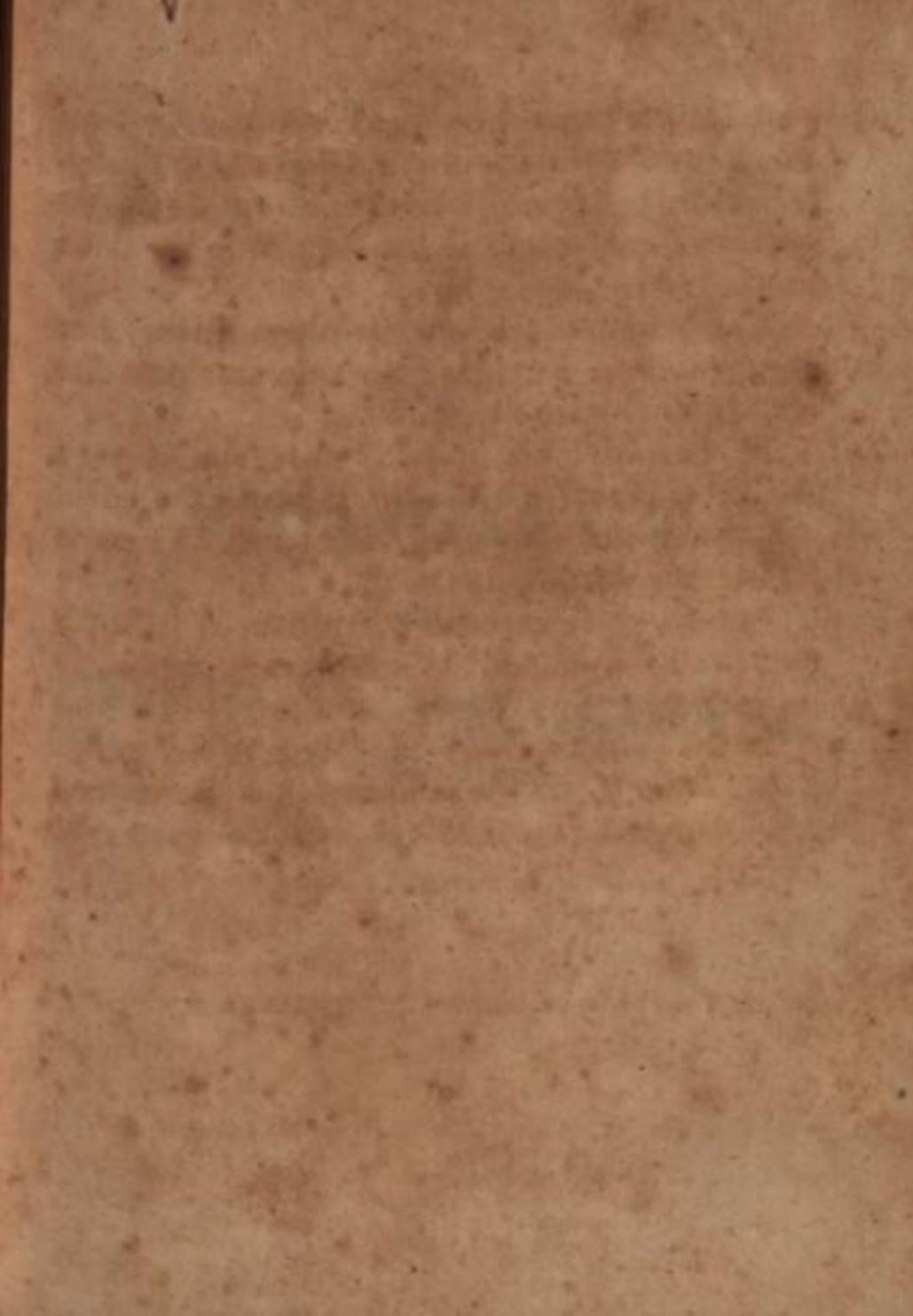
El rey dió un grito de alegría al ver á su jóven favorito y tendió la mano diciendo:

—Siéntate, Joyeuse, hijo mio. ¡Válgame Dios, que tarde vienes!

---Señor, respondió Joyeuse, V. M. es demasiado bondadoso conmigo echándome de menos.

Y aproximándose á la cabecera del lecho, tomo asiento en los almohadones flordelisados esparcidos sobre el estrado con este objeto.

FIN DEL TOMO PRIMERO.





BIBLIOTECA
DE
NOVELAS ESCOGIDAS.



